

# 010

## REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

### SUMARIO:

Nº 5

Las religiones y la guerra, Matías Usero.—Una guerra internacional futura, Christian Cornelissen.—Capitalismo y fascismo, Lucien Laurat.—Contra la guerra que viene, Pierre Besnard.—Mis peregrinaciones europeas, Eugén Régis.—Vieja y nueva pedagogía, Luis Huerta.—Alex Blok, Miguel Alejandrov.—Historia de las ideas y de las luchas sociales en España, Ángel Pestaña.—Cinema, José Renau.—Natalidad controlada, Bessie Drysdale.—Una visita a Gorki, Andrés Nin.—La vida económica en los pueblos primitivos, Jacques Loustelle.—La emancipación de la mujer en el Oriente soviético, E. Steinberg.—Panorama del mundo, A. Poch y Gascón.—La organización familiar, M. C.—Miguel Bakunin: Carta a su familia.—Los extraños, Henri Barbusse.—¿Es económico el intercambio entre la ciudad y el campo?, M. Acharya.—Libros.

Ayuntamiento de Madrid

1 PTA



## SUMARIO DEL NUMERO

# 2

*La construcción racional en la Economía*, Lucien Laurat.—*Cultura y socialismo*, Upton Sinclair.—*Diez años de racionalización*, A. Lafon.—*El factor económico en las Iglesias cristianas del mundo*, Matías Usero.—*La transformación social es ineludible*, Isaac Puente.—*¿Es el socialismo una utopía?*, Henri Barbusse.—*La economía mundial y el problema de la sobrepoblación*, Hildegart.—*El oro en el banquillo de los acusados*, A. Minard.—*Cinema: América y Europa*, José Renau.—*Panorama económico español: Crisis y abandono*, J. Millet Simon.—*Determinismo tecnológico*, Alfonso Martínez Rizo.—*¿Está madura para Hitler la Economía alemana?*, A. Souchy.—*El comunismo libertario, mi credo social*, Christian Cornelissen.—*Una página de mi vida*, Juan Grave.—*Historia de las ideas y de las luchas sociales en España*, Angel Pestaña.—*Fascismo*.—*Libros*.

## SUMARIO DEL NÚMERO

# 4

*¿Qué será la próxima e inevitable revolución?*, Pierre Besnard.—*La racionalización y el paro forzoso*, Lucien Laurat.—*Berlín, la capital del caos*, Magdaleine Paz.—*El trabajo en la Escuela: La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril* (Conclusión), Julio Noguera.—*El valor de los bienes y del trabajo* (Conclusión), Christian Cornelissen.—*El desnudismo y la nueva moral*, A. Habaru.—*Historia de las ideas y de las luchas sociales en España*, Angel Pestaña.—*La jornada de trabajo en el porvenir comunista libertario* (Conclusión), A. Martínez Rizo.—*La Iglesia cristiana, el trabajo y los trabajadores*, Matías Usero.—*Sexo y educación*, María Josefa Varela.—*Inventos: Un producto de la energía creadora de las masas*, S. Yakovlev.—*Dibujos hechos por Engels en su juventud*.—*Crítica económicosocial*, J. Millet Simón.—*Treinta millones de parados pero...*—*¡Queman el trigo!*, Pierre Hubac.—*Los profesionales* (Fragmento de la obra «Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad»).—*Cinema*, Francisco Pina.—*Libros*.

## SUMARIO DEL NUMERO

# 3

*La trágica epopeya del trabajo humano*, Lucien Laurat.—*Los principios y las bases de la sociedad nueva*, Pierre Bernard.—*Literatura proletaria*, Ramón J. Sender.—*Ojeada histórica sobre la huelga general*, René Michaud.—*Notas históricas y actuales sobre el trabajo en Galicia*, S. Montero Díaz.—*Una página de mi vida*, Juan Grave.—*El paro forzoso aumenta la criminalidad*, M. C.—*La jornada de trabajo en el porvenir comunista libertario*, Alfonso Martínez Rizo.—*Un drama geográfico y humano: La ruina del Sureste de España*, Gonzalo de Reparaz (hijo).—*El valor de los bienes y del trabajo* (Ensayo histórico), Christian Cornelissen.—*Esclavos... un crimen social de nuestros días*, Miguel Alejandro.—*La crisis, los trabajadores y el movimiento sindical. Consecuencias de la crisis: El paro forzoso*, A. Rossi.—*El trabajo en la escuela: La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril*, Julio Noguera.—*Revisiones: El trabajo como carácter sexual*, Luis Huerta.—*Técnicos del futuro*, A. F. Joffe.—*Libros*.

## ORTO

Revista de documentación social

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

### SUSCRIPCIÓN

España.  
Semestre..... 6 pesetas.  
España y América.  
Un año..... 12 »

### PAGO ANTICIPADO

Dirigir toda la correspondencia a

MARÍN CIVERA

Calle de Luis Morote, 44  
VALENCIA (España)



# Orto

## REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAÚ

Año I Núm. 5

Valencia, julio 1932

### Las religiones y la... guerra

**D**ESCONCIERTA y apena la terrible contradicción existente entre los preceptos fundamentales de las religiones y la práctica de estos mandatos. Todas, sin excepción, incluso el islamismo, tan calumniado por los cristianos, ordenan el amor y declaran la fraternidad de todos los hombres en más o menos medida. Considerando a Dios base y fundamento de ellas, Padre común de los seres creados, los hombres son hermanos, y cualquiera violación sangrienta del precepto fraternal, resulta un fratricidio, un crimen abominable.

Pues a pesar de esto, las religiones han contribuido a las guerras, provocándolas muchas veces, del tipo más abominable; guerras religiosas, revoluciones autocráticas para vencer el avance de la civilización progresiva, como nuestras guerras civiles, las cruzadas, las guerras provocadas por los papas católicos para extender sus dominios o apoderarse, deponiéndolos a los reyes y emperadores herejes, que no se sometían al despotismo de Roma, las guerras y persecuciones contra judíos, mahometanos, paganos, herejes, cismáticos...

Todas las religiones tienen culpas de esta clase en su historia, pero el cristianismo, en su forma de catolicismo ro-

mano, va a la cabeza de los crímenes colectivos guerreros, aventajando al mahometismo y, desde luego, a todas las otras religiones.

Acaso el budismo sea la única religión del mundo que respetó, en la práctica, el principio de fraternidad proclamado solemnemente en sus libros sagrados, muchos siglos antes de nacer el cristianismo; si en la guerra europea lucharon poquísimos budistas eran renegados de su religión y educados por cristianos, responsables de este hecho único en la larguísima historia de esta gran religión, tan poco conocida en Occidente.

Sería muy interesante estudiar el espíritu y la práctica de todas las religiones del mundo en relación con la guerra, mas el espacio limitado de este artículo nos lo veda. Circunscribiéndonos al cristianismo afirmamos que se desvió completamente de su espíritu primitivo, de los preceptos de sus libros considerados sagrados y de las normas de vida de los primeros cristianos, llegando a crear órdenes militares consagradas especialmente a la guerra como profesión, aunque vivían bajo las reglas de San Benito, San Agustín... Los Caballeros de Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa; los Caballeros de San



Salvador, fundados por Alfonso el Batallador en 1118, cuya divisa era una cruz roja sobre un hábito blanco, la Orden militar de San Julián de Pereiro, fundada el año 1156 por don Suero y don Gómez de Salamanca; la famosa y poderosísima Orden militar de los Templarios y otras menos conocidas, todas dedicadas como profesión a la guerra y al botín para enriquecerse sin escrúpulos de un modo semejante a los demás guerreros de aquellas épocas tenebrosas.

Los pontífices romanos protegían y llenaban de gracias y privilegios a estos caballeros-frailes, guerreros por naturaleza y profesión y tan desalmados y crueles en la guerra como los peores ejércitos mercenarios del tipo tercios o legiones especialistas en mayores desmanes guerreros.

El cristianismo no sólo no impidió las guerras, ordenando a sus fieles en virtud de los principios fundamentales de sus dogmas, de las enseñanzas de sus doctores primitivos, los santos padres, de la vida y costumbres de los fieles de los tiempos heroicos del cristianismo, la no resistencia al mal, claramente expuesta en los Evangelios, sino que fomentó las guerras más crueles, las persecuciones más espantosas, las represalias más feroces: inquisiciones, luchas religiosas, empresas aventureras de tipo religioso para apoderarse de los dominios ajenos, hechas y fomentadas por papas, prelados, reyes cristianísimos.

Durante la terrible guerra última, legiones de sacerdotes y religiosos de todas las naciones cristianas abandonaron sus puestos religiosos, participando activamente de la guerra, siendo condecorados con las más altas recompensas por sus hazañas guerreras, sin que el papa y sus prelados hiciesen nada para obligarles a servir en las ambulancias de la Cruz Roja, en lugar del frente guerrero; algunos dejaron el servicio de la Iglesia y continúan al servicio de la guerra, habiendo llegado a puestos elevados en los ejércitos combatientes. La guerra pasada es el fracaso del cristianismo como fuerza de cohesión fraternal encaminada a conservar la paz del mundo; y la actitud de solidaridad con el fascismo italiano y los pequeños fascismos nacionales del Papado y la Iglesia romana, muestra el verdadero espíritu combativo de la Iglesia, que nada

hará para evitar eficazmente la guerra futura incubada en el seno de los núcleos sociales burgueses y religiosos que esperan, a pesar del fracaso económico de la guerra última, enriquecerse con esta última.

En los rituales oficiales de la Iglesia romana existen bendiciones especiales para banderas, cañones, barcos de guerra, lanzas y demás instrumentos de exterminio, y en los misales, oraciones pidiendo a Dios el exterminio de los enemigos, el triunfo de los ejércitos y hasta misas para ser dichas en tiempo de guerra.

La cruz, símbolo de paz, ha pasado al puño de las espadas y a la seda de los estandartes guerreros, y en el palacio vaticano viven y guardan la persona del pontífice guerreros armados, guardia noble, guardia pontificia, policía con armas eficaces y cañones efectivos.

Hace pocos días el papa llamó a Mussolini *hombre providencial*, y sus relaciones con el gran tirano son cada día más cordiales, así como con los hitlerianos y demás fascistas del mundo; en España es conocida la alianza del carlismo con la Iglesia y sus concomitancias con todos los enemigos de la República que, con nombres de Acción católica, Derechas regionales, Ligas de padres de familia, carlistas, integristas, albiñanistas, fascistas... laboran para derrumbar, por medio de intrigas y ofensivas más o menos armadas, esta República española, que hizo por ellos cosas que no se atrevieron a hacer los hombres de la monarquía.

El espíritu combativo de la Iglesia es insaciable desde que dejó de ser cristiana para convertirse en romana; puede decirse que hace siglos, en una Institución guerrera aliada a las fuerzas retardatarias del progreso liberal, el puntal más firme de las clases conservadoras y burguesas que preparan las guerras, mandan a pelear en ellas a sus esclavos y se enriquecen con el botín conquistado por ellos, con los despojos de los vencidos. Siempre no fué así.

En los primeros tiempos, el cristianismo era una religión de paz. Celso les tildaba de esto, y Orígenes contestaba: «Los cristianos no llevan armas, pero son más útiles al Estado que las Legiones; dirigen sus preces a Dios para la salvación de sus conciudadanos y arrojan a los demonios



que turban la paz y suscitan la guerra.» «No llevemos las armas contra ninguna nación —dice Orígenes en otro lugar—, no aprendamos a hacer la guerra, porque hemos sido hechos hijos de la paz por Jesucristo.» San Paulino ruega a un oficial que renuncie al servicio de las armas, porque no debe ser ministro de la muerte, ya que no debe sus servicios al emperador, sino a Dios. San Martín, hijo de un soldado veterano y alistado a la fuerza, como ahora, abandonó las filas diciendo: «Yo soy soldado de Cristo y no me es permitido combatir.» Los legionarios romanos que se convertían desertaban en masa de sus banderas, y millares prefirieron morir a reingresar, obedeciendo el mandato de Cristo al desobedecer el de los emperadores. Los primeros fieles consideraban un crimen toda efusión de sangre humana; interpretaban rigurosamente el precepto terminante que ordenaba: «No matarás», violado a cada momento por el mismo Dios, que lo daba a los hombres, y creían en el precepto de Cristo que decía: «Todos los que toman la espada perecerán por la espada.»

«No es permitido a los cristianos llevar armas; sus armas son la justicia; el precepto divino no consiente ninguna excepción; el hombre es sagrado Y ES SIEMPRE UN CRIMEN QUITARLE LA VIDA.» «¿Cómo —podría exclamar Tertuliano— ir un cristiano a la guerra, ni llevar armas en tiempo de paz, cuando el Señor nos ha quitado la espada? Al desarmar a Pedro ha desarmado Jesucristo a todos los soldados.»

San Basilio considera los homicidios cometidos en tiempo de guerra igual que los asesinatos, y San Isidoro es de la misma opinión. «Los pueblos convertirán sus sables en azadas, y sus alabardas en podaderas; no levantarán las naciones sus espadas contra otras naciones, ni se dedicarán a la guerra», había profetizado Isaías en nombre de Dios, fallando, como otras, esta profecía: «Desde que los paganos recibieron la doctrina cristiana, maravillosamente transformados, depusieron su crueldad y no pensaron ya en los combates; la paz es ahora todo para ellos... en vez de armar sus manos de puñales, las tienen para orar, y en vez de combatir entre sí, luchan contra Satanás y le hacen guerra con la prudencia y el valor del es-

píritu», afirma San Atanasio. Eusebio asegura que: «Antes de la venida de Cristo había tantos imperios como naciones y ciudades, y de ahí las guerras incesantes entre los pueblos vecinos; desde el nacimiento del príncipe de la paz, el orden y la tranquilidad reinan en el imperio romano.» Y daba la razón de este cambio afirmando «que entre los paganos suscitaban estas disensiones continuas: los demonios; Jesús ha puesto fin a su dominación y así, El, ha pacificado el mundo». «No se conoce ya la guerra más que de oídas», dice el Crisóstomo. Tertuliano insiste antes y después de su caída en la herejía, en la incompatibilidad absoluta entre el cristianismo y la profesión militar. San Basilio llega a privar de la comunión, durante tres años, a los que se atrevían a alistarse como soldados. Esta opinión del gran santo padre oriental prevaleció en la Iglesia de Oriente, hasta tal punto, que el patriarca, los obispos y los senadores se opusieron a que un emperador de Constantinopla tributase los honores del martirio a un grupo de soldados considerados héroes por haber muerto en una guerra contra infieles; alegaban, entre otras, la autoridad de San Basilio, y esa es la opinión dominante aún en la Iglesia oriental contra la sostenida, antes y ahora, por la Iglesia occidental y el Papa romano, que cree héroes y mártires a los muertos en la guerra contra infieles a quienes considera mártires de la fe y merecedores del paraíso, aun sin confesión, sólo por morir matando a sus... hermanos.

San Agustín, que cambió de opinión más tarde, consideraba la guerra como un gran mal: «¿Sienta bien —pregunta a un pueblo virtuoso— regocijarse con la extensión de sus fronteras? ¿Este engrandecimiento tiene por causa la iniquidad de sus vecinos que, atacándoles sin razón, les han dado una ocasión de engrandecerse? Ahora bien, ¿no debemos deplorar la iniquidad de nuestros adversarios? Y si la guerra es injusta, ¿qué otra cosa es entonces que un bandolerismo en grande?»

«Es ese —dice Lactancio— vuestro camino hacia la inmortalidad: destruir ciudades, devastar territorios, exterminar los pueblos libres o esclavos. ¡Cuanto más hombres matan, cuanto más han arruinado y usurpado, más nobles e ilustres se creen; exornan sus crímenes con el nom-





LA HUMANIDAD DESPUÉS DE VEINTE  
SIGLOS DE CRISTIANISMO

bre de virtud. El que da muerte a una sola persona es condenado como criminal; matad los hombres a millares, inundad de sangre la tierra, infestad los ríos de cadáveres y se os dará un puesto en el Olimpo.» «Si es permitido a un mortal subir a la morada de los inmortales —dice en Ennio Escipión el Africano—, yo más que otro alguno tengo derecho a entrar en ella.» «Sin duda —contesta Lactancio—, porque destruyó una parte del género humano. ¡Oh Africano, en qué profundas tinieblas vivías! ¡Cuál era tu ceguera, oh Ennio, al creer que la sangre y la muerte abren el cielo a los hombres! SI LA INMORTALIDAD —CONCLUYE— NO PUDIERA ADQUIRIRSE MAS QUE AL PRECIO DE SEMEJANTES AZAÑAS, SERÍA NECESARIO PREFERIR LA MUERTE A LA VIDA.»

Sería interminable la elección de textos evangélicos y de autoridades cristianas en favor de la paz y contra la guerra, pero aunque parezca imposible el cambio abso-

luto del cristianismo, en este punto como en otros muchos, el mal viene de lejos.

Las guerras bárbaras, injustas y crueles, hechas en nombre de Dios y por su mandato expreso, a veces por motivos futilísimos e inmorales, guardadas en la llamada Biblia cristiana, explican estas cosas abominables.

El propio San Agustín afirma que «las crueldades cometidas por los hebreos en las guerras sagradas no son crueldades... porque fué Dios quien las mandó cometer». ¿Y cómo creer —concluye— que Dios sea cruel sin una horrible impiedad?

Orígenes, el más sabio y humano de los santos padres, dió una interpretación simbólica a los crímenes y atrocidades que manchan el Antiguo Testamento. Agustín los justificó para defender la divinidad; de aquí se dedujo, andando los tiempos, que no existía deber de humanidad para los enemigos, y que la guerra contra ellos sin cuartel, su exterminio, era un deber de conciencia; esta opinión llegó a nuestros días y provoca y sostiene las guerras religiosas y las otras guerras, dividiendo a los hombres, cristianos o no, en dos bandos enemigos.

El cristianismo ha derramado más sangre humana para su defensa, que el paganismo de mártires para la suya; es achaque de las religiones positivas el defenderse con armas temporales cuando fallan las espirituales. Las guerras entre cristianos, las guerras contra infieles, las cruzadas contra los herejes, las guerras de religión que cubrieron el mundo de cadáveres, las cruzadas donde perecieron millones de criaturas engañadas por Roma, los mártires de las inquisiciones cristianas y romanas que costaron la vida a millones de criaturas inocentes, sin respetar mujeres ni niños, todo el terror de las luchas y persecuciones religiosas hechas en nombre de Cristo y para defender su doctrina de paz y perdón, fueron debidas a la intolerancia de las Iglesias cristianas y al feroz despotismo y ambición del catolicismo romano.

La Iglesia ha predicado la paz sólo cuando sus pasiones o sus ambiciones quedaban a salvo; fuera de esto, su actuación fué siempre de guerra y exterminio contra los que consideraba sus enemigos, que eran los mejores amigos de Cristo y su doctrina la mayor parte de las veces...



Hoy, como en la Edad Media, la Iglesia romana está al lado de los vencedores y cobra su parte en el botín; su cruz, que no es la del Cristo, sino la del César, sigue en el puño de las espadas y en la culata de los cañones y en la cabina de los aeroplanos de guerra y bombardeo. Aún se llaman Jesús del Gran Poder o Virgen del Carmen los artefactos guerreros; aún ondea en el brocado de las banderas y en los hábitos de los caballeros de las Ordenes militares, y cuando en los patios de los cuarteles o en los fosos de las ciudadelas se jura la bandera, símbolo de desunión entre los pueblos y de guerras futuras, cruzando ésta se ve la espada con un puño en forma de cruz y a su lado al siervo del papa, vestido de cura, que toma el juramento en nombre de Dios, del Dios de los ejércitos, a los soldados, y ellos prometen, a la fuerza, después de haber sido reclutados a la fuerza, violando la ley cristiana, derramar hasta la última gota de su sangre para defender aquel símbolo de guerra, matando, sin preguntarse si es justa o injusta la guerra en abstracto y la guerra en concreto, aquella guerra futura que ignoran, pero por la cual se han comprometido, o los han comprometido, a morir en nombre de Dios y de la patria, el sacerdote de Cristo y el militar profesional, que Cristo y los cristianos, la Iglesia primitiva cris-

tiana, declaraban indignos de poder ser cristianos y militares en una pieza.

¿Quiénes representan actualmente en el mundo el espíritu cristiano, de odio a la guerra, de deserción de los ejércitos? ¿Por qué se debe servir primero a Dios que a los hombres?

La paz a todo trance, fomentando la solidaridad entre los pueblos, la fraternidad universal sin distinción de razas. Hacer la guerra a la guerra; propugnar el desarme; arrojar las armas ante el enemigo para no ser fratricida. ¿Quién logrará esto? ¿Las Iglesias, los Estados cristianos, el papa romano, aliado de Mussolini y de todos los fascismos y dictaduras internacionales, el Estado burgués y cristiano que manda a Roma sus ministros y recibe como plenipotenciarios a los nuncios y a los delegados apostólicos del papa? No.

Sólo unos hombres que forman legión, y serán dueños del mundo, siguen la doctrina de Cristo aunque no crean en El. Son los malditos por Roma, los excomulgados por el papa, los encarcelados y perseguidos por revolucionarios y antipatriotas en todos los Estados, los tildados de antipatriotas, de locos, ilusos y criminales, los afiliados a las Internacionales, los extremistas de la Humanidad.

**Matías Usero**

### **El desarme y los fabricantes de armas**

Un miembro importante de la delegación francesa en Ginebra es M. Charles Dumont, ministro de Marina. La *Lumière* acaba de revelar que este apóstol de la seguridad es, al mismo tiempo, el presidente de la Banca francojaponesa, y que al Consejo administrativo de esta Banca pertenece el conde Armand de Saint Sauveur, cuñado de Eugenio Schneider du Creusot. «Así —añade el periódico— el ministro francés de la Marina Militar y los comerciantes franceses de cañones están asociados en un mismo negocio en el Japón.»







Christian Cornelissen

Christian Cornelissen nació el 30 de agosto de 1864, en Bois-la Duc (S'Herlogenberg), en los Países Bajos, provincia del Brabante Septentrional.

Fué profesor de la Escuela Normal de Geertruidenberg, primero, y, luego, en Middelburg, capital de la provincia de Zeelandia.

Durante los últimos años de profesorado, estaba ya íntimamente ligado al movimiento socialista y proseguía sus estudios económicos.

Desde principios de 1891 fué redactor del diario socialista oficial *Recht voor Allen* (Justicia para todos). Orador político, pronunció numerosos discursos—al menos tres veces por semana—hasta en las más apartadas aldeas, durante unos nueve años. En calidad de secretario internacional del Partido Socialista (*Sociaal-democratische Bond*), fundó, en 1893, la primera central nacional de los Sindicatos, que era, al mismo tiempo, la primera de Europa, precediendo un año a la creación de la Confederación General del Trabajo francesa, el *National Arbeids Secretariaat*. Esta central, de tendencias revolucionarias, estaba en relaciones con la C. G. T. francesa, y Cornelissen colaboró estrechamente con Fernand Pelloutier.

Cuando el movimiento había tomado una fuerza suficiente, abandonó su dirección, para continuar sus trabajos económicos, tendentes a la organización de una base científica del movimiento sindicalista y socialista.

En marzo de 1899 se estableció definitivamente en París, a fin de facilitar la publicación de sus obras en una lengua internacional, y sus actividades de

## Una guerra internacional futura considerada desde el punto de vista económico

militante tomaron enseguida un carácter mundial: el Primer Congreso Internacional Anarquista, verificado en 1907, en Amsterdam, fué en gran parte organizado por él. En dicho Congreso se acordó por los sindicalistas revolucionarios presentes la creación de un Boletín Internacional del Movimiento Sindicalista, que fué redactado y editado en cuatro idiomas por Cornelissen, en París, desde septiembre de 1907 hasta julio de 1914. Durante la guerra apareció un número especial, el primero de enero de 1915.

Con la ayuda de los camaradas ingleses organizó el Primer Congreso Internacional Sindicalista - Revolucionario, celebrado en Londres, en 1913, en calidad de redactor-editor del Boletín Internacional.

En aquellas fechas publicó sucesivamente las siguientes obras de economía, reunidas con el título *Traité général de Science Economique*, en octavo, editor Marcel Giard París: 1. *Théorie de la valeur*, 1904; reeditado en 1913 y 1928; un volumen, 476 páginas.—2. *Théorie du salaire et du travail salarié*, 1908; reeditado en 1926 y 1932, un volumen, 732 páginas.—3. *Théorie du capital et du profit*, 1926, dos volúmenes, 463 y 662 páginas.—4. *Théorie de la rente foncière et du prix des terres*, 1930, un volumen, 380 páginas.

No mencionamos aquí los numerosos trabajos económicos o sociales de menor extensión y los artículos publicados aparte o en revistas, en diversos idiomas. En el dominio social hay que mencionar, sin embargo, el libro *En marche vers la société nouvelle*, París, ediciones Stock, 1899, que ha sido traducido al holandés, español y portugués.

En estos últimos años, sus actividades se han manifestado especialmente—aparte sus estudios económicos—en forma de artículos en las revistas sindicalistas revolucionarias.

En la actualidad acaba de entregarnos el original de un libro, titulado *L'économie communiste libertaire*, la economía en régimen de transición, que da un elevado tono de seriedad científica a los anhelos de las masas proletarias.



P

ARA poder considerar las consecuencias económicas y sociales, que necesariamente tendría una guerra mundial futura, hay que comenzar por acordarse de las que tuvo la guerra mundial de 1914-1918.

Poco después de esta guerra, y aun en medio de todos los desórdenes económicos y financieros causados por ella, desde el primer momento, me encontraba convaleciente en un hospital de París, cuando el director, uno de mis conocidos, vino a preguntarme lo que pensaba del porvenir, como economista.

Yo le contesté: «No veo salida alguna, si se basa en el orden social presente. Lo más sencillo sería, seguramente, borrar y cuenta nueva en todas las deudas de la guerra que aplastan a los pueblos, deudas comerciales más bien que deudas de guerra propiamente dichas; pero éste sería un acto revolucionario, del que no se sabría apreciar las repercusiones económicas, financieras y morales.

»Ultimamente, y si se quiere permanecer en los límites del orden social de la actualidad, no veo más que una sola salida: que todos nosotros, nuestros hijos y nietos, decidiéramos trabajar *durante sesenta años* a los dos tercios de nuestros salarios efectivos de antes de la guerra, diez o doce horas diarias, en vez de la jornada de ocho o nueve horas. Eso sería —a mi juicio— suficiente para pagar el total de perjuicios, y las consecuencias económicas de todos los crímenes cometidos por los hombres durante los cuatro años de guerra. Pero, ¿cree usted que las masas laboriosas aceptarían esto? ¿Y nuestros hijos y nietos pagarán nuestras bestialidades y crueldades?

La respuesta fué: «No, esto no se aceptaría en ningún país.»

A menudo recuerdo esta contestación, porque la he recibido lo menos una veintena de veces, de hombres y mujeres de todas las clases de la sociedad y de habitantes de países muy diferentes, cada vez que les hice mi pregunta.

¿Y qué se ve hoy? Que todos los pueblos han levantado murallas alrededor de sus territorios, por medio de aranceles elevados, en lugar de permitir la libertad del trabajo y el comercio internacionalmente; primera consecuencia: que Alemania, privada de sus colonias y puesta en la imposibilidad de exportar miles de millones de

mercancías, es incapaz de responder a sus obligaciones financieras, y se debate en una miseria espantosa; segunda consecuencia, esta de orden general: que, gracias a los mismos obstáculos aduaneros, a los procedimientos de «racionalización» de las industrias y de la agricultura, inventados por los emprendedores capitalistas que no piensan más que en sus propios intereses, gracias, en fin, a la falta de confianza entre los pueblos y al mantenimiento de armamentos hipertrofiados, la crisis económica se ha hecho mundial. Veinticinco o treinta millones de hombres aptos para el trabajo, que pertenecen a todas las naciones modernas, se encuentran en la imposibilidad de emplear sus actividades.

¿Van a esperar a que esta situación mundial conduzca a una nueva guerra? Entiéndase bien que ningún conflicto armado, en el que se mezclara una gran potencia europea, podría quedar circunscrito en los límites de dos o tres países, sino que los tratados recíprocos entre los pueblos, y más aún los intereses propios de todos, así como también la universalidad del malestar, transformarían esta guerra, desde el principio, en una conflagración europea y hasta mundial.

Y si sesenta años de ruda labor de las masas trabajadoras serían apenas suficientes para reparar los desastres económicos y financieros de la guerra precedente, ¿sería posible calcular las consecuencias económicas y sociales de una futura guerra, desarrollada en los aires, por mar y por tierra, como una locura colectiva contagiosa?

Desde el punto de vista físico, Europa se convertiría en un inmenso osario, pues, con los medios de destrucción y de matanza modernos, la guerra no se limitaría solamente a millones de hombres armados, en la plenitud de su vida, que se degollarían mutuamente, sino que capitales, poblaciones enteras, hombres, mujeres y niños serían ametrallados, destruidos, asfixiados y envenenados en masa.

Desde el punto de vista económico y social, sería la ruína, la bancarrota de Europa, hasta sin distinción entre vencedores y vencidos; pues en tamaño osario, donde no se podría ni llegar a conseguir enterrar o incinerar los montones de cadáveres, en el desastre resultante de las des-



trucciones, cesa la posibilidad de desvalijar a los escasos millones de enfermos y supervivientes estropeados.

Una lucha feroz, de todos contra todos, es la que comenzará bien pronto: los medios de comunicación desorganizados; los habitantes de las ciudades, fugitivos, recibidos hostilmente por los campesinos, desde el momento en que el oro y la plata no interesen y los géneros alimenticios escaseen; regiones enteras devueltas a la vida más primitiva, tal como la conocieron los primeros siglos de la Edad Media.

Y la Historia se repetirá; también se imaginarán que la conflagración terminará en algunas semanas o en unos meses; pero, la locura colectiva dominando en los pueblos, la carnicería y destrucción, proseguirá de mes en mes y, habiendo cesado la conflagración en un punto de los territorios europeos, asiáticos o africanos, resurgirá en otras regiones, arrastrando de día en día más bajo el nivel de la civilización.

Será la vergüenza de la Humanidad moderna el haber vuelto a los tiempos de las invasiones bárbaras o de las guerras religiosas.

Al final, desde el punto de vista económico y cualquiera que sea la forma de sumisión, Europa se convertirá en una colonia americana o australiana; un continente agotado, el oprobio de las civilizaciones humanas ulteriores.

Pero, ¿tolerarán los pueblos de Europa una nueva conflagración internacional?

O, más bien, ¿responderán con una revolución mundial a una declaración de guerra? Y, después de haber proclamado la huelga general, cortando las líneas telegráficas y telefónicas, habiendo paralizado las locomotoras de los trenes militares, ¿las masas laboriosas arrastrarán a sus «malos pastores», a sus amos: grandes financieros, buscadores de negocios, comerciantes de cañones y políticos venales, ante los tribunales revolucionarios?

Nadie sabría decirlo. La bestialidad humana es ciertamente inmensa, pero, a pesar de todo, hay progreso en los espíritus desde la pasada guerra. La guerra, como medio, era ya un anacronismo en 1914-1918, pero al menos quedaba, por lo menos parcialmente, localizada y, los ejércitos alemanes, atrincherados en Bélgica y en el norte de Francia, permitían a los aliados exigir su retirada inmediata y, rechazada esta reivindicación, podían intentar expulsar dichos ejércitos. Pero la guerra futura, en su forma más espantosa, será hecha en los aires y sólo el caos, el caos indescriptible, será su imagen fiel.

Comienzan a darse cuenta y hay actualmente, en todos los países modernos, hasta en las naciones vencidas, una parte de la población que está bien decidida a no dejarse llevar por los acontecimientos, y que preferirá, llegado el caso, la revolución social a la guerra entre las naciones.

**Christian Cornelissen**

París.



¡Cucú..., cucú...! Ya estoy aquí.

### La vuelta al intercambio

Por una parte, reducción y destrucción de mercancías; por la otra, millones de hambrientos. ¿No es este el signo de una verdadera barbarie?

La economía capitalista se ve, por lo tanto, obligada a volver al régimen comercial de la barbarie: el cambio.

El carbón se acumula en los depósitos de las minas del Ruhr. El Brasil transforma el café en carbón.

El Sindicato hullero del Ruhr acaba de llegar a un acuerdo con el Gobierno del Brasil para cambiar 75.000 toneladas de carbón por una cantidad determinada de café.

Ayuntamiento de Madrid



# Capitalismo y fascismo

**E**N medio de la más formidable crisis económica que el mundo jamás ha conocido, las olas reaccionarias, cada vez más fuertes, se abaten sobre la mayoría de los países modernos.

En casi todas partes, el capitalismo arroja su máscara democrática y confiesa cínicamente sus preferencias dictatoriales. La restauración de la dinastía se prepara en Alemania, el movimiento fascista gana terreno en Austria, y hasta en España, donde la República no ha cumplido aún su segundo año, se comprueba que determinados actos gubernamentales —por ejemplo, la deportación de los obreros revolucionarios— están en flagrante contradicción con los principios democráticos que proclama el Gobierno. El fascismo se ha instalado en el Poder, hace diez años, en Italia; sangrientas dictaduras aplastan a Polonia, Yugoslavia, Hungría, Rumanía y los países bálticos; el movimiento fascista se desarrolla en Finlandia; en los Estados Unidos, en ciertos centros capitalistas, sueñan con la instauración de una dictadura de «hombres de negocios».

Total, que el capitalismo toma aspectos de más en más antidemocráticos.

Pero la clase obrera resiste. Necesita la democracia, está interesada en oponerse por todos los medios a las veleidades dictatoriales de las clases dirigentes. Es preciso que se defienda, pero para poder hacerlo ha de comprender, tan exactamente como sea posible, las causas de la subida universal de la ola reaccionaria, la naturaleza de los movimientos antidemocráticos y su relación con la situación concreta del capitalismo contemporáneo.



Hace un siglo, en los tiempos de su nacimiento, el orden burgués se vió obligado a revestirse de ciertos principios democráticos. Forzado a barrer las supervivencias políticas del orden feudal, tenía que presentarse como campeón de las libertades democráticas, en la medida que éstas le ayudaran, a combatir la nobleza y la monarquía absoluta; lo que no la impedía

reprimir, en virtud de estos mismos principios liberales, a las organizaciones sindicales del proletariado naciente. Esta fué la época en la que muchos demócratas sinceros, amigos de la clase obrera, cayendo en un esquematismo algo simplista, se prometían la ampliación gradual de las libertades democráticas en todos los dominios, y de ahí que Víctor Hugo, en el famoso prefacio a su drama *Hernani*, glorificara la penetración del liberalismo hasta en la literatura.

En esta época lejana, tales ilusiones podrían justificarse en determinada medida. Liberalismo y democracia aparecían como la expresión política de la libre concurrencia y, esta última, parecía encarnar el antiestadismo del capital.

Pero este período no pudo ser más pasajero. A medida que el capital entraba en su fase monopolista, sus tendencias estadistas aumentaban. La presión de la gran industria y de la alta fianza, en todos los engranes de la vida pública, condujo a la concentración del poder económico en manos de una casta cada vez más restringida, exclusiva, dictatorial.

Es la estructura misma del capitalismo contemporáneo la que hace la democracia más y más ilusoria, por perfectas que sean las formas exteriores, y lo que exige imperiosamente la subordinación de todo el aparato del Estado a la voluntad de la casta de magnates.

Esta necesidad se refuerza aún desde que el capitalismo ha entrado, en el mercado mundial, en su *período de decadencia*. La reducción de las vastas salidas, de que disponía en otros tiempos el capitalismo mundial, impulsa a las diferentes potencias capitalistas a disputarse celosamente los últimos restos de estas indispensables salidas. De donde resulta el aumento de los peligros de guerra, la empeñada competencia de armamentos y por ende, el desarrollo, a todo trance, de cuantos métodos de represión emplea la burguesía contra las masas laboriosas. Porque la burguesía no ha olvidado las enseñanzas de la última guerra, que terminó por una nube de revoluciones. La



burguesía teme que la guerra que prepara conduzca, de nuevo, a parecidos resultados. Así es, que cree deber tomar a tiempo sus precauciones: para ella, la dictadura es la mejor medida preventiva.

Esto no es todo. El estrechamiento de las salidas mundiales del capitalismo ha conducido, en todos los países industriales, al desarrollo de un paro fozoso crónico y de una envergadura formidable. Hasta con anterioridad a 1929, antes de comenzar la crisis presente, en los *períodos de prosperidad*, el paro en Alemania, en Inglaterra y los Estados Unidos, era más grande que antes de la guerra en los períodos de crisis. Frente a este paro permanente, la burguesía teme las erupciones de la cólera de las masas hambrientas; siente que su poder se hace cada vez más inestable: en la imposibilidad de poder aplacar el descontento popular con pan, proyecta la represión, la violencia, la dictadura.

La competencia en el mercado mundial se hace cada vez más encarnizada. Para vencer al adversario, para defender las salidas más y más amenazadas, para impedir que la competencia extranjera invada el mercado interior, hay que «comprimir» el precio de costo, disminuir los salarios e imponer a los obreros condiciones de trabajo cada vez más duras e inhumanas. Pero la clase obrera reacciona contra las ofensivas patronales; se declara en huelga y la burguesía se ve obligada a movilizar la policía y el ejército contra los huelguistas. Los antagonismos de clase se hacen más y más tirantes y, ante el descontento general, suscitado por la miseria que aumenta, la burguesía se apercibe de que la democracia constituye una protección insuficiente.

Todos los factores que acabamos de indicar impulsan al capital a declarar la guerra a las formas democráticas del Estado. Hemos entrado en un período histórico en el que el capital no puede mantener su dominio más que con la dictadura.



Pero el capitalismo no está siempre en condiciones de elegir a su gusto las *formas* de represión que le convienen. La dictadura del capital puede tomar aspectos

muy diferentes, según el país y las condiciones históricas.

Al día siguiente de la caída de la dictadura proletaria en Hungría, en 1919, fué la instauración de la dictadura de las bandas de oficiales feudales el terror blanco. Lo mismo ocurrió en Finlandia, en 1918, tras la derrota de la revolución proletaria. En numerosos países, el terror blanco, la *dictadura militar*, demostró ser el único medio de evitar la dislocación y el hundimiento del sistema capitalista.

Pero hay circunstancias en las cuales el capitalismo recurre a otros métodos, que no son la dictadura militar. Cuando la crisis del régimen se acentúa, cuando grandes masas populares se ponen en movimiento, impulsadas por la miseria y la inestabilidad de su existencia, puede ocurrir que el mismo ejército esté contaminado y, no obedeciendo ya las órdenes de sus jefes, deje de ser el instrumento dócil sobre el que se puede apoyar una dictadura militar.

En tan dudosa situación, el capitalismo no puede contar con el ejército regular, sea porque esté desmoralizado o porque no sea bastante fuerte para oponerse a un movimiento que abarque la gran mayoría de la población. El capital debe, pues, buscar otro instrumento de dictadura.

*Este otro instrumento de represión es el fascismo.*

Sin embargo, la burguesía no puede crear un movimiento fascista como se obtiene un traje, por encargo y a medida. La burguesía no está en libertad de suscitar el fascismo dónde y cómo quiere, pues el fascismo se distingue de las otras formas de represión, de terror blanco y dictadura, por una característica muy particular y que nunca fué observada en la historia pasada de las contrarrevoluciones. El fascismo es un movimiento reaccionario que se apoya en la *acción de vastas capas populares* que se lanzan a la calle; un movimiento en el que el ejército regular no representa más que un papel difuminado: a veces hasta se levanta contra las fuerzas regulares de la dictadura burguesa, el movimiento fascista.

Para que pueda haber fascismo es necesario que se junten una serie de condiciones especiales:

1.º La crisis del capitalismo debe de haber llevado a la desesperación y puesto



en movimiento todas las capas populares, singularmente a las clases medias urbanas y rurales, la pequeña burguesía.

2.º El aparato de represión regular, del capitalismo, debe estar bastante debilitado (disgregado) o resultar demasiado insuficiente para ser capaz de imponerse a la revuelta amenazante en las masas populares; de suerte, que la burguesía se encuentre forzada a buscar otros puntos de apoyo.

3.º Una parte de las masas populares (especialmente la pequeña burguesía) ha de ser hostil al socialismo o al comunismo, sea porque no está suficientemente percatada de sus verdaderos intereses o porque la política de aquellas tendencias la ha decepcionado y disgustado; lo que fué el caso en Alemania e Italia.

Si estas tres condiciones son dadas, el gran capital puede intentar, e intenta, reclutar parte de estas masas populares exacerbadas en organizaciones fascistas, subvencionadas por la gran industria y por la oligarquía financiera. La burguesía opone al proletariado, en el propio campo de este último, *en la calle*, las huestes fascistas, encadenadas, por la demagogia más abyecta, al carro triunfal del capital monopolizador.

Hay que guardarse mucho de despreciar la diferencia que existe entre la dictadura burguesa, en general, y el movimiento fascista, que es *una forma enteramente particular* de esta dictadura.

La clase obrera nunca está desarmada por completo cuando se ve obligada a defender la democracia (1) contra el golpe de Estado de una conspiración militar. Si sus organizaciones están intactas y da

(1) Bien sabemos que la democracia burguesa, tal como existe en Francia, Inglaterra, Bélgica, España, etc., está lejos de ser un ideal. Pero seguramente vale más que una dictadura, abierta y cínica, de la burguesía. Así que el proletariado tiene el deber de defender la democracia burguesa, por imperfecta que sea.

pruebas, en la lucha, de la energía, el ardor y la abnegación indispensables, su compacta masa, dominando el terreno de las calles, desertando de los talleres y vías férreas, recurriendo a la huelga general y a la resistencia armada, triunfará de las amenazas dictatoriales: el fracaso de la intentona militar Kapp-Lüttwitz en Alemania, en marzo de 1920, lo ha demostrado.

La lucha obrera contra los peligros de una dictadura fascista es mucho más difícil y más complicada. La lucha contra la instauración de una dictadura militar, que exige simplemente la voluntad combativa, la cohesión en las filas, el espíritu de sacrificio y cierta unidad en la pelea. Contra la amenaza de una dictadura fascista, precisa, además, *una política previsora y lúcida* en el campo de las organizaciones proletarias.

La lucha contra el fascismo sólo puede resultar triunfante si las organizaciones de clase del proletariado consciente, dándose cuenta de la naturaleza del fascismo como movimiento de masas, de capas populares insuficientemente iluminadas y caídas en la trampa de la demagogia fascista, practican una política susceptible de orientar hacia el socialismo las energías desviadas de estas capas, de aliar las reivindicaciones de estas clases (¡porque, ante todo, tienen hambre!) a las reivindicaciones democráticas; en resumen, si la política de las organizaciones proletarias se inspira en la idea de que la democracia no interesa al pueblo más que si ella no es el sinónimo de hambre.

Y como el capitalismo, en su fase decadente, se impone a las masas populares por la familia, la acción contra las amenazas fascistas no podrá ser eficaz más que si ella es, al mismo tiempo, *una acción contra el capitalismo en general, una acción por el socialismo*. Querer defender la democracia a base del capitalismo, contar con determinadas fracciones de la burguesía como aliadas, es perder la batalla antes de que se haya emprendido.

**Lucien Laurat**



# Contra la guerra que viene

Es nuevo, la guerra obsesiona al mundo. Si nadie sabe dónde, cuándo y cómo estallará, cada cual entiende, oye, adivina, que es, una vez más, inevitable. Mil síntomas, que forman un proceso patente que todo el mundo conoce y reconoce, ¡ay!, anuncian la inminencia de la catástrofe.

Sea sobre el plan político, económico o social, en el terreno racial, étnico o confesional, todos los hechos actuales concurren, con una nitidez implacable, al desencadenamiento de los conflictos sangrientos.

Después de su fracaso, tan ruidoso, en el conflicto chinojaponés, cuya segunda fase —la verdadera guerra en el extremo Oriente— se prepara, la Sociedad de las Naciones ha intentado recuperar su prestigio, convocando dos grandes conferencias: la del desarme en Ginebra y la de las deudas en Lausana.

No es descubrir ningún secreto el declarar que estas conferencias languidecen lamentablemente; que, en breve, estarán en los definitivos impases; que no se ocultarán sus fracasos más que demorando el confesando una vez más o suscribiendo compromisos que dejarán las cosas como están.

Y mientras se preparan nuevas conferencias, tan impotentes como las anteriores, continuará la competencia de armamentos, a la luz del día o clandestinamente; la guerra aduanera y económica, preludio de la verdadera guerra, se intensificará; los choques entre grandes adversarios continuarán en todos los mercados del globo, al mismo tiempo que las grandes potencias industriales cerrarán herméticamente los suyos, condenando a sus ciudadanos al pauperismo y la miseria.

Otros dirán, sin ningún género de duda, en esta Revista, cuáles son los aspectos particulares de este angustioso problema.

Lo que yo quiero examinar es la actitud que debe adoptar la clase obrera de todos los países frente a la terrible plaga que amenaza con la desaparición de la Humanidad: actitud individual y colectiva, acción moral y práctica.

Ante todo, hagamos constar que, por sus caracteres y su extensión, por su desarrollo y consecuencias, la «guerra que viene» no será comparable en nada a ninguno de los pasados conflictos armados, comprendido el de 1914-1919, que fué, sin embargo, casi mundial.

Estos primeros detalles implican, necesariamente, que todos los medios más o menos utilizados hasta la fecha para hacerla fracasar han quedado anticuados.

La misma fórmula de Einstein, que aproximadamente es la siguiente declaración: «Con ningún pretexto, en ningún caso y de cualquier manera que sea, no aceptaré participar en la guerra e invitaré a mis amigos a seguir mi ejemplo», a pesar de su claridad y precisión, es ya insuficiente.

Su aplicación no constituye ya un obstáculo práctico opuesto a la guerra, al desencadenamiento y desarrollo de un conflicto guerrero.

En efecto, cualquiera que mire de frente la realidad se ve obligado a reconocer

1.º Que, por su carácter, la próxima guerra diferirá tanto de la de 1914-1918, como esta última de la guerra de los Treinta Años.

2.º Que esta guerra no será precedida por declaración preliminar alguna. La guerra chinojaponesa acaba de probar, con evidencia, este aserto.

3.º Que no existe medio alguno de protección eficaz para la población civil.

Examinemos estos tres puntos esenciales, detalladamente.

1.º «La guerra que viene» será aeroquímica y bacteriológica. Esto significa que los grandes ejércitos resultarán inútiles; que las fortificaciones, trincheras, cañones, fusiles, ametralladoras, serán entonces armas prehistóricas, cuyo uso y eficacia serán absolutamente nulos.

Inmediatamente se llega a las siguientes observaciones, por medio de la deducción lógica:

a) La guerra aeroquímica y bacteriológica sólo requerirá un contingente de hombres muy reducido: químicos, preparadores, aviadores y mecánicos.



b) Que el capitalismo puede encontrar, en todas las ramas de la burguesía, los escasos millares de hombres necesarios, en todos los países, para realizar la siniestra tarea, sin tener que recurrir a la movilización del proletariado de las ciudades y los campos, más que por pura fórmula.

Esta perspectiva reduce a la nada el valor de la *deserción*, la *insubordinación* y las *objeciones de conciencia* en tiempos de guerra.

Y si a esto se añade que todas las fuerzas económicas de un país en guerra concurren, cualquiera que sea la forma de su actividad, continua y efectivamente, al esfuerzo guerrero; que todos los individuos, hombres, mujeres, niños y ancianos, estarán *prácticamente* movilizados, y que, en una palabra, el *potencial de guerra será igual al potencial de paz*, puedo llegar a la conclusión, con razón y certidumbre, de que *todo ser humano*, cualesquiera que sean los caracteres de su actividad y *donde quiera que esté*, participará *directa e indirectamente* en la guerra, en la que vanguardia y retaguardia no se distinguirán ya *ni en esfuerzo ni en peligro*.

Es necesario, pues, sin más espera, buscar otros medios más eficaces para oponerse a la guerra, y paso a examinarlos seguidamente:

2. La guerra estallará *sin declaración preliminar*. He ahí algo nuevo, que requiere imperiosamente nuestra atención y que reconocen conmigo, en Francia, hombres que pertenecen a concepciones opuestas: Caillaux, Daudet y Laugevin, por ejemplo.

¿Qué quiere decir esto? Que la guerra estallará *repentinamente*, cuando la tensión diplomática se agudice; que cada uno de los beligerantes se precipitará sobre su antagonista directamente, *con el máximo de rapidez y potencia*, para aniquilarlo con un golpe de sorpresa.

En la realidad, esto se traducirá por el bombardeo nocturno de las grandes ciudades, grandes centros de producción y aprovisionamiento y nudos de comunicaciones importantes, con verdaderas flotas aéreas, compuestas de centenares de aviones, que proyectarán desde las alturas del aire, e *indistintamente*, bombas, gases, obuses asfixiantes, microbios de la

peste, del cólera, torpedos aéreos, bombas incendiarias a 3.000 grados e inextinguibles.

Imaginad, por ejemplo, la aparición sobre Londres, París, Berlín, Roma, Barcelona o Madrid, de *mil aviones*, en plena noche, lanzando sobre una de estas capitales millares de obuses, toneles de gases, incendiando centenares de hogares con llamas imposibles de apagar, y tendréis ante los ojos el horrible espectáculo de la guerra que nos amenaza.

En algunas horas, todo lo más, muchos millares de seres humanos serían aniquilados y nada quedaría de las inmensas ciudades, que fueron orgullo de una civilización.

Y lo peor es, *porque este es el verdadero peligro*, que cada cual espera sorprender al adversario.

En realidad, esto equivaldrá, en alguna hora o en algunos minutos de diferencia —según la distancia— a la destrucción *simultánea y total* de los dos beligerantes.

En efecto, si se tiene en cuenta que existen ya muchos centenares de gases *conocidos*, cuyos efectos son mortales; que los ataques se producirán *sobre todo de noche* y determinarán pánicos absolutamente *incompatibles* con el despliegue de las actividades vitales de un país; que la huida misma será imposible; que los medios de protección subterráneos serán inútiles; que las máscaras protectoras serán inadecuadas y, por lo tanto, impotentes para preservar, puesto que cada clase de gas exige el uso de una careta especial y no se sabrá, por anticipado, qué especie de gas van a lanzar; si se acepta, con el profesor Laugevin, que no existe medio alguno para inmovilizar a distancia los motores de avión; si se quiere recordar que ciertos gases, mezclados en el aire en la ínfima *proporción de 1/10.000 a.*, imperceptibles por el olor ni el gusto, determinan en algunos instantes una muerte atroz, hay que llegar a la conclusión de que no existe nada que pueda preservar, *ni parcialmente*, a las poblaciones de los horrores de la guerra.

Todo será destruido: *hombres, animales, vegetales*. Sólo subsistirán, en algunos parajes alejados, algunas muestras de las razas desaparecidas, si la peste, el cólera y el tifus, ampliamente esparcidos, no consiguen su objeto.



Todo lo que antecede no es una pura creación de la imaginación mía. He ex-nocen y declaran conmigo todas las per-puesto, muy sucintamente, lo que reco-sonas competentes, y nada más.

Ahora creo tener el derecho de afirmar, después de haber demostrado que la *guerra que viene* no se parecerá en nada a las del pasado; ¡que la de 1914-1918, tan terrible, sin embargo, no será, comparada con la próxima, más que un juego de niños!

Es, pues, absolutamente cierto, que ta-maña guerra desordena todos nuestros medios de defensa contra la plaga.

Por una parte, considero que hay dos grandes misiones a cumplir: una, *moral*, y la otra, *material*.

La primera consiste en *desarrollar*, lo más posible, el *horror y el odio* a la guerra; en levantar contra ella a toda la población, en todos los países; en imponer a los gobernantes, en cuanto sea posible, una política de paz.

La segunda debe permitir *apoyar con la acción* el deseo de paz de los pueblos. El ejercicio del control sindical de la producción debe dar al proletariado el medio de hacer imposible el uso de todo el arsenal del crimen; de oponerse a las *transformaciones* de las industrias de paz en industrias de guerra; de apoderarse, en el momento oportuno, de los depósitos y almacenes.

En fin, la huelga general, *insurreccional y expropiadora*, DECLARADA ANTES DEL PRINCIPIO DE LAS HOSTILIDADES, lo antes posible, puede permitir transformar lo que sería un conflicto sin precedentes —el último, sin duda— EN LA REVOLUCIÓN SOCIAL.

El mejor medio, el ÚNICO, para evitar la guerra es hacerla imposible, abatiendo el régimen que la engendra: EL CAPITALISMO, y su agente de ejecución, el ESTADO.

LA REVOLUCIÓN O LA MUERTE, EL SUICIDIO ACEPTADO Y CIERTO O LA TENTATIVA SUPREMA DE LIBERACIÓN. Tal es el dilema que, cada cual y todos, deben resolver SIN DILACIÓN.

La guerra ofrece un 100 % de probabilidades de desaparición; si la revolución, cuyo acto inicial será la huelga general, no presenta más que 10, 5 y hasta una probabilidad de liberación, debe optarse por ella.

Al terminar este estudio declaro cate-góricamente que el proletariado no puede escapar a la destrucción que amenaza, cada día un poco más, a la especie huma-na entera, más que organizándose *libre-mente, fuera de los partidos y contra ellos*, en sus Sindicatos, Uniones sindicales, Federaciones de industria, Centrales nacionales y su Internacional; imprimien-do a estos organismos, salidos de su acti-vidad, un ritmo de acción revolucionaria; si sabe ejercer el control sindical de toda la producción, por la institución de Comi-tés de talleres y Consejos de fábrica; si es capaz de encargarse de todo el aparato económico y social, cuando llegue el mo-mento, y si, adelantándose a la guerra, por la declaración *de la huelga general in-surreccional y expropiadora*, que hará imposible las hostilidades, consigue abrir las puertas a la revolución social.

He de añadir —y esto es importante— que si la clase obrera está dispuesta antes que la guerra estalle; si realiza, de mane-ra suficiente, su síntesis de clase, no debe-rá esperar un minuto más de lo que con- venga y deberá *actuar enseguida*.

En caso contrario, si los trabajadores son incapaces de realizar este trabajo práctico, de *preparación y acción*; si dejan escapar el momento *psicológico*, sufrirán la guerra y desaparecerán, en la tormenta, con sus adversarios de casa.

Es decir, que si la oposición a la guerra, la lucha contra la plaga devastadora es de orden individual, exige, AHORA, algo más que una valerosa actitud personal.

Es indispensable, *hoy*, que la concien-cia de los hombres se eleve más alta aún que en el pasado y les permita organizar una *oposición y una acción colectiva*, po-niendo a su servicio los medios prácticos capaces: primero, de hacer la guerra im-posible, y, luego, de permitirles tomar a su cargo el destino de la nueva humani-dad, que surgirá de este choque final y ase-gurar, si es preciso por la fuerza, la per-manencia del nuevo orden social.

**Pierre Besnard**



# Mis peregrinaciones europeas

(Controversia con Enrique Barbusse)

Eugen Relgis, que inicia su colaboración en ORTO con este hermoso trabajo, es un joven escritor rumano, nacido en Jassy, en marzo de 1895. En su primera juventud dióse a conocer en el mundo de las letras con dos o tres volúmenes de poesías y de otros diversos trabajos literarios, en los que ya se delineaba el gran escritor y profundo sociólogo con que hoy cuenta el pequeño país balcánico. En el transcurso de los años fué publicando obras de distintos géneros: novelas, ensayos, viajes, etc., algunas de las cuales ya han visto la luz en varios idiomas europeos. En los últimos doce años, y particularmente después de la guerra de 1914-1918, que ejerció una decisiva influencia sobre su espíritu y sobre sus ideas, dedicó sus grandes dotes de escritor y de analizador a los problemas sociales en todos sus aspectos y, muy especialmente, en el problema pacifista, en el que hoy se destaca como una de las principales figuras europeas que luchan por la paz universal. Sus obras y todos sus trabajos acerca de este apasionante problema son muy conocidos en distintos países de Europa, principalmente en Francia y en los países centroeuropeos. Sus dos últimas obras pacifistas son *La Internacional Pacifista* y *Los Caminos de la Paz*, la primera editada en francés, en 1929, y muy próxima a aparecer en español, y la segunda, traducida ya al francés y al alemán y próxima también a ser editada en ambas lenguas. El trabajo que aquí aparece forma parte de una larga serie de entrevistas con las principales figuras literarias y culturales de Europa, como Román Rolland, Enrique Barbusse, Stefan Zweig, Enrique Mann, Han Ryner, etcétera, etcétera; estancias en París, Viena, Bruselas, Berlín y otras grandes ciudades europeas, y que su autor ha reunido bajo el título de *Peregrinaciones Europeas*, habiendo aparecido ya en español varios capítulos, y esperándose que dentro de este año aparezcan en su totalidad en un volumen.

E. M.

**D**ESDE el boulevard Montmartre, excavado también por obras edilicias, dividido por los andamiajes en angostos pasajes a través de los cuales peatones y vehículos se filtran en un horrible barullo, me meto en la calle Montmartre, demasiado estrecha para el inagotable tráfico. Innumerables almacenes y tiendas le dan un aspecto de mercado popular, de feria, donde no faltan los vendedores ambulantes que, con discursos y gestos de prestidigitadores, muestran un nuevo sistema de anudar la corbata o bien frascos con soluciones que quitan inmediatamente toda clase de manchas.

Lo que me sorprende también en esta calle son los numerosos rótulos de periódicos: *La Presse*, encima de depósitos de los cuales se retiran miles de paquetes para ser cargados en camiones. Se descarga de una hilera de otros camiones rollos de papel destinados a las rotativas. ¿Dónde pueden resguardarse aún las imprentas en estos viejos edificios, llenos de pequeños talleres y de oficinas? *Le Soir*, diario de izquierda, vivo y audaz. *L'Ami du Peuple*, con el cual un perfumista multimillonario se permite lisonjear los gustos populares también, defendiendo los intereses de su clientela perfumada. *Messageries Hachette*: los montones de periódicos y de

revistas son llevados sobre una especie de tela rotativa hasta los vendedores que se reparten enseguida por todos los barrios.



Eugen Relgis

Ayuntamiento de Madrid



y a los autocamiones que se apresuran hacia las distintas estaciones... *Les Nouvelles Littéraires*, tirada: 200.000. Sin embargo, el local de la Redacción es muy exiguo y muy insípido, con algunas butacas que parecen datar de la época de la primera República. Es el periódico literario del *trust* de los editores. El teléfono nos ha interrumpido diez veces durante la media hora que he pasado en el despacho de Federico Lefèvre. He sorprendido algunos de los secretos de la gloria literaria, de la crítica que hace subir o caer; he sentido esa oleada de las vanidades políticas, estéticas e incluso científicas. Me he dado cuenta de que un redactor en jefe debía de ser macizo, resistente como un intendente y flexible como un diplomático; que debía poseer el genio de la temporización y los ojos de Argos. Lefèvre es enérgico, regordete, jovial a veces, pero siempre está en guardia, obligado a neutralizar esas mil solicitudes e intereses antagónicos en una publicación-standard, donde las casas editoras se han reservado su parcela tarifada...

En *Le Soir*, donde precisamente se preparaba Víctor Méric a lanzar su encuesta sobre la guerra de los gases, he encontrado, en compartimientos hechos de tablas, como en los vagones de tercera clase, literatos y periodistas de otro matiz que en las redacciones de enfrente: Jorge Pioch, Pedro Loiselet, Pablo Luis... ¿Cuándo escriben, pues, si uno de ellos se ocupa de la solución de ciertas palabras cruzadas, otro está molestando a una señorita atlética y aquel viejo de barba hirsuta y con gafas —un sociólogo reputado— recoge sellos de correo de la cesta llena de sobres y de banderolas? Siento, sin embargo, la trepidación del trabajo, el esfuerzo de hallarse pronto, oportunamente, de saberlo todo y de servir mejor que el periódico vecino.

«*Café del Croissant*»... Y, bruscamente, tengo la visión de Jaurés, hundiéndose entre las mesas de allá acibillado por las balas del energúmeno armado por los amos siniestros que preparaban la catástrofe de 1914. Un gigante que hacía temblar a la jauría de los políticos; corazón generoso donde palpitaba el pulso de la Francia democrática; vasta inteligencia donde los intereses proletarios se armonizaban con los ideales humanitarios... Y experimenté esa rebeldía contra el crimen abyecto y sin

expiar, en este lugar donde había caído la primera víctima de la Guerra Europea y donde, al presente, obreros con blusa, empleados, mujeres acicaladas saborean su café o su coñac en esa lucha de la vida con sus imperativos del momento, que veían las conciencias bajo la apariencia de la indiferencia y del olvido.

«¡Oh, el precipicio sin fondo del pueblo!»... «el pueblo es una máquina de olvidar.» Me acuerdo de estas fórmulas de Enrique Barbusse cuando me decido a ir a buscarle a la Dirección de la revista *Monde*. (Ha publicado precisamente en el número de hoy mi primera novelita en versión francesa: *La Bufalita*.) Me interno en la calle Etienne Marcel. Subo al tercer piso, y en una habitación llena de legajos y de paquetes, me entero de que Barbusse ha dejado su refugio de los Alpes Marítimos y que se encuentra en el despacho vecino, en Consejo de redacción. Prefiero fijar una cita para la tarde, entre cuatro y cinco, para poner en claro, cómodamente, una vieja controversia.

He presentado en otras obras —y principalmente en un largo capítulo de *El Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales*— la personalidad literaria y social del autor de *EL FUEGO*, la génesis y la evolución del grupo «Clarté», la acción de *La Internacional de los antiguos combatientes* y la ideología que ha determinado a Barbusse a convertirse en un firme partidario del comunismo. No repetiré aquí aquellas exposiciones de hace diez años y, no obstante, actuales aún. La evolución de Barbusse es característica para todos aquellos intelectuales que, a consecuencia de la feroz experiencia de la guerra, han descendido de la nebulosa de la abstracción y de la poesía a las arenas sociales. Después de *Las lloronas*, donde Barbusse, excesivamente saturado de vida interior, ha cantado sus letanías sobre las tumbas de la vanidad, nos ha dado en *El Infierno* una curiosa síntesis de la vida moderna. Ha pasado después, del infierno de las pasiones sexuales, al averno de los pueblos masacrados: *El fuego*, visión apocalíptica pero verdadera, prolongada en la novela *Claridad*, en la cual han sido derribados los viejos ídolos sociales para dejar lugar a una nueva diosa: La Razón... Rebeldía que aporta otro evangelio social y que, sobrepasando las hojas im-





**LA GUERRA ES BELLA...**

**¡enseñemos a los niños a jugar a guerras!**



Ayuntamiento de Madrid







CINEMA

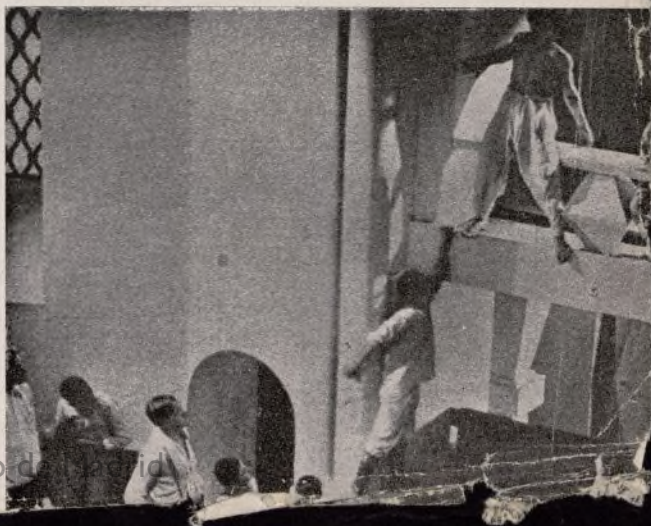
# El camino de la vida

FILM RUSO

DE NICOLAI EKK



EN EL CAMINO DE LA VIDA, primer film sonoro soviético, nos encontramos ya ante uno de los productos definidos y caracterizados de la nueva tendencia cinematográfica rusa. Este film constituye un documento palpitante y actual, que nos habla en un lenguaje absolutamente plástico, de cosas íntimamente ligadas a nuestros intereses de clase, de problemas latentes de la vida real. En sus imágenes, perfectamente intuídas, se identifican hasta la consustanciabilidad, los dos elementos de belleza plástica y de fuerte contenido vital, hasta tal punto, que sería absolutamente difícil, bajo un punto de vista crítico, abstraer la *forma* del *contenido* o viceversa. No se trata, pues, de una conexión de estos dos elementos *elaborada* por la inteligencia, sino de una identidad real, dictada incontestablemente por el más profundo sentido vital. Este film, eminentemente pedagógico, nos demuestra hasta qué punto la Sociología puede dar una







finalidad eficiente al nuevo Arte, y al mismo tiempo constituye una lección y una dura acusación contra las tendencias estéticas actuales burguesas, deshumanizadas y vacías de finalidad, que envenenan en gran escala la mentalidad de los jóvenes intelectuales de hoy.



Un poderoso impulso vital anima el fondo dinámico de todos los films soviéticos en general. Para la crítica burguesa, que no tiene más remedio que doblarse ante la radiante dialéctica cinematográfica rusa, este fenómeno tiene algo de incomprensible, de milagroso. La lógica burguesa no puede explicarse satisfactoriamente, por lo unilateral de su sentido, las causas que intervienen en el proceso vital de los films soviéticos. Llegar hasta el fin por este camino no significaría para la crítica bur-

guesa más que el reconocimiento de la incapacidad vital de los intereses que directamente defiende, del fracaso histórico de la clase que representa.

Esta crítica se resiste a llegar a la conclusión de que a la valorización del cinema soviético no puede llegarse fatalmente más que bajando a causas más generales y primarias que las de orden particular, dentro del campo especial de la técnica cinematográfica. Se resiste a reconocer que la manifiesta superioridad del cinema soviético sobre el capitalista no es más que la expresión, en el campo de la técnica y del Arte, del triunfo ascendente de la revolución proletaria, de la superioridad histórica de una clase que, haciendo valer sus derechos, ha implantado, por vez primera en la Historia, su propio régimen de vida y trabajo.

**José Renau**





Ayuntamiento de Madrid





## Libertad de vestido...

A la entrada de un barrio reservado, muchachos que no «tienen» ¡oh! nada de equívoco (Barcelona).

En el medallón: paternidad.

Ayuntamiento de Madrid

## y ausencia de vestido

EDAD DE ORO.—Una asamblea de estudiantes nudistas, poco dispuestos a dejarse turbar en una conferencia filosófica, por la incongruidad del señor con pijama (Selva Negra, Alemania).

En el medallón: «Lo mejor de la mujer es el vestido» (Schopenhauer).





presas, debe pasar a la calle, a los talleres, a los corazones y a las conciencias. De esa novela *Clarité* ha surgido el grupo «Clarté»: «Queremos hacer la revolución espiritual.» Y los espíritus libres de todas partes se reunieron. Los intelectuales que querían ser también ciudadanos lúcidos y activos. La desviación del grupo «Clarté» hacia el comunismo político ha alejado a unos y ha intimidado a los que se hallaban prestos a venir... Barbusse insistió con su implacable lógica: *El resplandor en el abismo* y *El cuchillo entre los dientes* son alegatos sistemáticos que aceptan las consecuencias extremas, por falsas que sean algunas premisas. Racionalista puritano, Barbusse es de la raza de los fanáticos, como Robespierre y Saint Just, y proclamó la fatalidad de la violencia: «Quien quiere el fin quiere los medios.» «La violencia no es más que un arma defensiva.» «Es el único instrumento que puede construir la justicia.» «La razón grita hacia la fuerza realizadora.»

Mis polémicas con Barbusse no han llegado nunca a esas violencias que cortan todos los puentes. Cuando se encontraba en Bucarest en 1926, no había podido discutir a fondo con él. Apenas se había escapado a la paliza que «los apóstoles del nacionalismo cristiano» querían propinarle, como a todos los occidentales de paso, que algunos periódicos calificaban con desprecio e indignación de «procuradores de la Humanidad». Cuando me había invitado al Congreso antifascista, de Berlín, habíale contestado con una carta abierta: «Pero también contra no importa qué violencia», en la cual —y con los mismos argumentos—, combatía no sólo el método político del fascismo, sino también el del comunismo, pues la revolución no debe copiar nunca de la guerra su odiosa práctica. Un nuevo orden fundado sobre la fuerza y la intolerancia, no puede ser mantenido nunca sino por medio de la fuerza y de la intolerancia. El silencio de Barbusse me ha parecido significar una ruptura. Me había engañado. Cuando se preparaba a lanzar el *Mundo*, Barbusse me aseguró que esta revista estaba destinada a continuar el espíritu inicial de «Clarté»: universalista, por encima de los dogmas y de los partidos políticos.

De *Clarté* al *Mundo*. Diez años que evoco en este rincón de

sirve con rapidez el desayuno al rumor bárbaro de las bocinas y de los claxons de la calle. «La Internacional de los Espíritus» es una necesidad y una posibilidad permanente. Contra todos esos pseudointelectuales fanfarrones o timoratos, con tantas instituciones y academias, hay que levantar el mayor número posible de tribunas libres para los que han continuado siendo fieles a los ideales y a los intereses de la Humanidad, pues la política se halla fundada siempre y en todas partes sobre la intolerancia y sobre la violencia. Una verdad que también Barbusse acabará por reconocer, pues los nombres de los que él ha agrupado en torno al *Mundo* resuenan como esperanzas cada vez más próximas: Wells, Latzko, Russell, Upton Sinclair, Zwig, Gorki, Unamuno, Tagore, Einstein...

Releo entretanto un folleto de Barbusse: *Manifiesto a los Intelectuales*. Crítica general del dualismo social, que ha encontrado su expresión culminante en el capitalismo angloamericano; defensa del marxismo contra la acusación de que no reconocerá al individualismo. Barbusse precisa: «el individuo es la célula real de la Humanidad» y «la colectividad es por sí misma un organismo». Por tanto, individuo y especie, elementos biológicos, pero que Barbusse no considera sino bajo su aspecto social y, por lo tanto, transitorio. Hoy en día, «el individuo nos interesa menos que el conjunto, y dejamos lo particular para consagrarnos a lo colectivo.» De esto resulta que hay que reconocer: «La fatalidad económica e histórica que asigna a lo colectivo un papel creciente.» Fatalidades económicas. Sin embargo, Barbusse proclama la posibilidad para el hombre de dirigir esta fatalidad por el camino de los intereses comunes. Pero trátase del hombre considerado como *individuo social*. Nadie puede sustraerse a esa cualidad, ni los intelectuales, ni los artistas ni los místicos... Los reaccionarios defienden a Dios porque, por medio de él, mantienen «el orden». Los revolucionarios excluyen a Dios de los asuntos humanos; separan las abstracciones (aun cuando se llamen justicia, razón y paz). Las manifestaciones del espíritu deben de obtener realizaciones visibles en el dominio social, pues de lo contrario no serían más que engaños, manteniendo a la vez el antagonis-



mo entre las clases y la opresión del Estado. Que los intelectuales se emancipen, por tanto, de toda «mitología» social. Que se den cuenta de dónde se halla el interés común y dónde está la justicia de la vida. Barbusse llega a conclusiones repetidas también por otros que han partido de premisas distintas: 1. Que los trabajadores intelectuales se acerquen a los trabajadores manuales, y así se emanciparán de su servilismo ante los ricos.—2. Que luchen contra la propaganda reaccionaria y contra la ideología y la cultura burguesas.—3. Que ayuden a hacer florecer un arte colectivo. Por medio de estos tres principios de acción se realizará «una agrupación internacional y una unidad» sobre las cuales podrá edificarse el porvenir. Esto no significa otra cosa para mí, que: *La Internacional de los Intelectuales basada sobre el humanitarismo, paralela a la Internacional de los Proletarios, basada en el socialismo y solidario con ella*, fórmula que yo he desarrollado en algunas obras.

Pero ya es hora de que vaya a mi cita, tanto más cuanto que el dueño del café me dirige miradas de desagrado: ocupo un sitio sin hacer un consumo continuo. (Pienso en los cafés alemanes, donde el mozo os trae un paquete de periódicos y revistas, incluso sin que uno se los pida.)

Cuando volví a la Redacción, hallábase Barbusse en una habitacioncita retirada, llena de archivadores. Me reconoció con una sonrisa en la que persistía una incurable amargura. El rostro pálido, profundamente modelado por el sufrimiento, la pasión y el pensamiento, quemado por esa llama de la fe que ve más allá de lo real, en el porvenir de perfección que quiere establecer para siempre entre los hombres. Su silueta alargada y fluctuante —que había llevado la mochila a través de los pantanos de la Gran Matanza también— me ha hecho ver cuán verdadera es la definición de Pascal: «El hombre es una caña que piensa.» Cuando se hubo sentado, Barbusse me miró a los ojos, franco, firme, amistoso. No esperó mi primera pregunta:

—Soy feliz de la ocasión que se me ofrece de hallarme una vez más en relación con usted. En el umbral de la conversación que debemos tener juntos, aproveché sinceramente esta ocasión no sólo de dirigiros mi amistoso recuerdo, sino también

para deciros que me interesa por más de una razón el conversar con usted sobre esa cuestión del pacifismo. He expresado, no hace mucho tiempo, algunas opiniones en mi respuesta a vuestra encuesta sobre «La Internacional Pacifista». Los hombres que, como usted, consagran todos sus esfuerzos hacia un objetivo tan noble y tan generoso, tienen derecho a plantear cuestiones que se salgan de lo común. Usted es, en efecto, de esos paladines del ideal que no quieren satisfacerse del elogio del ideal, sino que buscan los medios de hacerle caer desde el cielo a la tierra...

A mi vez, me inclino con una sonrisa de duda.

—Sí —insistió Barbusse—, tratáis de vincular el sueño a la realidad. Ahí es donde se halla el nudo de la cuestión: la relación de la concepción pacifista con las necesidades y las leyes de las sociedades humanas sobre el plano económico y después sobre el plano social y político. Pero me parece que siguiendo rigurosamente el examen de esas relaciones de la ideología con la realidad, yo me separaría algún tanto de vuestras conclusiones...

—No tengo el propósito —dije— de imponer a nadie mis propias convicciones. Deseo conocer las de los demás y las someto, para su confrontación, a la conciencia pública. No a «la opinión pública», fantasma inventado por los políticos y los demagogos, sino a la conciencia de los que buscan un camino de salvación personal. Un camino que, para ser natural y progresivo, debe de ser el de todos los hombres sinceros consigo mismos y solidarios con la Humanidad, de la cual han salido. Pero comencemos por Europa, que algunos llaman ya su patria.

—Los Estados modernos, tanto los de Europa como los de Asia o los de América, se hallan actualmente en una situación muy definida unos respecto a otros. Esta situación es impuesta por el estado general de concurrencia y de lucha y por el hecho de que la economía y la política se hallan en poder, en el mundo actual (casi con una excepción) —Barbusse piensa en la U. R. R. S.— de las clases poseedoras. El juego de la política mundial coincide con el juego de los intereses económicos en presencia, y, por consiguiente, con el juego de los intereses individuales de las personas y de los grupos que tienen en sus



manos los hilos de los asuntos comerciales y financieros. Desde este momento, ni que decir tiene que ese estado de cosas que es en principio un estado de concurrencia, de antagonismo y de lucha por los mercados y por las esferas de influencia, y que tiene que llegar forzosamente a conflictos armados generalizados como aquel del cual se halla todavía mutilado y sangrando el universo, ese estado de cosas no puede ser combatido efectivamente, sino por otro estado de cosas. A saber: la organización internacional de las fuerzas productoras, únicas fuerzas susceptibles de contrabatar la organización dirigente capitalista e imperialista. No hay otra salida. Es absolutamente vano entrever la paz sobre la tierra de otro modo que a consecuencia de una transformación profunda de las relaciones sociales y de la acción política —transformación que arrebate a los dirigentes del individualismo capitalista los medios de acción que tienen en sus manos a causa de una usurpación que nada justifica y que es simplemente el resultado de un estado de hecho. Todos los sueños de una sociedad mejor, de una fraternidad universal, de una armonía general, *no existen* —y Barbusse insistió en esta frase— sino en tanto se apoyen en esa organización positiva de las masas profundas que son la misma sustancia de la Humanidad. En el estado actual de cosas, y sin esa modificación profunda, no solamente es absurdo hacer espejear la paz a los ojos de las multitudes —como lo hacen en La Haya, en Locarno o en Ginebra los grandes charlatanes gubernamentales—, sino que es también un engaño y una mala acción. Existe toda una comedia del llamado progreso y de la titulada democracia que no se compone en realidad más que de palabras, de promesas y de espejismos. Y en los bastidores de la diplomacia internacional y de los grandes consorcios de la alta finanza y de la gran industria, la preparación de la guerra se continúa de modo imperturbable hasta el día en que los amos del tiempo desencadenen, lo que es muy fácil, el incidente que incendie la pólvora.

—Pero no podrían ignorarse esas resistencias subterráneas aún, que surgen desde ahora en forma de la negativa individual y heroica. Negativas que los pacifistas activos transformarán en un sabotaje

unánime a la industria del armamento, en una desmilitarización de la juventud y, si me es permitido decirlo, también del proletariado...

Barbusse, imperturbable, prosiguió el hilo de sus concepciones:

—Nada me ha parecido más falso que esa expresión que he oído repetir con frecuencia durante la lucha que he emprendido por los verdaderos intereses de los explotados y de los oprimidos: «La guerra es una locura.» No, la guerra no es una locura: es el resultado de cálculos sumamente positivos hechos por los que tienen un interés material en hacerla y que tienen los medios de hacerla hacer. No hay más locura que los ejércitos que marchan contra sí mismos. Es por estas razones, mi querido amigo, por lo que tengo una suma desconfianza hacia las consideraciones de orden muy elevado, pero sin contacto con lo verdadero y sin influencia sobre ello. Puede parecer que se cumple con su conciencia con un grito de reprobación y de horror o con una lamentación poética. No estoy lejos de creer que esto es también un engaño y una mala acción. Parece, en efecto, que esta lucha de quejas y de palabras que lleva el viento, desvía a las multitudes de su verdadero deber, que es el de velar para que las mismas causas no produzcan los mismos efectos y el de cambiar un régimen del cual la miseria y el asesinato dimanaban lógicamente y fatalmente.

Me apercibí de que Barbusse se atrinchera detrás del materialismo histórico y de la lucha de clases. Sus frases, de una precisión abstracta, tenían también esa rigidez metálica que resuelve una cuestión exteriormente, en ángulos, pero que no la penetra hasta el corazón. Volví entonces a un problema que parece secundario, pero que es agudo, como una llaga mal cuidada: el deber de los intelectuales en esta gigantesca lucha de las clases sociales.

—Opino que los intelectuales no forman una casta aparte. Son trabajadores que tienen los mismos objetivos humanos y profundos que los demás trabajadores. Pero por la naturaleza de la labor que realizan, son susceptibles de aportar la luz a las cosas y de abrir los ojos y las conciencias en torno suyo. Tienen, pues, por esto un papel eminentemente público y social que les impone deberes en consecuencia. Siempre he pensado y he dicho con fre-



cuencia, en toda clase de formas, que los que hacen profesión de escribir no tienen derecho a escribir todas las fantasías que puedan pasarles por el magín, sino que deben pensar en ejercer una acción útil, en mostrar los caminos y, sobre todo, en descubrir por qué caminos puede llegarse a alcanzar ciertos objetivos ideales... Los que muestran el objetivo sin enseñar el camino, mienten a los que les escuchan. En consecuencia, la omisión de la política en la obra literaria (para no considerar más que ésta) me parece atrofiar y falsear toda la significación y todo el alcance de la misión del escritor. Pero hay que especificar bien aquí que yo no intento pretender que los intelectuales deben de desempeñar forzosamente un papel de políticos, sino solamente que no deben de perder de vista que una política honrada, realista y científica es el único instrumento que permite a los conjuntos vivos el tomar parte en la dirección de las cosas. No siendo la política más que la acción sobre la vida histórica presente y en preparación, vale lo que valen los principios que la dirigen. Precisaré aún más mi pensamiento, diciendo que me parece imposible que en el siniestro caos de la vida contemporánea, donde sería vergonzoso ser neutral, los escritores dignos de ese nombre no vuelvan sus ojos hacia las vastas perspectivas de la política revolucionaria.

Me di cuenta de nuevo de que la lógica de Barbusse llegaba a un callejón sin salida. Después de haber precisado la misión de los intelectuales, no la mantiene en las alturas desde las cuales pueden abrazarse los horizontes circulares de la vida humana y universal. Por el contrario, con el pretexto de la abolición de las clases, los empeña en una lucha de clases con armas políticas que ellos no han forjado por sí mismo. Pero dejé a Barbusse que continuara: es, seguramente, preferible una sinceridad que llega hasta las últimas conclusiones propias a su naturaleza, a una dialéctica que se pierde en la tela de araña de la duda y del estancamiento.

—El éxito de los nacionalsocialistas en Alemania —decía— me parece enteramente característico de la violencia desesperada con la cual reacciona la burguesía contra la amenaza que ella siente agrandarse y rugir, del empuje del proletariado universal. Fué la audacia y el progreso del

socialismo italiano lo que llevó el fascismo a Italia. Doquiera que las multitudes levantan la cabeza y sacuden sus cadenas, surgen de la tierra organizaciones defensivas y ofensivas del capitalismo amenazado que emplea todos los medios para aplastar las reivindicaciones populares y para estabilizar en el universo la dictadura del dinero. Es muy notable, en efecto, comprobar que esos movimientos de ofensiva contra los progresos del socialismo se manifiestan casi en todos los países del mundo, en la medida en que esos progresos se prosiguen y se acrecen. Los fascismos no son en modo alguno el resultado de la cualidad de una personalidad cualquiera. No es el valor individual de un Mussolini o de un Hitler el que los suscita y el que los mantiene: es la potencia de lucha de un régimen injusto y descompuesto, pero muy potente aún, y que intenta en todos los puntos del mundo un esfuerzo desesperado para cortar el camino a las fuerzas de abajo. Inútil añadir que esto es con la complicidad directa o indirecta, cínica u oculta, de los poderes establecidos...

Y volviendo con un brusco rodeo a una conclusión definitiva, Enrique Barbusse martillea las palabras con la firmeza del herrero que golpea el hierro rojo sobre el yunque:

—No puede concebirse una Sociedad de las Naciones —que sea realmente lo que su título indica y que pueda ejercer una influencia contra la guerra— más que si emana de los pueblos y no si emana de los gobernantes, los cuales son de una manera indiscutible en las colectividades modernas, las ayudas, los defensores y los cómplices de los grandes capitalismos. La Sociedad de las Naciones internacional y pacifista, únicamente leal y sincera, sólo digna de ese nombre y sólo eficaz, es el socialismo internacional. De todo esto resulta que no se puede ser pacifista sin ser revolucionario.

Barbusse se levanta: alta y firme silueta; sólo la cabeza estaba un poco inclinada, como un fruto pesado sobre su tallo.

La discusión no podía prolongarse más. El teléfono vibraba. Annette Duval, la secretaria, había anunciado a otros visitantes y los redactores habían empezado a circular a través de las habitaciones aglomeradas...

Y no era necesario, por otra parte, ha-



cer de nuevo mi profesión de fe, que, si tiene puntos de contacto con la de Barbusse, no se halla fijada en un cierto plano y se niega a los imperativos políticos y al dogma rígido. Sí, he repetido, según Bertrand Russell, que el intelectual que no reconoce el socialismo es un «lacayo del capitalismo». Pero, para Barbusse, el socialismo internacional (pues hay también mezquinos socialismos nacionales) significa el comunismo aplicado por la Tercera Internacional política. Y en lo que atañe a las relaciones entre el pacifismo y la revolución, Barbusse no ignoraba el capítulo que yo le había consagrado en *La Internacional Pacifista*.

Me acordé de que esta controversia había hallado eco en la revista *Clarté* también. Hojeé la colección y encontré en ella esta patética carta, que Romain Rolland había dirigido a Barbusse, y de la cual reproduciré algunas líneas que considero como otra conclusión definitiva y que no es valedera tan sólo para las generaciones de mañana:

«¿Con qué derecho decretáis —pregunta Rolland a Barbusse— que el que no piensa como vos se halla fuera de la revolución? La revolución no es propiedad de un partido. La revolución es la casa de todos los que desean una humanidad más feliz y mejor. Es, por tanto, mi casa también, pero su atmósfera no podría ser viciada por un grupo que quiere dividir a los hombres en burgueses y en comunistas. Por eso abro la ventana; en caso de necesidad, estoy pronto a romper los vidrios para poder respirar. Pues somos algunos los que tenemos el deber de permanecer en el dominio de la Revolución, pero en tanto seamos hombres libres.»

No se trata aquí de privilegios, sino del derecho que posee cada cual de conservar su libertad intacta. Para los pensadores, ese derecho se convierte en un deber, pues ¿qué clase de pensamiento es la que se deja enregimentar? El pensamiento de partido, el dogma de una iglesia y de una casta, son otros tantos instrumentos de opresión. Desde hace siglos, el espíritu se esfuerza en romper sus lazos. Después de cada obstáculo vencido, surgen otros: después de los lazos de la vieja Soborna clerical y realista, he aquí los lazos de la universidad laica y republicana; después de las cadenas del antiguo régimen, las

cadenas de la Revolución; los lazos negros, blancos, rojos, son todos semejantes y nuestro primer deber consiste en no soportar a ninguno.»

«No, Barbusse —concluye Rolland— no soy pesimista, pues no he ligado mis esperanzas a los estrechos límites del presente o del inmediato porvenir. Me he habituado, mediante el estudio de la Historia, a abrazar amplias perspectivas; sé que no se hizo Zamora en una hora, pero ignoro cuándo se realizará la unidad de la Humanidad. Sin embargo, mi fe no es menor por esto y lucho incesantemente por su realización... Sin conocer un solo día de duda, trabajo sin descanso, para preparar el porvenir de nuestra idea...»

**Eugen Relgis**

Bucarest.

**Gandhi escribe a Eugen Relgis**

*Dear friend,  
Rather than answer  
your specific  
questions I would  
say generally as  
a member of an  
exploited nation  
that <sup>world</sup> peace through  
external means  
is impossible until  
the exploited nations  
have become free  
Sabarmati  
25 1/2 1930*

Estimado amigo: Más bien que contestar a sus preguntas específicas diría, generalmente, como individuo de una nación explotada, que la paz mundial por medios externos es imposible hasta que las naciones explotadas sean libres.

Sinceramente suyo,

M. K. GANDHI

Sabarmati.



## Vieja y nueva pedagogía

LOS problemas de educación adquieren hoy un volumen considerable. A lo largo de los siglos se ha ido almacenando cantidades enormes de doctrina pedagógica. A ese almacenamiento han contribuido el folklore y la filosofía, el arte y la política. Y últimamente la ciencia experimental. Urge, pues, una buena requisa aduanera que haga el debido espulgo y avente toda la morralla inservible.

El concepto de viejo en los tiempos que corremos queda a nuestra espalda tan cerca que casi lo tocamos con las manos. La vieja pedagogía acaba con el comienzo de la Guerra Europea. No es preciso remontarse a la Edad Media y hablar de la *tesis cristiana* defendida por el escolasticismo; ni siguiera recordar la *antítesis filantrópica* que le opuso el humanismo de la Edad Moderna traído a Europa por el Renacimiento y la Reforma. En las trincheras de la Gran Guerra quedaron para siempre sepultados —habiendo sido previamente escarnecidos— los viejos principios de *autoridad y libertad*, que fueron el sostén del régimen feudal y del estado burgués.

En los comienzos del siglo xx existía una trinidad pedagógica —ROUSSEAU, PESTALOZZI y HERBART— adorada por todos los que oficiaban de pontifical en las cátedras universitarias y normalistas explicando la asignatura llamada *Pedagogía*, o teoría de la educación. Cuando preparábamos nuestras primeras oposiciones a plazas de escuelas nacionales, en 1910, nos enfrascábamos en la lectura de lo que entonces era el «non plus ultra» en materia de orientación pedagógica, o sea, la *Biblioteca del Maestro*, que agrupaba una selección internacional de obras sobre enseñanza. En esta notable Biblioteca figuraban los nombres de autores tan famosos como Froebel, Baldwin, Wickersham, Sully, Fitch, Currie, Johonnot, Taylor y otros. Y la editaba la no menos famosa casa Appleton, de Nueva York.

Todos estos eminentes autores se esforzaban en dilucidar los conceptos de «educación», «instrucción» y «enseñanza», con

arreglo a los principios filosóficos —heredados de Rousseau, Pestalozzi y Herbart— y la propia experiencia en una labor diaria de intensidad creciente. Así lo declaraba el propio Wickersham, en 1882, al publicar su tratado sobre *Métodos de Instrucción*, en cuyo prefacio se lee: «Para realizar el plan de este libro ha sido necesario leer y pensar mucho... Ha requerido durante diez años una ocupación mental diaria, y gran parte de la obra ha tenido que refundirse tres o cuatro veces...» Jaime Pyle Wickersham era doctor en ambos derechos y superintendente de Instrucción pública en el Estado de Pensilvania, donde había sido anteriormente director de la Escuela Normal. Conocía, además, la vida de Europa, pues fué enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Dinamarca. En una palabra, Wickersham era hace cincuenta años una verdadera autoridad pedagógica, y, con todo, ¿quién lee hoy a Wickersham? Su obra está ya tan sepultada en el olvido como la del célebre Jacotot, que hace un siglo gozó de una popularidad extraordinaria en Francia, su patria, y hasta en Alemania, en donde fué introducido por Seltzsam, de Breslau, el mismo año del fallecimiento de su autor (1840).

Se creía entonces, un poco ingenuamente, a pie juntillas, aquella máxima antigua: «*Tal maestro, tal escuela.*» Se decía constantemente que todos los adelantos modernos, los textos más perfectos, los útiles mejores del mundo eran poco menos que inútiles si el maestro no reúne los conocimientos necesarios para servirse de los recursos didácticos puestos a su alcance. Y la experiencia de los últimos años del siglo XIX y comienzos del xx hizo modificar radicalmente el antiguo criterio. Se ha comprobado que el maestro por sí solo es incapaz de *hacer* la escuela, y que la escuela, corrientemente, es muy capaz de *deshacer* al maestro. Por eso hoy se tiene una visión radicalmente distinta de lo que es la educación. La nueva pedagogía se



orienta en el mismo ideal que anima las más poderosas especulaciones del siglo xx.

Este ideal se funda en el *principio de objetividad* que preside toda la vida mundial de trasguerra. El viejo pensamiento se fundaba todo él en el subjetivismo. El hombre, según la declaración socrática, era la medida de todas las cosas. En una palabra, el hombre era el centro del universo: «egocentrismo» se llama hoy a esta vieja postura, tan falsa si se analiza en el campo liberal como en el campo conservador. De ahí provenía el culto a los mitos, que en el régimen autoritario eran deidades divinas y en el régimen liberal, deidades humanas. Hoy, en cambio, la voz unánime es ésta: «¡Fuera mitos!» Y el nuevo principio de función se abre paso sobre las ruínas de los viejos principios de autoridad y de libertad.

Todo ha cambiado en estos últimos años para acoplarse a esa nueva concepción del mundo y de la humanidad: contra la vieja lógica subjetiva se levanta hoy la nueva lógica objetiva; contra el viejo derecho subjetivo se levanta hoy el nuevo derecho objetivo; contra la vieja moral subjetiva se levanta hoy la nueva moral objetiva; contra la vieja economía subjetiva (del individualismo) se levanta hoy la nueva economía objetiva (del colectivismo); contra la vieja filosofía estática (del ser) se levanta hoy la nueva filosofía dinámica (de los valores y de la acción).

Forzoso era también que la pedagogía entrase en la nueva corriente arrolladora del objetivismo. Y es que la escuela no es un compartimiento estanco o una rueda que gire en el vacío, sino un tejido vital dentro del gran organismo colectivo. De la vieja trinidad pedagógica del siglo xix —ROUSSEAU, PESTALOZZI, HERBART— sólo queda un recuerdo admirativo para su vida y sus obras, que hoy no son otra cosa que venerables documentos históricos. La nueva pedagogía se funda en la misma razón biológica de existencia. En su seno, la escuela adquiere corporeidad a base de una estructura científica, con función objetiva y regida por principios orgánicos.

Por tanto, hoy la Escuela rechaza la ingerencia profana de todo subjetivismo. Por no haberlo entendido así, la escuela española todavía está colocada fuera de

su orbe natural, en el extrarradio científico. Puede considerársela como un «suburbio» de la cultura. Y mientras la escuela siga teniendo mores no será verdadera escuela, esto es, verdadera «urbe» cultural (ciudad-jardín del niño), núcleo vigoroso de vida civilizada, ejemplar «standard», no cabe esperar nada fecundo de su rudimentaria anatomía y de su actividad mortecina. El concepto de escuela «nacional» es tan deformante como el ya suprimido de escuela «confesional». La vida docente exige hoy una organización internacional.

El siglo xx ha de ver las mayores emancipaciones que jamás la Historia haya contemplado. Con clarín bélico, el «orden económico» pugna por su emancipación con el sindicalismo arrollador que no entiende los dictados de la vieja política burguesa ni la táctica democrática de antiguo cuño. Cabe una organización económica del mundo ajena por completo a las mezquinas limitaciones de los Estados nacionales. Así lo ha entendido el claro sentido obrerista internacional. Y a ello se llegará más pronto de lo que creen los oscuros cavernícolas.

Lo docente, por ley fatal, inexorable, sigue la misma trayectoria de redención. Entendemos aquí por docente todo lo que significa cultura, esto es, la ciencia, el arte, la educación, lo que constituye la tercera dimensión de la Historia, o sea, su espesor, que es, a un tiempo, profundidad y altura. A gritos pide la Escuela su emancipación, no ya de las Iglesias militantes, sino también de los Estados nacionales.

Y como la Escuela —ampliamente concebida— es el órgano de la cultura, no cabe dentro del Estado. Su función es social, no estatal. Hoy la Escuela, dentro del Estado es una *institución parásita*, y ello la invalida para servir los upremos y universales intereses de la cultura. Hay que emanciparla. ¿Costará tanto esta conquista como el moderno rescate de la Filosofía, sirva de la Teología durante todo el ciclo medieval? Si todos convenimos en que la «Escuela-contenido» es superior al «Estado-continente», ¿cómo admitir ya a estas alturas tamaño idiotismo? Sólo en gramática se permite «tirar la casa por la ventana» y cosas parecidas, pero esto son metáforas admisibles únicamente como recurso lingüístico. Las metáforas son tráfuso



gas del mundo universal de las ideas: huyen de la física y se refugian en la metafísica. La marcha de la Humanidad y el avance de la cultura se advierte con toda transparencia en la creación y desenvolvimiento de las llamadas *instituciones humanas*. Por ejemplo, el amor, (apetencia primaria ineludible del hombre) se realiza en la Historia con el florecimiento de un institución básica — la familia — que canaliza la normal fluencia de la necesidad genésica; pero a veces tal instinto se desborda y crea, por debajo y por encima de la norma, dos enormidades: la prostitución y el monacato. Por eso ya no podemos alimentarnos de metáforas en el terreno de la realidad social en que hoy nos movemos.

La cultura tiene instituciones propias, y a la hora actual, ¿no es dable ya unificarlas y organizarlas con régimen autónomo en lo moral y en lo económico? Pues a eso se tiende ya (1). La Escuela tampoco nada tien que ver, en el sentido de subordinación, con la Sociedad de Naciones. La Escuela es una institución universal de cultura que contará para vivir con su propia vitalidad y con elementos alibles o nutritivos que ella misma se proporcione. Por eso se organiza como *empresa de producción*. Primero se estructura como granja con recursos propios; después como taller, y, finalmente, como laboratorio. Y tocante al Municipio, sólo se le considera como indispensable base de operaciones, porque en el nuevo Estado Universitario Internacional el Municipio es a la Escuela lo que el aeropuerto al avión: simple cobijo.

Así vista, la Escuela no tiene por qué guerrear contra el Estado ni tratar de destruirlo. No. Nada de destrucciones. El Estado político tiene su razón de ser y es. La Escuela no tiene función bélica contra él. Antes al contrario, la verdadera Escuela sirve a la paz y al progreso de los Estados

y de las Iglesias, porque el progreso de los primeros puede llegar hasta la concepción ácrata del Estado individual, y el de las segundas escalará el cenit cuando la cultura haya conseguido que cada hombre tenga su propia religión y desaparezca el gregarismo litúrgico presente de tantas gesticulaciones antiestéticas inútiles.

Ahora bien; lo que sí debe ser la Escuela es genuinamente revolucionaria, porque una Escuela reaccionaria no sería digna de tal nombre. Ni menos la llamada Escuela neutra. Se debe a Henri Barbusse este sagaz atisbo histórico: «Otra evidencia que brota del panorama movedido de las cosas es la necesidad actual de ser *extremista* en un sentido o en otro. De todas las lecciones del tiempo, esto será lo admitido menos fácilmente, porque reclama el sacrificio del *así, así*, que complace a la mayoría de los espíritus contemporáneos. «Ni reacción ni revolución», dicen en coro los pedantes. Y no hay en realidad más que dos cosas: *reacción* o *revolución*. Es menester que la sociedad que salga del pesado crepúsculo actual sea la de los reyes o la de los hombres.»

Tampoco es posible que el actual conflicto entre la Escuela y el Estado se salve con la fórmula de la libertad. Ni es cierto que el Estado se resignase a morir. Ni se puede sostener el criterio de que el Estado muere, mientras existan hombres en el mundo. El Estado no muere; se transforma para adaptarse a la nueva vida social.

La antinomia sólo se resuelve considerando las cosas en sí mismas y respetando su razón de ser, sin retorcimientos deformadores. El Estado tiene un *fin político* (el poder); la Escuela tiene un *fin cultural* (el saber): son, pues, dos órdenes de vida bien distintos. Por eso el Estado Universitario Internacional busca la liberación de la Escuela actual. Es radicalmente revolucionario. Pero revolución hoy no es destrucción ni involucración. Es superación.

**Luis Huerta**

(1) Véase mi obra *Hacia un Estado Universitario Internacional*. Ediciones Morata. Nueva Generación. Madrid, 1931.





# ALEX. BLOK

## y el diapason de la revolución rusa

**T**ODA VÍA, para muchos rusos, la tierra descansaba sobre cuatro ballenas, cuyos movimientos producían los terremotos; los ángeles vigilaban las ruedas del mundo y producían (como vulgares «maquinistas» de tramoya) los truenos y los rayos; el Salterio era el único libro santo y las Sagradas Escrituras, los folios de la condenación que aromaban con cadencias antiguas de starinás y bylinas, fabulosas y grotescas.

El lírico civismo de Nékrasov exigía:

¡Podrás no ser poeta,  
pero sí ciudadano!

es decir, que en la vida cotidiana, fuera de su arte, el poeta debe participar de todas las tribulaciones del hormiguero humano. El anarquista Tkachev, repudiando la literatura «aristocrática», señalaba que el «dolor universal» no era más que «incertidumbre económica».

Si esto es verdad para la mayor parte de los artistas, no lo era entonces para Blok, que había seguido el consejo de Púshkin, esperando que Apolo llamara al poeta al «sacrificio sagrado» y se había sacrificado. Su delicadeza y el refinamiento de su cortesía, le apartaba de las gentes, de las que estuvo siempre distanciado, prematuramente taciturno, absorbido en la contemplación de regiones secretas. De joven, había sido muy bello, con una frente despejada y aureolada por sus cabellos, la cara de leve tinte rosa, la boca sensual, el rostro ensombrecido por una grave y pura femineidad, que los años convir-

tieron en seca y viril. Su voz era apagada y monótona, y cuando recitaba sus composiciones cobraba inflexiones metálicas. Se puede comparar a Blok al «pobre caballero taciturno y simple» cantado por Púshkin y por Dostoiewsky en *El Idiota*.

Desde entonces, se puede colocar al poeta entre los héroes de las grandes leyendas literarias: se puede comparar a Don Quijote, por su espíritu caballeresco; a Don Juan, por su amor a la mujer; a Robinson, por su soledad; a Gulliver, por sus pleitos con los hombres, pues Blok, como todos los grandes poetas, es como un mito solar. El detalle de su biografía no puede apartarnos de esta manera de concebirle. Andrés Bély y Sergio Soloviev, que le conocieron siendo adolescentes, inventaron una leyenda medio en serio, medio en broma, según la cual, el poeta se había casado con Sofía celeste, en la persona de su esposa, a quien llamaba Lubov-Amor, y que fué hija del gran químico Mendeléer, «el hombre que tenía domado el caos».

Es Sofía el Eterno Femenino «visión inconcebible para el espíritu» que apareció a Blok en el cielo de su adolescencia. («Te llamas tú —mi primer amor— la aurora, la aurora, la aurora.») Así lo escribió él más tarde, y fué la iniciación de una orientación que tuvo que abandonar. Era la fe del poeta joven, su sensibilidad de amoroso, cuyos poemas estaban llenos de expectante vaguedad admirativa. Parece escribir en medio de una bruna matinal que envuelve todos los objetos, borrando



sus contornos y ensuciando las líneas. El mundo, en la vigilia de la Creación.

El poeta se mueve en medio de obsesiones, atento a la voz de aquella que no ve aún, «la voz lejana» que «canta en el corazón difuminándose», «voz que resuena con ansiedad». Es el principio de una religión donde la fe reemplaza los ritos, donde cada poema es una plegaria espontánea y donde la gracia única de los milagros es todavía posible.

El arte le empuja y le obliga a precisar sus visiones. La mujer sin nombre, la ignota, tiene un exergo, se denomina «la reina de la pureza», «la virgen misteriosa». La va humanizando, colocando cerca de ella tronos y capillas. Siente la angustia y el placer de corporeizarla. «Yo te presiento. Los años pasan... y siento miedo. Tú vas a cambiar de aspecto.» La angustia entre la concepción y la realización.

Yo, me fui con los tiempos pasados ;  
va cerrando mis ojos el miedo...

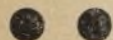
La realidad se hace más tangible... es imposible borrarla.

El cielo tristón y bajo  
toda la iglesia ha cubierto,  
llegó el fin que yo esperaba,  
frente a mí : guerra e incendio.

Como los vates, había adivinado los tiempos futuros.

La pérdida de la fe puede costar la vida a los hombres que, como Blok, creen que ésta es la única razón de ella. Se dió cuenta de que su maestro Soloviov, sus compañeros simbolistas, todos le habían engañado, todos, hasta su corazón !

Sus 8.000 versos, no eran más que un engaño rimado, una equivocación juvenil inconfesable...



Atormentado por la caída, por la huida sin retorno, exclamaba, al principio de su segundo libro de versos : «Te has ido por los campos de donde no se vuelve...»

La ironía, que en religión se llama blasfemia, le hacían exclamar : «Ella no volverá, pues nunca viajó por mar en paquebot.» Se había disipado, con dolor, lloraba toda su vida anterior.

El universo vago e ideal de Blok, vuelve

a crearse : los paisajes suburbanos ; las llanuras pantanosas por donde no se ven más que perros famélicos y mujeres solas ; casuchas, casas de comidas llenas de borrachos (el mismo Blok bebía mucho en esta época).

Sobre este fondo se le aparece más vulgar, más llena de realidad inmediata «la Desconocida» vestida a la manera de 1910, e incitándole al amor bestial. «Es esto lo que llamamos amor en otros tiempos», lo que decía en el poema que lleva por título, justo y triste, *Humillación*.

En las piezas teatrales que escribió en aquella época, *Barraca de feria*, entre ellas, hay un Pierrot burlado y triste y un Arlequín alegre y no menos burlado : místicos, estúpidos muñecos inarticulados que esperan al llegada de la «Bien Amada». Ella llega, es la Muerte. En la obra, ¡claro!, el cielo es de papel y Arlequín lo rompe con la cabeza. Entre la farsa de los muñecos aparece el autor sobre el tablado y dice las cosas que sus personajes de madera y trapos no se atreverían a decir nunca.

El poeta se sentía «abrasado por las llamas del fuego infernal» y sentía ya gran indiferencia por el arte, que según las palabras de Gogol, «había llegado a la fastidiosa edad del hombre».

Fatalista, paladea el amargo destino del hombre y de todos los hombres.

Noche. Calle. Reverbero. Botica.  
Sin color, insensato universo.  
Aunque vivas un cuarto de siglo,  
todo seguirá igual que en este tiempo.  
Muerto tú, todo volverá a empezar como empezó  
y se repetirá con igual dejo :  
la noche, el helado escalofrío de las aguas,  
la farmacia, la calle, el reflejo...

Ni una palabra más. Todo el universo, en tres metros de acera de una ciudad cualquiera. La vida, que ignora la destrucción, no hace más que andar cada vez más despacio. Es mejor callar... y

Coger  
entre fragmentos de palabras,  
de otros universos,  
la enmarañada marcha.

Pero, en medio de esta indiferencia, empieza a germinar un nuevo amor... ¿Y su Rusia ?

Y aun siendo así, Rusia mía,  
te quiero más a ti, que a otros lugares quiero...



y la acepta como es, pues él tampoco se reconoce como en otros tiempos.

Yo mismo, ya no soy, como antes yo era,  
puro e inaccesible: con fiereza cruel.  
Veo con más bondad y desespero, el paso  
del camino terrestre que me precisa hacer...

Comprendía la falsedad de su adolescencia y estaba decidido a dar todo su corazón a Rusia.

Viene la guerra. Desengañado, reconoce que la guerra no es más que «un absurdo universal». La torre de marfil no era ya ni un recuerdo. La revolución no le sorprende. La roja hoguera de las primeras jornadas revolucionarias hacían exclamar a algunos:

### Los cantos 9, 6, 10 y 12, del libro "Los doce", de Alejandro Blok, cuya primera versión castellana publica ORTO

#### El can

Pende el silencio de la torre Nevski.  
Quedó sin voces la ciudad en calma.  
La guardia, en torno, se percibe ausente.  
Es buena hora para armar fanfarrias.

Quieto en la esquina, el burgués esconde  
en su alto cuello la nariz helada.  
Un can roñoso contra él se fríega  
y el rabo esconde entre las sucias patas.

Está el burgués, igual que el can, famélico,  
y ante el problema, su razón se para:  
¡el viejo mundo es como el can sin dueño,  
que está a su lado con la cola gacha!

#### El asesino

Pasa de nuevo la troika  
al galope, urlando y volando.  
¡Vuelve ágil atrás, Petruska!  
¡Detente, Andrinka, para ayudarnos!

¡Trac, tararac, trac, trac, trac!  
La nieve, el cielo está salpicando.  
La troika con Vania huye.  
¡De nuevo toma el fusil y cárgalo!

¡Trac, trac, trac! ¡Sabrás ahora  
cómo has de andar con la mujer de otro,  
hijo de santa de retablo!

¡Espera! ¡Desapareces? Volveremos  
mañana ¡¡¡Bellaco!!!

¿Dónde está Katia? ¡Está muerta!  
De un tiro en la cabeza la han matado.

¡Katia! No responde. ¡Serás vengada!  
Carroña es, sobre el suelo nevado.

Marchemos al paso de la revolución.  
El enemigo nos está espionando.

¡Oh Dios mío, Dios mío!,  
huíste por cielo,  
dejándonos en tierra  
un cacho de pan negro.

Pero las milicias revolucionarias, seguras de ser jefes, replicaban cantando:

Lenín le dice a Trotski:  
Vayamos al mercado,  
para comprar una ternera  
y alimentar al proletario.

A poco, los versos de Blok, escritos en grandes carteles sobre los muros de Petrogrado, corrían de boca en boca... siendo el breviario oral, de la gran Revolución rusa, el libro *Los doce*.

**Miguel Alejandro**

#### Tempestad

¡Qué tempestad se ha desencadenado!  
¡Oh, qué tempestad, qué tempestad!  
No se ve a un paso.

La turbonada de la nieve  
sube como con una vertical.

—¡Qué viento, Jesús Salvador!  
—Petruska, deja de desbarrear.  
¿Desde cuándo la imagen de un santo  
te puede salvar?  
Pareces idiota, razona;  
échate a pensar.  
¿No tienes la mano, por amar a Katia,  
ensangrentada de matar?  
¡Marchemos al paso de la revolución!  
¡El enemigo no deja de vigilar!  
¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!  
Pueblo de obreros que en marcha va!

#### Jesús

Con paso firme de dominadores, avanzamos.  
¿Quién va allá?  
Juega con la bandera roja  
el viento sin chistar.  
¿Quién ha hollado la nieve?  
¿Quién va allá?

Es un perro con hambre, que vaga  
cojo de detrás.

Apártate, que mi sable  
te puede acariciar.

Muévete o te pegamos,  
viejo pelado, roñoso can.

Enseña los dientes como un lobo hambriento,  
y con el rabo entre piernas, quieto se está.

Perro hambriento y vagabundo,  
¿dónde vas?



¿Nunca viste ondear una bandera?  
 ¿Buscas la soledad?  
 ¿Por qué corres tan de prisa hacia la casa  
 y te escondes detrás?

Nosotros tenemos lo mismo,  
 mas si te rindes  
 mejor lo pasarás.

Trac tac tac. Solamente el eco  
 responde a la lejana oscuridad.

Luce de nuevo, sobre la nieve,  
 el relámpago de la tempestad.

Trac tac ta.  
 Trae tac ta.

El perro famélico nos precede ahora,  
 y nosotros vamos con paso real.  
 Delante de todos,  
 con bandera roja,  
 con huellas sangrientas, invencibles,  
 entre fuego y rayos y turbiones foscas,  
 con firme cadencia de paso marcial,  
 con blanca corona de rosas tocado  
 de puntero va  
 delante de todos :  
 Jeschuá.

(Versión castellana  
 de Miguel Alejandro.)

UN DIBUJO, PUBLICADO EN "VORWAERTS", DIARIO DE IZQUIERDAS, QUE MOTIVA  
 LA SUSPENSIÓN DEL MISMO POR CINCO DIAS



—¡Mira, Pablo! Por esto nos rebajan las pensiones.

El coste de los nuevos uniformes asciende a la respetable cantidad de 15 millones de marcos. Es natural que los mutilados y los viejos pensionados se indignen al contemplar el innecesario despilfarro.

Ayuntamiento de Madrid



# Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

## Ideas y notas

### III

**E**L movimiento huelguístico del año 1902 en Barcelona, aquella huelga general que asustó a la burguesía y al Poder gubernamental, fué lo que con frase gráfica alguien quiso catalogar con: «El aldabonazo de la revolución social a las puertas del capitalismo.» Fué, sin duda, esto; pero quizá fué también algo más. Posiblemente despertó, inquietándola, a la burguesía; pero también despertó, lanzándola al palenque de la lucha, al torbellino de la acción, a la clase trabajadora.

Para nosotros, que en esta ojeada de objetividad histórica que venimos haciendo, tienen un valor capitalísimo las ideas, tienen también un valor capitalísimo los actos. Y, además de este valor capitalísimo que atribuimos a los actos, en tanto que tales, les añadimos también el valor fundamental que adquieren por ellos las ideas, ya que es, gracias a ellos, como éstas demuestran la bondad de su eficacia al rudo choque con las realidades duras de la vida.

Por esta razón, el movimiento del año 1902, la huelga general que declararon los obreros barceloneses, *primera huelga general en España*, marca la saturación normal de todo un período evolutivo en el orden de ideas, entonces solamente apuntadas, al mismo tiempo que señala la ruta para el porvenir. Repetimos aquí que sería interesantísimo un estudio crítico de todo ese período de intensa actuación obrera, pues aparte el hablarnos de cosas de la máxima importancia, nos sería de gran utilidad para orientarnos en lo presente.

Pero ya que este estudio no existe, hablemos de la génesis del movimiento de 1902, primera huelga general, como hemos dicho ya, que se declaraba en España.

La crisis de trabajo que por aquel entonces existía determinó en la clase trabajadora la idea de reducir las horas de jornada, con el fin de que, por virtud de esta reducción, pudieran hallar ocupación los obreros que, de otra manera, no veían la posibilidad de hallarla.

Este deseo de los trabajadores, manifestado por conducto y de modo diferentes, tenía un tanto divididos y confusos a los mismos trabajadores. Naturalmente que todos querían la reducción en las horas de la jornada de trabajo; pero como en cosas de tanta monta el «querer» tiene sólo un valor relativo, si realmente tiene alguno, ocurría que tales deseos no pasaban de meras y solícitas intenciones, porque los mismos que las habían de hacer triunfar no se ponían de acuerdo.

Sin embargo, como a fuerza de hablar de una cosa llega ésta a adquirir personalidad y a destacarse con rango apropiado a su persona, aunque su fulgor dure menos que un relámpago, los obreros metalúrgicos, a fines del año 1901, plantearon unas reivindicaciones a sus patronos solicitando la reducción de la jornada de trabajo. Previo unas reuniones convocadas al efecto, presentaron unas Bases a la Patronal, en cuyas Bases, y en uno de sus apartados, se pedía la jornada de NUEVE horas, reduciendo de una hora diaria la que hacían, pues trabajaban diez horas a la sazón.

La respuesta de la burguesía no pudo ser más explícita: O los obreros seguían trabajando las diez horas, como hasta entonces, o la clase patronal se vería en la necesidad de cerrar indefinidamente los talleres.

La dureza de la contestación exacerbó el ánimo de los trabajadores, y, en consecuencia, declararon la huelga del oficio el lunes, día 23 de diciembre. El número de huelguistas fué considerable. Se calculó en unos doce mil, a pesar de que la Sociedad de Lampistas no secundó el movimiento,



publicando notas en la prensa justificativas de su actitud.

En las demás Secciones de la metalurgia el paro fué general en absoluto. Casas tan importantes como «La España Industrial», «El Vulcano» y otras de importancia menor, y grandes y pequeños talleres cerraron sus puertas y se negaron al diálogo con los trabajadores.

Pero los obreros no se arredraron ante esta baladronada de la clase patronal. Aceptaron el reto y se aprestaron a la defensa.

No faltó a los obreros metalúrgicos en huelga el apoyo y la solidaridad de los demás trabajadores. Primero fué, como es natural, la de los de Barcelona. Después se hizo extensiva a los obreros de toda Cataluña. Llegóse incluso a postular por las calles. Autorizados para ello los huelguistas por la Federación Local de la Metalurgia.

Pero la clase patronal metalaria estaba dispuesta a vencer, fuese como fuese. Quería triunfar en toda regla. Y si la solidaridad de los demás trabajadores se mostraba fecunda y copiosa a favor de los metalúrgicos en huelga, también la de los patronos, de unos para con otros, no lo era menos. Es decir, que, moralmente, la lucha se desplazó sensiblemente del plano profesional donde comenzara para arrastrar hacia su órbita a toda la clase obrera y a toda la clase patronal en una pugna de otra naturaleza. Inútil decir que el Gobierno se puso a favor de la última, sin escrúpulos ni miramientos.

La prolongación del conflicto, con grave daño para la economía local, y más que otra cosa, con cierto pavor para todos, aunque más particularmente para la burguesía y la mesocracia catalanas, no acostumbradas a conflictos de tal envergadura, dió lugar a que personalidades de la política local y de otras manifestaciones de la vida ciudadana trataran de servir de intermediarios para resolverla. Igualmente lo intentó el Ayuntamiento por intermedio del alcalde. Pero la intransigencia patronal malogró todos estos propósitos. Los patronos metalúrgicos se habían juramentado para no ceder, y por eso hicieron el sordo a cuantos requerimientos les fueron dirigidos.

Transcurridas algunas semanas de conflicto comenzaron a flaquear los ánimos

en parte de los huelguistas. Esto dió lugar a riñas y golpes entre huelguistas y esquiroles. Llegando en algunos casos a la agresión personal, no sólo contra los obreros que se reintegraban al trabajo, sino también contra patronos.

Entre otras de las agresiones realizadas con motivo de aquel conflicto, pueden señalarse la cometida contra el escribiente de la casa Bobín, Luis Francisco Jule, gravemente herido por unos disparos de revólver. También lo fué el patrono señor Canudas, que tenía un taller en Gracia, en la calle de Séneca. Los huelguistas asaltaron el taller donde trabajaba el patrono señor Canudas con dos aprendices, y, después de penetrar en el taller, hirieron a dicho señor gravemente, con arma blanca, causándole, además, serios desperfectos en el utillaje.

Agresiones sueltas, aisladas, de menor importancia, hubo muchas. Fueron numerosas.

Pero la prolongación del conflicto abatía toda vez más el ánimo de los huelguistas, ya que, por otra parte, los subsidios comenzaban a escasear.

La solidaridad de los trabajadores no cubría las necesidades de los huelguistas, y el hambre enfriaba los entusiasmos y mataba las energías.

En el período más álgido de la huelga corrió un rumor que no tuvo confirmación. Se dijo que las «Trade Unions» inglesas, conocedoras del conflicto de los metalúrgicos barceloneses, y simpatizando con él, habían acordado el envío de una fuerte cantidad de dinero. Esta noticia corrió rápida y reanimó un tanto el ánimo decaído de los huelguistas.

Pasaron los días y el dinero no llegó. Respecto a esto, alguna vez se ha dicho públicamente en nuestra prensa que si las «Trade Unions» no enviaron el dinero que, según el rumor había sido prometido, fué porque así lo pidieron los socialistas españoles y la Unión General de Trabajadores.

¿Qué hay de verdad en tal afirmación? No lo sabemos. Pues para corroborar la noticia no hay más elementos de juicio que lo que en la prensa se ha dicho. Ni sabemos que lo haya ni hemos podido encontrar documento oficial u oficioso alguno que lo refrende. Y como, por otra parte, las «Trades Unions» no han dicho nunca que el dinero se les pidiese ni que hu-



biesen acordado enviarlo, es difícil ratificar con pruebas la acusación que entonces se dirigió a los socialistas y a la U. G. T.

La verdad histórica obliga a reconocerlo así, a fuer de imparciales divulgadores de los acontecimientos sucedidos. Al menos mientras no existan pruebas más sólidas que las que se han invocado hasta ahora.

Volviendo, pues, a los hechos, diremos que, perdida por los huelguistas metalúrgicos la esperanza del subsidio que de Inglaterra se esperaba, el desaliento se acentuó y el número de huelguistas decrecía. Esto dió lugar a luchas entre huelguistas y esquiroles más duras, violentas y continuadas que lo habían sido hasta entonces.

Ante la gravedad de la situación cundió la idea de la huelga general. Reunióse la organización para tratar de la solidaridad a prestar a los metalúrgicos en huelga. Y, como resultado de estas reuniones, se llegó a la conclusión que no había más que llegar a la huelga general. Puesto que la huelga de metalúrgicos se perdía, antes de perderla por consunción era preferible perderla tras un gesto magnífico de solidaridad obrera.

Nueve semanas duraba ya la huelga metalúrgica cuando se declaró la huelga general. Estalló ésta el lunes, 17 de febrero de 1902, y dura hasta el lunes, 24 del mismo mes. Terminada la huelga general, todo el mundo volvió al trabajo, incluso los obreros metalúrgicos en huelga. Como hemos apuntado ya, éstos perdieron la huelga, pero el gesto de solidaridad del proletariado catalán hacia ellos fué cosa nunca vista hasta entonces, y alarmó tanto a la burguesía y al Gobierno, que se la consideró como el primer aldabonazo, etcétera, etcétera.

Después de la huelga general de Barcelona, se intentaron otras en Cataluña. Reus hacía la suya. Calientes aún las víctimas de la de Barcelona, los reusenses repetían la suerte. Pero con igual fortuna. Tanto de la una como de la otra, los obreros extrajeron la experiencia de que la huelga general no tiene otro valor que realizar un bello gesto de solidaridad. Que la huelga general no sirve para ganar ningún conflicto; sólo sirve para perderlo con dignidad. Esto es todo. Pero la adquisición de esta experiencia vino con el tiempo. No rápidamente; pues de haber sido

así, no se hubieran malogrado otros conflictos de importancia capitalísima para los trabajadores, como el de la Federación Corchotaponera, del Ampurdán, que, para salvar una huelga parcial, declaró la general de la Industria, perdiendo, como es natural, las dos. Lo mismo sucedió en la Comarca del Ter. Debemos añadir, para mejor ilustrar el criterio de nuestros lectores, que ninguno de los intentos posteriores, ni el de Reus, ni el de la comarca del Ter, ni el del Ampurdán, alcanzaron la extensión ni repercutieron en la vida activa del país como el de Barcelona.

Señalemos de paso, que, una vez terminada la huelga general de Barcelona y comenzada la de Reus, los trabajadores de esta población solicitaron el concurso y la solidaridad de los trabajadores de Barcelona, que tan quebrantados quedaron de su conflicto. Pero, antes de que tomaran una resolución, apareció un Manifiesto, firmado por varias entidades de Barcelona, del que, al parecer, se tiraron miles de ejemplares, condenando la huelga general y aconsejando que no se prestara solidaridad a la de Reus. Lo que contribuyó a que los obreros de Barcelona no atendieran las demandas de sus camaradas.

De la trascendencia de la huelga general de Barcelona, entre otras cosas, puede dar una idea lo ocurrido en el Parlamento español. En una de sus sesiones habló del conflicto el doctor Robert, diputado por la ciudad condal, que dijo:

«...El problema, de un modo o de otro, claro es que se tiene que resolver; se resolverá, si se quiere, por el aniquilamiento de esas clases obreras, que ya vienen, desde hace bastantes días, condenadas por lo menos, al hambre; podrá ser que eso llegue a agotar sus energías, reduciéndolas a la impotencia; pero éste será un término bien triste, que mañana podrá reverdecir las protestas;...» A lo que contestó el señor González, ministro de la Gobernación, que lo primero para el Gobierno era mantener el orden público, y después ya se hablaría.

Pero no es sólo en el Parlamento español donde la repercusión produjo efectos. Alcanzó y llegó más allá.

En Madrid se intentó llegar a la huelga general por solidaridad con los obreros de Barcelona, sobre todo por la serie de



atropellos que las autoridades catalanas cometieron con los trabajadores. Pues ha de saberse que, a causa de las agresiones de la fuerza pública a los huelguistas durante la semana de huelga, hubo varios muertos y muchísimos heridos. Sin exceptuar ni olvidar las detenciones, que fueron numerosísimas.

Según nota oficial de las autoridades, al terminarse la huelga general, el número de detenidos era de más de cien individuos, algunos sin saber ni siquiera cómo se llamaban. Entre los detenidos más destacados por sus ideas estaban los camaradas Juan Bautista Esteve (Leopoldo Bonafulla) e Ignacio Clariá; éste estaba herido, además.

Pero a que los obreros de Madrid secundaran la protesta de los trabajadores barceloneses se opusieron los obreros que tenían su domicilio en la calle de Relatores, o sea, los que lo tienen hoy en la Casa del Pueblo socialista, la U. G. T.

Para evitar que los obreros madrileños secundasen a sus camaradas de Barcelona, se publicó una hoja que decía lo siguiente: «La Junta Directiva del Centro de Sociedades Obreras a los trabajadores madrileños.

«Compañeros:

»Algunos elementos que viven siempre fuera de la realidad pretenden arrastrar a todos los trabajadores a la huelga general.

»Como tenemos la seguridad de que, para llegar a este fin, han de emplearse todos los medios, incluso el engaño, creemos cumplir con un deber al manifestar que ninguna de las Sociedades que perte-

necen a este Centro ha tomado el acuerdo de adherirse a dicho paro, evitando que que los obreros conscientes puedan servir de comparsas a cuatro ilusos que, con su conducta suicida, quieren llevar a la clase obrera por caminos de perdición.» Este Manifiesto lo firma Francisco Caballero.

Por otro lado, también la prensa de Madrid, en su mayoría, se ocupó de la huelga de Barcelona y de sus repercusiones y enseñanzas, mostrando gran interés y reconociendo que era preciso examinar el problema que tal conflicto planteaba desde puntos de vista distintos a como se los había examinado hasta entonces. Algunos, más lógicos y bien orientados, hablaron de concesiones a hacer a los trabajadores. La pérdida material de la huelga era un hecho; pero puede afirmarse que la clase trabajadora había ganado su primera gran batalla a la burguesía. España, por este hecho, quedaba incorporada al movimiento social que en el mundo afirmaba su personalidad de manera indubitable.

Por otra parte, la huelga general de Barcelona cerraba un ciclo de la actuación obrera española. Ciclo interesante; pero que ya dejaba de serlo, para que otras modalidades de lucha comenzasen a incorporarse al acervo del pensamiento que animaba a las clases trabajadoras.

Pero antes de seguir adelante, dedicaremos unas palabras a un movimiento o tendencia que se abrió paso por aquellos tiempos, a causa quizá de esa misma huelga, o posiblemente contra ella.

**Angel Pestaña**



Ayuntamiento de Madrid



# Natalidad controlada

*La juventud, centinela del porvenir, pide: «que se utilicen las conquistas de la ciencia en la vida cotidiana».*

**H**E aquí la divisa internacional de la Liga mundial para la reforma sexual, creada en Varsovia, durante las jornadas de un importantísimo Congreso de médicos y pedagogos. Es necesaria, mientras la vieja moral continúe oprimiendo monstruosamente los instintos normales de los hombres, glorificando o reprobando las órdenes de la Naturaleza, según la conveniencia que le adjudique la casta que pretende gobernar sobre las conciencias.

Es indispensable que, gracias a la consciente voluntad de los hombres, las fuerzas que duermen en la Naturaleza o en el medio social se complementen armoniosamente. Se ve que, sin interrupción, se acrecienta el número de víctimas producidas por la ceguera de la sociedad, que en lugar de curar, castiga, y antes de socorrer, condena.

Es difícil juzgar si el problema sexual juega en la vida de los individuos un papel tan importante como pretenden las doctrinas de Freud; pero está fuera de duda que las teorías del gran sabio y de su escuela sufren y sufrirán todavía importantes cambios, que nunca han de presuponer, no perdiendo de vista los postulados de orden sexual, que la educación y la legislación pierdan las taras de ignorancia e injusticia que las debilitan.

Las nueve reivindicaciones formuladas por la Liga son las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> Igualdad política, económica y sexual de los sexos.
- 2.<sup>a</sup> Libertar al matrimonio, y al divorcio sobre todo, de la acción de la Iglesia.
- 3.<sup>a</sup> Reglamentación de nacimientos, en el sentido de determinar las responsabilidades.
- 4.<sup>a</sup> Influencia eugénica sobre la descendencia.
- 5.<sup>a</sup> Protección de las madres jóvenes y de los niños ilegítimos.

6.<sup>a</sup> Puntos de vista más racionales sobre las desviaciones sexuales, en particular sobre el homosexualismo en el hombre y en la mujer.

7.<sup>a</sup> Medidas destinadas a la represión de la prostitución y a la propagación de enfermedades venéreas.

8.<sup>a</sup> Apreciación de perturbaciones sexuales, no con el carácter de crímenes o pecados, sino como fenómenos más o menos patológicos.

9.<sup>a</sup> Código sexual castigando las usurpaciones sobre la libertad sexual de otro, pero no interviniendo en las relaciones sexuales basadas sobre el acuerdo mutuo de dos adultos.

## A vosotras, las jóvenes

Hasta hoy habéis estado bajo la vigilancia y protección de vuestras familias y vuestros maestros. Durante los primeros catorce años de vuestra vida, durante la infancia, es cuando el joven ser crece, aprende y ha necesidad de protección mientras se forma su carácter. De hoy en adelante empezáis la segunda fase de vuestra vida, que es la madurez, y comenzaréis a capacitaros de los cambios que se producen en vuestro organismo al sentir ya mujeres y saber que cada una tiene que seguir su destino, teniendo la conciencia de la responsabilidad de sus actos.

Más de una, entre vosotras, pretendiendo avizorar su mañana, se habrá preguntado algunas veces si será feliz en su matrimonio, pues ha soñado la felicidad de tener un marido, un hogar y una prole más o menos abundante. ¿Cuál de vosotras no ha pensado en esto a los catorce o quince años?

En los años activos y ajetreados de la juventud, el alma y el cuerpo reclaman con todo el imperialismo de su fuerza la solución de los problemas que han preocupado los sueños de vuestra adolescencia. De estos años, que son los que mayormente influyen sobre la felicidad de vuestra vida, quiero hablaros.



## **Vuestras madres han sido educadas en la inconsciencia**

Lo mismo vuestras madres que vuestras abuelas, cuando tenían vuestra edad crecieron y fueron educadas, según la costumbre, en un mar de inconsciencias. Esto se llamaba entonces «inocencia»; hoy, que reconocemos las cosas por su verdadero sentido, lo llamamos «ignorancia». Se ha visto, muchísimas veces, la tragedia de una jovencita que ha perdido su inocencia por causa de la «ignorancia» que la salvaguardaba o debía salvaguardarla. En nuestros días sabemos que la mejor arma para preservarnos de muchos peligros es conocerlos, y la seguridad será mayor cuando se pueda distinguir el bien del mal y la sabiduría de la ignorancia. No existe ciencia más importante para el porvenir de una raza que el conocimiento de las relaciones sexuales. Aunque vosotras seáis jóvenes todavía no es esto inconveniente para daros algunos consejos que más tarde puedan seros provechosos.

Durante la pubertad, tanto en los machos como en las hembras, se producen los cambios que producen la iniciación de la vida sexual de los individuos. A partir de este momento, sois ya adultos y aptos para dar el fruto de los hijos. En mi país yo aconsejo el matrimonio a los veinte años.

### **La tentación del flirt**

Más tarde, el flirteo, muchas veces inocente, hace germinar en el espíritu de los adolescentes el pensamiento del matrimonio, cuando ellos aún no se encuentran con fuerzas ni disponen de posibilidades para asegurarse la felicidad de la realización de sus deseos.

### **Esperad cinco años para poder cumplir vuestros deseos**

Este sería mi consejo: esperad cinco años. Llenan vuestra vida con el estudio y el sport; ocuparos de higiene, de interior, de cocina, de costura; en vuestros estudios dejados aconsejar por la vocación y las aptitudes. Durante estos años, que sean los adolescentes vuestros compañeros de juego, pero no penséis todavía en el casorio. Seréis más sanas de

cuerpo y de espíritu si sabéis evitar el que os dominen estos sentimientos.

Capacitaros de que las condiciones de vuestras vidas son infinitamente superiores a las que conocieron vuestras madres y vuestras abuelas. La ciencia nos ha hecho ver que, gracias a la previsión, a las precauciones, se llega a limitar la descendencia. Las familias numerosas de vuestras abuelas se debían a la ignorancia que había en aquella época en materia de reglamentación de la natalidad y en la imposibilidad de restringir esta nefasta abundancia de nacimientos.

### **Sed madres conscientes de familias poco numerosas**

Se deberá a vosotras el que el día más feliz de vuestra vida esté basado sobre la ciencia, gracias a la cual llegaréis a ser madres de una descendencia escasa, y donde cada hijo será el honor de su familia y de su patria.

Las huelgas y el paro terminarán el día que nuestro pueblo sea menos numeroso, pero de más valor, pues sus padres le habrán engendrado conscientemente por haber recibido una buena educación y una instrucción adecuada.

**Bessie Drysdale**







Máximo Gorki

### Ayer, hoy, mañana...

**R**ETRATADO en medio de escritores, sabios, intelectuales, Gorki se destaca poderosamente; pero sería difícil descubrirlo en un grupo de obreros o campesinos. No hay muchos escritores que sean tan poco literatos, que sepan moverse con tanta facilidad entre los hombres como entre sus recuerdos. No se advierte en Gorki deformación profesional alguna y, sin embargo, escribe hace unos cuarenta años. Su gloria no se ha marchitado y él nunca reclama el silencio por que habla, sino por lo que dice algunas veces.

Vedle en su residencia de invierno en Sorrento —en el verano está en la U. R. S. S.—, a la mesa de té, enorme disco rojo, el dorso ligeramente encorvado, sus dos manos posadas ante él como dos seres vivientes. Grandes manos carnosas, de gruesos dedos que terminan en uñas de un diseño limpio y fino, extraordinariamente pequeñas para un hombre de su talla. Manos de una limpieza singular, casi transparentes al nacimiento de las uñas; la más mínima arruga resplandece como al salir del baño. (Yo nunca llego a poder conservar las manos limpias y hoy me las he lavado cuatro veces.) Las venas no se notan: no son manos de anciano. Esas manos que han descargado barcos en un puerto del Volga, que han amasado harina en una panadería de Nijni, que han escrito *La Madre e Infan-*

## En casa de Gorki

# Una visita al gran escritor ruso en su residencia de invierno de Sorrento

cia, son las de un trabajador. Sus movimientos son precisos, exactos y parsimoniosos. El puño se crispa y los dedos lanzan como una descarga eléctrica —en estos instantes, los ojos, el bigote, las cejas, las arrugas parecen crepitar en chispas—; luego, los dedos, ligeramente separados, se encorvan; la mano oscila en el aire y, momento después, los dedos se alargan y repliegan agarrando el aire, como si el brazo caminara a lo largo de una amplia senda; en fin, Gorki junta las yemas de los dedos y esculpe una cara, un objeto, que surge de la punta de las uñas.

### Gorki recuerda...

Gorki comienza siempre por describir las personas de que habla, por *mostrarlas*. Unas frases, una mirada, el brazo que se extiende y un ser que ha salido de la nada. Cuidadosamente Gorki lo coloca ante sí, sobre la mesa, como un prestidigitador al que nunca traicionara su arte. Profesores de la Universidad de Kazan del final del pasado siglo, zorritos plateados entrevistados en un parque criadero, Juventudes comunistas, campesinos del extremo norte, obreros de Bakú, guerrilleros siberianos, Lenin, Tolstoi; al cabo de una hora de conversación, la gran mesa roja está repleta de seres vivientes, como una plaza pública en un día de manifestación revolucionaria.

—Imagínese usted un pescador; es todo fuego, todo llama (Gorki imita al pescador); y nos dice que el barbo se pesca con avena cocida. Comprenda usted —dice—,



el barbo se aproxima, choca las mandíbulas (Gorki realiza la mímica del barbo). El pez está bajo el agua, no se le oye y, sin embargo, el pescador exclama: «Choca las mandíbulas.» Y él imagina ser el mismo barbo...

Nuestra tierra es grande y fértil, y rica en anécdotas... El borde del Caspio. Arena fina. La canícula. Escamas que relampaguean al sol. Entrañas de pescado en descomposición, que apestan. Súbitamente aparece un personaje, de tal manera extravagante, que todos suspenden el trabajo por mirarlo. Abrigadamente vestido; enteramente tapizado de pieles; un fusil a la izquierda, otro a la derecha; una gorra de doble visera: una delante y la otra detrás. Se averigua que es un inglés, llegado para cazar patos. Ni una palabra en ruso: se explica por señas: beber, comer, dormir. Lo han atiborrado de caviar, se le ha escanciado el vodka; se lo ha tomado, ha bebido...

—¡En Londres, frente al Museo Británico, hay un cafetín donde venden un Oporto!... En botellas ordinarias, sin etiquetas, con signos blancos trazados sobre el vidrio. ¡Pues bien, vale cualquier cosa! Yo hice beber de ese Oporto a Lenín. Esto pasaba en 1907 y aún en 1921 se acordaba Lenín: «¡Qué Oporto!» Sin embargo, nada entendía de vinos; era un hombre sobrio; sólo bebía cerveza...

—Sí; Lenín vino a verme a Capri. En 1909. Y a las once... el «signor Drin-Drin». Los pescadores italianos le habían puesto este apodo. Le habían enseñado a pescar con caña; él hablaba francés, pero nada de italiano; así que, los pescadores, le explicaron por señas que en el momento en que el pescado muerde —«drin-drin»—, hay que tirar con la caña. Esto le había gustado mucho a Lenín, y cada vez que el pez mordía, exclamaba «Drin-drin...» Sabía hablar con todo el mundo. Con todos encontraba inmediatamente el tono apropiado y sencillo... Un hombre fogoso. Cuando se ponía a jugar al «gorodki» no había manera de pararlo, era infatigable... Le gustaba mucho la música. Pero los últimos años no tenía tiempo para oírla... Le gustaba enormemente Tolstoi, desde luego que no el pensador. Esto le ponía muy triste. Había hecho una comparación desagradable; desagradable para Tolstoi. «Se diría que es un hombre

ebrio.» Pero le gustaban *La Guerra y la Paz*, *Anna Karenine*, *Los relatos de Sebastopol*, y, sobre todo, *Los Cosacos*. Iban a verlo al Kremlin. Una mesa inundada de papeles; teléfonos; en la pared, un gran mapa; era durante la guerra civil: el mapa estaba erizado de banderitas. Y sobre la mesa, siempre un volumen de Tolstoi...

—He visitado la colonia de los tolstoianos. Por ejemplo, la colonia del Gobierno de Tver. Los tolstoianos llegaron a una aldea, han construido un largo edificio que parece un cuartel. Nadie sabía hacer nada, pero absolutamente nada. En el patio había enormes barrizales; pues bien, marchaban rectos por el barro. Hubiera habido que dar un rodeo, pero ellos pateaban en el fango: ¡la vuelta a la Naturaleza! ¡Gentes instruidas y, sin embargo, cuando su caballo se hería en la paletilla, en vez de curarlo, nada hacían, los imbéciles! No sabían ni siquiera enganchar un caballo. Habían comprado un cerdo; es un animal al que le gusta la limpieza, y lo han dejado pasearse con una coraza de fango. Un día encargaron a una de sus mujeres de cuidar el cerdo. Ella no sabe cómo arreglárselas y llora, yo le aseguro, verdaderas lágrimas. El cerdo está tan gordo, que da un hociazo y la mujer rueda por tierra. Uno de ellos, Wladimir Tchernov, fué una vez a Moscú y marchó andando Tver. Hubiera sido tan sencillo tomar un coche; habían cincuenta verstas hasta Tver; pero, no, hizo el trayecto a pie. Llega a Moscú, va al bulevar Strastnoi, se sienta en un banco, vierte en su pañuelo cianuro de potasa, se lo aplica a la nariz y rueda por tierra...

Hoy...

Gorki no vive sólo de recuerdos. Bien al contrario. Habladle de cualquier detalle de la vida actual en la U. R. S. S., sobre cualquier aspecto del Plan quinquenal, y Gorki os informará con exactitud.

En Moscú hay un 86 % de casas de madera. Imagínese usted. Se construye un edificio de siete pisos y se apercibe que está rodeado de isbas.

Un momento de silencio. Luego:

—84 %..., 84 y no 86.

Los biógrafos afirman que el escritor



tiene sesenta y cuatro años; él mismo lo dice, pero cuesta trabajo creerlo. Le gusta decir:

—Usted es joven, usted; es fastidioso. Si tuviera treinta y cinco años, hubiera pedido a un sabio que me añadiera un segundo brazo derecho y escribiría a dos manos.

Aunque no tiene más que un solo brazo derecho, Gorki produce más que muchos hombres de treinta y cinco años y en una escala infinitamente más vasta. Ha iniciado muchas empresas literarias y culturales y se desvela por su realización.

Gorki fué quien tuvo la idea de recopilar una *Historia de las fábricas y talleres*. Esta será una enciclopedia del trabajo, una historia de la clase obrera rusa, de antes y después de la Revolución. Las organizaciones del Partido comunista, la Asociación de los escritores proletarios, la Prensa, los técnicos, los mismos obreros, aseguran el éxito de la empresa. Para comenzar se han elegido sesenta y dos empresas industriales, de las más importantes de la U. R. S. S., entre las que han representado un papel de primer orden en el movimiento revolucionario ruso: la *Putilovetz Roja*, la *Talka*, las filaturas de Ivanovo-Voznessensk, los talleres metalúrgicos de Sormovo, etc., etc. En el seno de cada empresa, una comisión recoge las informaciones y testimonios de viejos obreros, que recuerdan el antiguo régimen, y reúne una documentación sobre las condiciones de vida y de trabajo antes de la Revolución; del movimiento de las huelgas, sobre la actividad del Partido comunista, sobre la represión policiaca, etcétera; por aquellos lugares se informa de los acontecimientos en los años de la guerra civil, los cambios ocurridos desde 1917, de los nuevos métodos de trabajo, sobre los mejores obreros del taller, los que han permanecido dedicados a la producción y velan por la realización del Plan quinquenal, y de los que, delegados por sus camaradas, han ido a estudiar en las Universidades, a organizar las Kolkhoz, a constituir los Soviets; sobre los inventores, sabios, escritores, salidos del medio proletario. Recuerdos, documentos y testimonios formarán un volumen de cuya definitiva redacción se encargarán escritores competentes. Un volumen por fábrica: sesenta y dos volúmenes en total.

en los que los jóvenes aprenderán el pasado de su país; un pasado que ninguna historia oficial había dado a conocer, y en el que los obreros extranjeros encontrarán indicaciones, ideas y alientos.

Simultáneamente con la *Historia de las fábricas*, Gorki ha lanzado la idea de una monumental *Historia de la guerra civil*. Esta obra, que se compondrá de una quincena de volúmenes, está puesta bajo la dirección de un Comité de redacción, del que forman parte, además de Gorki, políticos como Stalin, Vorochilov, Molo-





tov, etc., y los escritores: Fadeev, Vsevolod Ivanov, Damián Bedny, Leónidas Leonov, Constantino Fedín y otros. «Para dar a conocer un pasado reciente a la juventud de todos los pueblos, que constituyen la familia de las Repúblicas Socialistas Soviéticas», ha escrito Gorki en un Manifiesto dirigido al país entero, «y para familiarizar a todos los trabajadores de la Unión con la historia de la lucha heroica de los obreros y campesinos, guiados por el Partido comunista, contra los industriales y propietarios terratenientes, ha sido puesta en práctica la edición de la *Historia de la guerra civil*». «Para que los volúmenes de esta *Historia* sean de una lectura fácil y accesible a todos, la redacción se ha confiado a nuestros mejores escritores. Ellos relatarán las jornadas de la guerra civil con una sencillez, claridad y una veracidad supremas.»

«Es indispensable conseguir, para este trabajo importante y difícil, la activa ayuda de los que directamente han tomado parte en la guerra civil: la guardia roja, guerrilleros, soldados rojos y jefes, así como las personas que han sufrido los atropellos y violencias de los ejércitos blancos, de los cuerpos expedicionarios extranjeros, de bandidos, etc. Es necesario que todos los que recuerden los acontecimientos de aquellos años, los que los han sufrido, pongan sus recuerdos por escrito y los envíen al Comité de redacción de la *Historia*.»

«El Comité se dirige no solamente a los guerrilleros, soldados del ejército rojo y otros miembros activos de la lucha armada, sino que también a todos los trabajadores locales en el terreno de la cultura; como por ejemplo, los maestros de escuela.» «El Comité está firmemente convencido de que su llamada será atendida sin demora por todos aquellos que conciben el enorme y difícil problema que nos hemos impuesto resolver.»

En efecto, la llamada ha sido oída. Centenares de cartas han afluído a Moscú. Cazadores de Altai, pescadores del litoral del Pacífico, obreros de las fundiciones del Ural, campesinos ucranianos, mineros del bajo Don, mecanógrafos de Leningrado, trabajadores de las explotaciones petrolíferas de Bakú, y otros muchos, esparcidos actualmente por las ciudades y los pueblos de la Unión Soviética; hombres

y mujeres, antiguos guerrilleros, soldados, comisarios, marinos o sencillamente sólo testigos de las hazañas de los generales blancos, destacamentos extranjeros, bandidos de toda calaña; los que han visto a los japoneses en acción en Vladivostok, a los franceses en Odesa y en Crimea, a los alemanes en Ucrania, a los checos en Libia, a los ingleses en Bakú y Arkhangelsk, a los turcos en Transcaucasia, a los polacos en el Oeste, a los americanos en el Este, se han apresurado a enviar sus impresiones, sus relatos al Comité de redacción de la *Historia de la guerra civil*.

### La actividad

Historia de las fábricas, guerra civil: línea ascendente, el porvenir. También está el pasado, *La Historia del joven en el siglo XIX*. «¿De qué joven del siglo XIX se trata y por qué nuestra juventud debe conocer su historia?», pregunta Gorki y da él mismo la respuesta. En el siglo pasado, «la literatura no ha estudiado, como se merecían, las tempestades de los dramas de clase, los problemas de la vida social... no ha utilizado en sus obras las biografías de los hombres más destacados y los más característicos de la época... Los artistas del verbo han consagrado su talento, por encima de todo, a la descripción de la vida privada de un determinado joven, que no se distinguía ni por su inteligencia penetrante ni por una voluntad firme, y que era, en el fondo, un hombre de bien mediana calidad». «Han descrito a este hombre tan a menudo, que él, repetido centenares de veces, se persuadió de que «la individualidad es única». Bien entendido, Tchatski, el héroe de Byron, el «hijo del siglo», de Musset y Petchorín, no se parecen mucho, exteriormente, a patanes tales como Oblomov, Nekhliudov, Oberman, Adolphe, y, sin embargo, son todos hijos de una misma madre. Julián Sorel, Raskolnikov y Greslou, son sus hermanos de sangre, pero estos tres últimos, más atrevidos y activos, no se han detenido ante un crimen, para probar su «naturaleza excepcional». Ivan y Dimitri Karamazov tenían hermanos espirituales entre la juventud alemana del siglo XVIII, y si Karamazov padre hubiera leído atentamente el *Don Carlos* y *Los bandidos*, de Schiller, hubiera comprendido mejor a



sus hijos. El rasgo común, que aparece indiscutiblemente en todos los personajes de la literatura rusa y occidental del siglo XIX es, además de su ceguera y sordidez sociales, una inclinación hacia las meditaciones ociosas en medio de una ociosidad total». Los herederos de estos jóvenes, los anarquistas, los «individualistas excepcionales, que han creado en el dominio literario muchas obras instructivas, cuyo valor histórico es innegable, habiendo descrito en detalle «el alma» y la vida de sus padres, nos han revelado, con una nitidez completa, el proceso dramático de la bancarrota progresiva del individualismo; proceso que comenzó al siguiente día de la victoria del burgués sobre el feudal y que, en nuestros días, se termina de una manera tan repugnante». Reasumiendo la idea de Gorki, la *Historia del joven en el siglo XIX* es la historia del individualismo burgués y su descomposición. Gorki considera que la juventud soviética debe familiarizarse con este «joven», que vive siempre en el occidente, aunque sólo sea para no parecersele nunca. «El pasado nos es hostil, pero para herir mortalmente a un enemigo es indispensable conocerlo bien.» Este es el objetivo de la colección, de la que cada volumen: *El rojo y el negro*, *Crimen y castigo*, *Adolfo*, etc., irá precedido de un largo prefacio que demostrará la significación social e histórica de la obra.

Gorki no se dedica sólo a dirigir colecciones literarias e históricas. Su actividad se muestra en todos los dominios de la cultura y son innumerables las empresas: instituciones científicas, clubs, bibliotecas, casas de reposo para sabios, etc., cuya primera iniciativa le pertenece. Todo lo que puede endulzar la vida de los trabajadores y elevar su nivel cultural, le interesa.

—Vea, pues —dirá leyendo un diario de Moscú—, los camaradas han encontrado un procedimiento para conservar el pan tierno durante muchos días. Esto es extremadamente importante.

O bien, sacando de un cajón de una hoja de una materia rara, medio tejido, medio piel:

—Esto son plantas que arrojan los ríos. Y se ha encontrado el medio de fabricar papel, con ellas, de una excelente calidad. La fabricación no dura más que dos horas, y la fibra es muy resistente...

Desde la revolución, Gorki, se ha hecho el supremo guardián de todo lo que la civilización ha podido crear de precioso, y considera un deber de los hombres de su generación el transmitirlo intacto a las generaciones futuras. «Nuestra juventud, dice, debe comprender una cosa bien sencilla: los hijos deben ser más inteligentes, más fuertes que sus padres, y triunfarán si consiguen conocer los errores del pasado y si se inculcan profundamente lo mejor, lo más útil de lo que ha sido inventado por sus padres; lo que se deriva ineludiblemente, en materia de historia y de ideología, de la severa experiencia revolucionaria de las generaciones precedentes.»

—Un día dice Gorki, con un tono en que la evocación se junta con la certidumbre— se escribirá una historia de la cultura rusa... una buena. Vea usted lo que he imaginado. Nos hemos reunido algunos hombres, jóvenes y viejos; hemos invitado a los sabios regionalistas. Reunimos una documentación sobre la historia de las ciudades. Las antiguas ciudades fronterizas: Simbirsk, Saransk, Kursk... Otras ciudades más, las pequeñas: Oustoug..., y las grandes. Todo esto será sistematizado y arreglado en determinado orden. Los oficios, las distracciones, la vida económica... Sin duda que no publicaremos ninguno de estos documentos; que se queden como tales. Y el día en que aparezcan los hombres capacitados para interpretar todo eso, no tendrán más que ponerse a trabajar.

—Cuanto más avanza la Humanidad tiende más al completo desarrollo de todas las fuerzas creadoras de la colectividad, del individuo. En la Unión Soviética, esto comienza a convertirse en una realidad. De aquí a una decena de años habremos llegado...

Y los dedos de Gorki se alargan y repliegan agarrando el aire, como si el brazo caminara a lo largo de una amplia senda.

**Wladimir Pozner**



# La ciudad de hoy y la de mañana

## La ciudad moderna

**L**a ciudad surge en un momento determinado del desarrollo económico, cuando la división social del trabajo crea las premisas necesarias para la aparición de centros urbanos cuyos habitantes viven principalmente de la actividad comercial e industrial. Una de estas premisas la constituye la formación de una categoría de artesanos que se desprende completamente del trabajo agrícola para dedicarse de un modo exclusivo a su oficio. Pero esto no basta. Otra de las premisas es la existencia de un mercado permanente, la concentración de varias ramas de la producción artesana y las relaciones constantes de intercambio con la región circundante. Con ello queda dicho que la ciudad aparece en la Edad Media, en la época del florecimiento del régimen gremial, o, para decirlo en otros términos, en los albores del capitalismo industrial.

Con la destrucción del corporativismo, la proletarianización del campesino, la afluencia de mano de obra del campo a la ciudad, en una palabra, con el desenvolvimiento del capitalismo y la consiguiente concentración de los medios de producción en determinados centros, se crean condiciones favorables para un crecimiento extraordinario de las ciudades. El modesto burgo medieval se convierte en el centro de la gran producción fabril, de relaciones comerciales cada vez más vastas y de grandes masas proletarias, en la ciudadela del capital financiero, en urbe trepidante y nerviosa en que hierve la vida y la actividad. Aumenta la oposición tradicional entre la ciudad y el campo desde el punto de vista de la producción, de la política y de la cultura. La concentración de la industria y de masas obreras que no disponen más que de sus brazos acentúa los antagonismos entre el proletariado y la burguesía. La ciudad se convierte en la arena en que se desarrollan principalmente las grandes luchas sociales de nuestros días y en el centro dinámico de las revoluciones.

El siglo XIX fué el de las grandes urbanizaciones, sobre todo en Inglaterra, el país clásico de la gran industria moderna. A fines del siglo XVIII, además de Londres, que tenía cerca de 500.000 habitantes, no había más que dos ciudades con más de 30.000, y cuatro, con más de 10.000. Pero a mediados del siglo XIX hay ya diez ciudades con más de 100.000 habitantes y la población de Londres sobrepasa los dos millones. Actualmente, las cuatro quintas partes de la población inglesa vive en las ciudades.

En los Estados Unidos, en 1790, había ocho ciudades con 8.000 habitantes y más. Nueva York tenía 33.000. En 1800, ni una sola ciudad llegaba a tener 100.000 habitantes. En la actualidad, la población de Nueva York, con sus alrededores, es de cerca de diez millones; la de Chicago, que en 1850 era de 30.000, es de más de tres millones y medio; la de los Angeles, que en 1880 era de 11.000, es de 1.250.000.

En el continente, es en Alemania donde las ciudades, gracias al impulso industrial del país, adquieren un desarrollo más rápido. En 1800, había dos ciudades con más de 100.000 habitantes; en 1871, el número de dichas ciudades pasa a ocho. Berlín, que, a mediados del siglo pasado, tenía una población de 420.000 habitantes, en treinta años la triplicó. Leipzig, pasó de 69.000 a 149.000; Dresden, de 97.000 a 221.000; Hannover, de 29.000 a 123.000. Además, surgieron nuevos centros urbanos, tales como, por ejemplo, Essen, cuya población pasó de 9.000 habitantes, en 1850, a 471.000, en 1925. En 1800 había en Alemania quince grandes ciudades; en 1900, treinta y tres, y en 1925, cuarenta y seis. La población urbana representa actualmente el 64'4 % de la población total del «Reich».

En Francia, París, en treinta años, entre 1850 y 1880, pasó de un millón de habitantes a 2.200.000; Lyon, de 177.000 a 377.000; Lille, de 76.000 a 178.000.

A partir del último cuarto del siglo XIX el crecimiento de las ciudades es particularmente acentuado en los jóvenes países



industriales, mientras que en los viejos países se estaciona.

La configuración de las ciudades, su planeamiento y estructura se han ido modificando, en el transcurso de la Historia, de acuerdo con la evolución económica.

En la primera mitad de la Edad Media las ciudades de la Europa Occidental tienen un carácter predominantemente militar, que las convierte en recintos fortificados. Este carácter va desapareciendo con el desarrollo del capital, la ciudad se convierte en un centro de actividad artesana y comercial y extiende su radio de acción más allá de los muros en que hasta entonces estaba encerrada.

A fines del siglo XVII, el absolutismo impone su sello a las ciudades, adaptándolas a sus necesidades. Surgen grandes palacios, edificios imponentes, vastos y lujosos jardines, plazas majestuosas.

El desarrollo del capital industrial determina, como ya hemos observado, un rápido crecimiento de las ciudades, el ensanchamiento de su territorio, como resultado de la concentración de las industrias, y un sistema caótico de planeamiento. La ciudad moderna no tiene ya la armonía arquitectónica de la época del Renacimiento, por ejemplo, sino que es anárquica, como el sistema de producción en cuyo marco se desenvuelve. A pesar de los esfuerzos realizados para dar una cierta regularidad exterior a la ciudad contemporánea, es indudable que el carácter mismo de la sociedad burguesa hace imposible esta regularidad. La ciudad se ha ido desarrollando de acuerdo con las necesidades económicocapitalistas, y éstas no tienen en cuenta los intereses y la utilidad sociales, sino únicamente el beneficio individual. Surgen vías anchas y rectas, espaciosos *boulevards*, en los cuales la lucha de barricadas es mucho menos fácil que en las calles estrechas de otros tiempos; aparecen las grandes casas de vecindad, vastas explotaciones de la avaricia capitalista en que se comercia la miseria de la clase trabajadora, a la cual la burguesía, después de haber robado el trabajo suplementario, le roba el aire y la luz. Al lado de los suntuosos barrios burgueses surgen los barrios obreros, en que todo dolor tiene su asiento. La ciudad contemporánea es, en fin, un conglomerado monstruoso en que la gran injusticia de la

sociedad capitalista aparece en toda su desnudez.

## La ciudad futura

La ciudad moderna no puede desaparecer más que con la destrucción del régimen capitalista que la sirve de base y la consiguiente desaparición del antagonismo existente entre el campo y la ciudad. Pero esto no es posible más que bajo el socialismo. En el régimen actual el terrible problema de la vivienda, que constituye uno de los aspectos más sobrios de la ciudad de nuestros días es absolutamente insoluble. «Es absurdo —dice F. Engels— querer resolver el problema de la vivienda conservando las grandes ciudades modernas. La destrucción del antagonismo entre la ciudad y el campo es tan utópica como la del antagonismo entre los capitalistas y los obreros asalariados... Sólo la distribución más sistemática posible de la población por todo el país, sólo el contacto estrecho de la industria con la producción agrícola paralelamente con el desarrollo inevitable de los medios de comunicación —después de suprimir previamente el modo capitalista de producción— puede sacar a la población rural del estado de aislamiento y de ignorancia en que vegeta casi invariablemente desde hace siglos. La utopía no consiste en afirmar que la emancipación completa de la Humanidad de las cadenas forjadas por el pasado histórico puede ser únicamente el resultado de la destrucción de los antagonismos entre la ciudad y el campo: la utopía aparece cuando alguien se propone predecir, partiendo de las relaciones existentes, la forma en que se resolverá cualquiera de los antagonismos de la sociedad actual.»

Este fué precisamente el error de los socialistas utopistas. Llevados de su generosa aversión por los horrores del capitalismo, que, por decirlo así, hallan en la ciudad su expresión concentrada, se dedicaron a trazar las líneas de la ciudad futura que concebían, y como, según la frase de Engels, partían de las relaciones existentes, en realidad no hacían más que idealizar la sociedad que conocían. Así, Campanella nos presenta una ciudad futura, que no es otra que un modelo perfeccionado de la Edad Media; en la ciu-



dad de Tomás Morus, el centro de la vida urbana es un castillo; en la de Cabot, el medio de transporte dominante es la diligencia; en la de Fourier, la base económica es la manufactura. No se puede hablar, sin incurrir en la utopía, de las formas concretas que tomará la ciudad futura en general y la socialista en particular, porque habríamos de partir forzosamente de unas relaciones económicas que están destinadas a desaparecer. Pero sí que se puede afirmar ya desde ahora que, en realidad, no habría ciudades tal como las concebimos hoy. Actualmente, la ciudad es el centro de concentración de la industria y del comercio; la aldea lo es de la agricultura. De aquí surge la contradicción entre la ciudad y el campo. Esta contradicción dejará de existir al ser establecida una economía general cuyos productos pertenecerán a toda la sociedad. En el campo se desarrollarán industrias para la elaboración de las materias primas, y el proceso mismo de la producción se mecanizará. En el fondo no habrá diferencia alguna entre el campesino y el obrero industrial. Como consecuencia de todo ello, surgirá un nuevo tipo de centro urbano que no podrá ser calificado ni de ciudad ni de aldea.

### La ciudad en el período transitorio del capitalismo al socialismo

Pero si no de ciudad socialista, se puede hablar de la ciudad del período de transición, durante el cual se irá a la destrucción gradual de las contradicciones existentes entre la ciudad y el campo. En la sociedad sin clases, la ciudad perderá su base social y económica, pero en la época de la dictadura del proletariado está llamada a desempeñar un gran papel como centro de concentración de las fuerzas principales de la clase obrera y de la labor realizada por el proletariado para destruir las clases y el antagonismo entre la ciudad y el campo.

Por esto se explica que el problema se plantee de una manera aguda y provoque debates apasionados en la U. R. S. S., el único país que, por ahora, se encuentra en este período transitorio del capitalismo al socialismo.

## Las ciudades en la Rusia zarista y en la U. R. S. S.

El desarrollo del capitalismo en Rusia ejerció gran influencia en el de las ciudades. La escasez de tierras y el desenvolvimiento creciente de la industria determinó el éxodo de grandes masas campesinas a los centros urbanos, a donde se dirigían en busca de pan y trabajo. Entre 1885 y 1897 el número de campesinos que afluyeron a las ciudades fué de dos millones y medio. Esta circunstancia, más el desarrollo del comercio y de las vías férreas, determinó un extraordinario aumento de la población urbana, como podrá apreciar el lector por los datos siguientes:

### POBLACION URBANA EN 1851-1914

Años	Población urbana	% en relación con la población total	En relación con 1851 tomado como 1
1851 . . .	3.482.000	7'8	1'—
1867 . . .	8.157.000	10'6	2'34
1897 . . .	16.785.000	13'0	4'82
1914 . . .	26.800.000	15'0	7'77

En sesenta y tres años, la población urbana aumentó en ocho veces; la agraria, sólo en cuatro. Conviene hacer notar, al mismo tiempo, que la población de las grandes ciudades aumentó mucho más rápidamente que la de las demás, como se puede apreciar por las cifras que damos a continuación:

### CIUDADES CON MAS DE 50.000 HABITANTES EN LA RUSIA EUROPEA

Años	Número de cantidades	Habitantes	% en relación con la población urbana total
1863 . . .	13	1.694.000	27'7
1885 . . .	31	4.155.000	41'7
1897 . . .	44	6.397.000	53'0

La revolución de octubre, con la profunda transformación social que trajo aparejada consigo la guerra civil y el bloqueo, tuvo una repercusión sensible en el desenvolvimiento de las ciudades.

**Andrés Nin**

(Continuará.)

Ayuntamiento de Madrid



# La vida económica en los pueblos primitivos

**S**E conoce aún muy mal la vida económica de los pueblos exóticos que llamamos primitivos; a menudo se forman ideas abstractas sin ningún contenido real. El hombre de la naturaleza de los filósofos y los economistas del siglo XVIII, es uno de esos fantasmas que es muy difícil, aun actualmente, disipar. Ese salvaje ideal, que vive de la tierra, y que, cuando trabaja, no lo hace más que para él sólo, es un mito cuyo valor científico es igual al de la Inmaculada Concepción.

1.º La noción de *técnica*, es decir: de un conjunto de medios puestos en práctica para conseguir un resultado útil, no parecería haber podido nacer entre los australianos, que desconocen toda clase de industria y no practican la agricultura ni la ganadería. Estas gentes, que viven de la caza y de las frutas silvestres, ¿cómo habrán podido formarse la idea de la *fabricación*? Pues esta noción existe en ellos y hasta en un grado muy alto: existe, antes de corresponder a una práctica efectiva, y se aplica a una fabricación ficticia, mágica. Cada tribu australiana está dividida en muchos clanes, cada uno de los cuales lleva el nombre de un animal o planta. A regulares intervalos, cada clan verifica una solemne ceremonia, cuyo mismo nombre en lengua indígena —*Intichiuma*— significa fabricación. En el espíritu de los nativos, estos ritos aseguran la reproducción del animal o de la planta que da su nombre al clan; sin esta intervención, cesaría el curso de la Naturaleza. Muy lejos de ignorar la noción de la técnica, estos primitivos la amplían hasta lo imposible; mezcla de magia y religión, deberá, por el contrario, reducirse, hacerse a la vez más positiva y más estrecha, más humilde, para dar resultados positivos. Pero estos ritos sin efecto, estos gestos en la vida, no dejan de ser una primera manifestación técnica.

2.º Nada de *moneda* en este estado de desarrollo; pero va a nacer, envuelta, ella también, en magia y religión. Los canacas de Nueva Caledonia, en el momento de

la conquista francesa, tenían una moneda compuesta de conchas pulidas y enristradas. Cada familia tenía en su casa una determinada cantidad de esta moneda, cuidadosamente conservada en una cesta sagrada; la larga ristra de conchas estaba colgada a un pequeño objeto de junco o de madera esculpida, llamado *cabeza de moneda*, representando al antepasado legendario de la familia.

He aquí ahora un ejemplo típico de su empleo. Yo, jefe de un clan, he sido ofendido por un individuo de otro clan: este es un caso de guerra. Mi ofensor, asustado, viene a mi encuentro y me entrega una determinada cantidad de moneda. ¿Es decir que me paga, que me abona los «perjuicios e intereses»? Nada de eso; pues, si yo renuncio a la guerra, y si perdono, *remitiré a mi adversario una ristra de moneda de la misma longitud, de mi moneda, sacada de la cesta sagrada de mi familia*. Este cambio de monedas iguales se verifica en todos los casos análogos, de reconciliación, de alianza: es un intercambio puramente simbólico, un cambio de fuerzas mágicas, sin ningún carácter de comercio: la prueba es que el comercio, propiamente dicho, se efectúa por cambio. Pero desde el momento que los canacas han sido conquistados, su moneda se convertía, poco a poco, en lo que nuestra moneda es para nosotros. A medida







que un número creciente de objetos (alfarería, armas, etc.), se convertían en mercancías intercambiables, el objeto precioso entre todos, la moneda familiar, se imponía como mercancía universal: se comenzó por adquirir un hacha, por ejemplo, no ya trocándola por cacharros, sino pagándola con cierta longitud de ristra de moneda. Allí, aun un fenómeno de carácter indeciso, por la presión de la vida real, tomaba un aspecto cada vez más preciso y, de más en más, estrecho.

3.º Al este de Nueva Guinea, y en los archipiélagos vecinos, pueblos próximos, por la raza, a los canacas, han realizado inmensos progresos en la agricultura, la pesca y la industria. Los jefes se enriquecen, aumentan sus posesiones y su poder; las tribus se especializan en la producción de determinados objetos, en la cultura de tales plantas. Entonces se ve aparecer un fenómeno, que subsiste aun actualmente en aquellas regiones y es, lo que los indígenas denominan el *Koula*. El *Koula* es un inmenso circuito marítimo, que abarca una multitud de islas y de archipiélagos del este de Nueva Guinea: navegan de una isla a otra, a menudo a través de centenares de millas marinas, al mando de los grandes jefes. Su objetivo es doble: Primero, llevar a los extranjeros objetos, siempre los mismos, y que ellos recibieron antes, que transmitirán y darán la vuelta al circuito; estos objetos, brazaletes y collares de conchas, viajan siempre en el mismo sentido; nadie se los guarda y es un deber el transmitirlos. Cualquiera que haya recibido, de otro, uno de estos collares o pulseras, está ligado a él de por vida: «Una vez en el *Koula*, siempre en

el *Koula*», dice un proverbio indígena. Segundo, cambiar los productos agrícolas, cacharros, etc., según la especialidad de cada tribu.

En resumen: un elemento de alianza internacional, mantenida por la ronda incesante de dos objetos tradicionales, por todo el contorno del vasto círculo del *Koula*; un elemento de comercio, propiamente dicho. El segundo, es bien evidente, no es posible más que por el primero; la expansión económica de los pueblos en aumento, no ha podido abrirse paso más que elaborando este vivero, infinitamente complejo, de costumbres, tradiciones y alianzas.

4.º El pasaje a un estado superior no se efectuará sin violencia. Arrastrados por sus jefes a la conquista, los clanes y las tribus van a sojuzgar otras; al mismo tiempo que la primera gran opresión de clase, la explotación de los vencidos, va a resultar un poderoso motor de progreso económico. Esto ya no es en Oceanía, es en la América de antes de Colón, entre los aztecas y los incas, donde surgieron otras formas de civilización, caracterizadas por una innovación que pesará cada vez más sobre la vida social: la fundación de un Estado.

**Jacques Soustelle**



(Dibujos de los pobladores de Nueva Caledonia.)



# La emancipación de la mujer en el Oriente soviético

**L**A emancipación de la masa femenina en el Este es uno de los problemas fundamentales que se plantean el Gobierno y el pueblo soviéticos desde los primeros días de la soviétización de los países orientales colindantes. El problema de la reconstrucción fundamental, económica, política y cultural del Este soviético, tropieza con muchos obstáculos serios, en primer lugar, con todo un sistema de costumbres de vida anticuadas y con un enorme retraso cultural, resultante del atraso económico. Uno de los vestigios más reaccionarios y vergonzosos del pasado es la esclavitud de la mujer oriental. El complicado sistema de las costumbres antiguas, basado principalmente en la legislación civil islamita (*shariat*) y en la ley común heredada del régimen patriarcal del clan, complicó toda la vida pública, familiar e individual de las naciones del Este soviético, y obstruyó el camino hacia la revolución cultural, hacia una reforma de orden económico y hacia la participación de las masas en la obra de construcción socialista.

La enorme masa femenina, a causa de los prejuicios sociales y religiosos, se hallaba prácticamente al margen de la vida pública, excluida de participar en la construcción de una nueva vida y de la posibilidad de obtener cultura y conocimientos.

Tal era el estado de cosas en casi todo el Este, con algunas pequeñas variaciones en algún que otro aspecto.

En cualquier parte del Este encontramos a la mujer humillada, soportando grandes deberes y sin poseer ningún derecho, en un estado de aislamiento y opresión, ignorancia extrema y retraso como resultado inevitable de tal estado de cosas. Las masas orientales campesinas, y en particular las tribus nómadas y seminómadas, se hallaban a un nivel mucho más inferior de desarrollo económico y cultural que el campesino ruso de la región más remota, y la masa femenina formaba el sector más ignorante y menos desarrolla-

do de la población de aquellos países orientales colindantes. Siglos de aislamiento y de ilegalidad habían moldeado perniciosamente la psicología de la mujer oriental, su nivel cultural e intelectual, su conciencia. La mujer oriental estaba acostumbrada a mirar a su padre, esposo, hermano o hijo como a una criatura de raza superior, destinada por Dios a ser su dueño y señor. La política, la vida pública, el trabajo intelectual —todo esto— constituía el monopolio del hombre, una esfera más elevada inaccesible para la mujer.

Por eso, desde los primeros días de la institución del nuevo orden, creado por la revolución, el pueblo del Este era naturalmente incapaz de comprender cómo era posible que la mujer participara en la administración, en la enseñanza, etcétera, y hasta tomara parte en los mítines. Ni la mayoría de las mujeres trabajadoras podían comprenderlo en un principio. La revolución femenina en el Este empezó más tarde.

Examinemos, aunque sea esquemáticamente, aquellos vestigios esenciales del pasado, cuyo conjunto determinó el estado de la mujer oriental y para cuyo desarraigo el Gobierno soviético ha tenido que sostener una lucha tenaz desde los primeros días de su existencia.

1) *Posición y participación de la mujer en la vida económica.*—En la agricultura de la mayoría de los países orientales la mujer efectúa la mayor parte del trabajo. En las aldeas de la montaña del norte del Cáucaso y el Transcáucaso, en las regiones nómadas y seminómadas de Turkmenia, Kazakstan, Buriato-Mongolia, el trabajo de la mujer juega el papel principal. En la época de siembra y durante la recolección, son mujeres principalmente las que se ven en el campo, desde niñas de diez años hasta viejas de sesenta. Las mujeres trabajaban en el campo, cuidaban el ganado, cosían para la familia y trabajaban en las industrias domésticas. La fabricación de capas de paño, alfombras y



telas, tan extendida en el Cáucaso, está hecha exclusivamente por manos femeninas. En el extremo Norte, Yakut, Tunguz, Koriak, Chukcha, etc., ellas hacen bordados complicados sobre trajes de pieles y zapatos. Por último, los artículos más famosos son los de fabricación doméstica de las mujeres nómadas del Asia Central: alfombras de todas clases. Las famosas alfombras de Pendin y Tekin, que han ganado fama merecida fuera de los límites de la Unión Soviética, deben su renombre al trabajo delicado y costoso y a la gran habilidad artística de la mujer turcomana. Al mismo tiempo, los hombres apenas tenían deberes económicos. Hasta hace poco, en las aldeas de Daghestan, Chechnia, Azerbaidian, se veía con frecuencia a los hombres descansando tranquilamente en el pueblo, cerca de las mezquitas y los patios, en la época de más trabajo, mientras las mujeres se agitaban como hormigas en la tierra durante todo el día, bajo el sol ardiente; al oscurecer, llevaban la cosecha a la espalda por escarpados caminos de la montaña. Este hecho es evidentemente un vestigio del orden patriarcal del clan, cuando el deber principal y honroso de hacer la guerra y defender el clan de las invasiones y ataques de otras tribus y familias incumbía al hombre, y la labor económica, a la mujer.

Mientras efectuaba trabajos enormes, algunas veces superiores a la resistencia de la constitución femenina, la campesina oriental no solamente no disfrutaba de ningún privilegio, resultante de aquellos trabajos, sino que también se veía privada del derecho al producto de su labor. El hombre era el dueño de la propiedad, de la tierra, del ganado, del agua, de toda la hacienda. La mujer era, en efecto, como aquellos bienes, propiedad de su esposo. El divorcio, por iniciativa de la mujer, era imposible en Oriente. El esposo, por el contrario, podía devolver a su esposa en cualquier momento y ésta tenía que volver a casa de sus padres o permanecer en un penoso estado, sin ninguna seguridad. La participación de la mujer en la herencia era despreciable, comparada con la participación legal del hombre. En la comuna del clan, en algunas regiones, por ejemplo en Turkmenia, la mujer no podía ser miembro de la comuna.

Así las condiciones económicas de la mujer eran muy duras en todo el Este; esta circunstancia jugaba un papel importante en el mantenimiento y consolidación de la opresión social y en el atraso cultural de las masas femeninas. Y por último, un trabajo duro en condiciones sanitarias e higiénicas imposibles, la ausencia completa de la asistencia médica y de las costumbres higiénicas elementales, la fuerza de la superstición y de los prejuicios destruían radicalmente la salud de la mujer oriental, conduciendo a una mortalidad enorme de mujeres y niños en casi todo el Este y a la vejez prematura de la mujer.

2) *Aislamiento*. — La mujer muslim, como se sabe, tenía que estar rigurosamente separada del hombre, según las prescripciones del Korán y del *shariat*. De aquí que existe en los hogares musulmes, tanto en los ricos como en los más modestos, un departamento femenino especial, denominado de modo diferente en las distintas regiones: harén, enderun, ichkari, etc. No vamos a describir con detalle el aislamiento de la mujer, del que ya se ha escrito mucho en obras científicas, en artículos y ensayos de revistas. Sólo indicaremos que ese aislamiento obstruye completamente el camino hacia un desarrollo libre, social y cultural de la masa femenina. Por eso, es natural que una de las primeras tareas de la soviétización de las repúblicas y regiones orientales fuera una enérgica lucha contra este vestigio.

Una de las formas más típicas de aislamiento es el velo de la mujer muslim. La mujer adulta, que había llegado a la pubertad, sólo podía aparecer en compañía del hombre con la cara velada.

Las formas más frecuentes de velo en el Este soviético son las llamadas *chadra* y *parandja*. La *chadra* suele usarla la mujer turcomana del Azerbaidjan, Adjaristan, Sur Daghestan, etc. Es un velo largo y ancho que se echa sobre la cabeza y cuyo extremo inferior cubre la cara hasta los ojos. El *parandja*, usado por las mujeres de Uzbekistan y de las llanuras de Tadjikistan, es aún mucho más horrible y repulsivo. La cara de la mujer va cubierta por una red de pelo negro, que no tiene siquiera orificios para los ojos, y sobre la red cae otro velo negro. Una mujer embo-



zada en una *parandja* semeja un espectro que contrasta con los bazares y las plazas soleadas de Tashkent o Bukhara. Además de despertar un sentimiento de opresión moral, el velo también perjudica considerablemente a la salud de la mujer, puesto que afecta a la vista, impide la respiración, obstruye los poros de la piel, etc.

Sin embargo, el velo no es característico de todo el Este soviético ni de toda la parte muslim. Es desconocido por la mujer del Cáucaso Norte y de Dahgestan y por la mujer tártara del Volga, Kazak y Turkmenia. En general, la mujer de las tribus nómadas, que está mucho menos influenciada por el dogma del Islam y por el clero, es un poco más libre que la mujer de las regiones sedentarias, y en particular, de las viejas ciudades de Bukhara, Samarkanda, Bakú, Tashkent, Derbent, etc.

En la mayoría de las regiones donde no existe el velo, existen otros atributos tradicionales de la indumentaria femenina, que también son antihigiénicos y perjudiciales para la salud. En los pueblos de las montañas del Cáucaso, la mujer lleva siempre en sociedad una especie de chal, y ni en el tiempo más frío se pone encima otro abrigo. La mujer turcomana usa un gorro cilíndrico, alto, muy pesado, adornado con monedas y cascabeles y cubierto de un chal, con cuyo extremo la mujer cubre su boca en presencia del hombre como señal de obediencia y humildad. La mujer turcomana lleva durante todo el día este pesado sombrero, y no se lo quita ni durante el sueño. La mujer de Kalmuk usa una especie de justillo tradicional, que impide el desarrollo normal del pecho y de los pulmones.

Todas estas peculiaridades de atavío femenino son el resultado del aislamiento, consagrado por la tradición religiosa y social.

3) *El kalyim*.—El *kalyim*, esto es, el rescate por la esposa, unida indisolublemente al matrimonio en casi todo el Este, es uno de los vestigios del pasado más reaccionarios, más dañinos y al mismo tiempo más intensos. Aunque el *kalyim* es peculiar del matrimonio muslim y de las normas de la legislación civil (*shariat*), lo encontramos no sólo en este país, sino también en otras naciones del Este soviético, por ejemplo, en los buriato-mongoles, kalmucks, etc. Esta costumbre se

halla evidentemente arraigada en las leyes y en el modo de vivir de las tribus nómadas.

El *kalyim* se basa, sin duda, en condiciones puramente económicas. La gran participación del trabajo femenino en la vida económica del Este —aunque la población masculina sobrepasa notablemente en número a la femenina— eleva los precios de la mujer, a quien se considera en el pueblo oriental como energía necesaria para el trabajo. Además, en varias regiones donde los vestigios del orden patriarcal del clan se han mantenido en un grado mayor que en otros lugares, la ley común del clan ha jugado también un gran papel en la consolidación de la costumbre del *kalyim* y en la subida de precios de la mujer. Así, en Turkmenia, por ejemplo, donde solamente el hombre casado, el perpetuador de la familia, podía pertenecer a la comuna del clan (*sanahik*), todo turcomano se decidía a casarse tan pronto como podía. Por eso encontramos allí, en particular, un gran arraigo del *kalyim*.

En muchas regiones del Este soviético se daban casos de especulación con la mujer. El esposo que tomaba a su mujer en una región, la vendía más tarde en otro lugar donde los precios eran más elevados. Los turcomanos-yomuds, nómadas que habitan cerca de la frontera persa, traen con frecuencia a sus esposas de Persia después de haber pagado por ellas un *kalyim* relativamente pequeño, o simplemente, habiéndolas raptado durante sus viajes a la población persa sedentaria.

No eran infrecuentes los casos de pobres campesinos que no podían pagar un gran *kalyim* por su esposa, teniendo que trabajar durante varios días, sin jornal, para su suegro acomodado. Así el *kalyim* significaba, en efecto, la venta del trabajo, más la venta del cuerpo de la mujer; en otras palabras, el verdadero comercio de esclavos y la prostitución. Se comprende por qué el Gobierno soviético llevó a cabo una lucha enérgica contra el *kalyim* y dió a esta lucha un significado político.

4) *Poligamia*.—Además del *kalyim*, la esclavitud de la mujer oriental era determinada también por la poligamia. Últimamente, la poligamia, que antes prevalecía en todo el Este muslim, según la prescripción del Korán, empezó a desapa-



recer gradualmente bajo la influencia de los cambios económicos y políticos, aun en los países extranjeros de Oriente. Respecto al Este soviético, existe más bien la bigamia, pues eran raros los casos de un hombre que tuviera cuatro y ni aun tres esposas. En la mayoría de los casos la poligamia prevalecía entre los campesinos mejor acomodados, debido a la gran necesidad del trabajo de la mujer, del que ya hemos hablado, entre las clases de comerciantes ricos de la ciudad y entre el clero muslim. Las clases pobres (*mullahs* y *shins*), lo mismo en la ciudad que en el campo, no tenían necesidad económica de esto. Además ocurría con frecuencia, particularmente en el Cáucaso Norte y en Azerbaidjan, que un campesino, al salir de su pueblo para hacer algún negocio en la ciudad, dejaba a su mujer en casa para que cuidara la hacienda y se casaba en la ciudad por segunda vez, sin romper la unión con su primera mujer, a quien visitaba de vez en cuando.

No hay que decir que la poligamia, basada en el principio de tratar a la mujer como una criatura inferior y despreciable, era inadmisibles para la nueva vida que empezaba a vivir el Este soviético.

5) *Matrimonio prematuro*.—Puesto que la pubertad tiene lugar más pronto en el Este, así como en los países del Sur, que en el Norte o en la zona moderada, allí se contrae matrimonio, naturalmente, a una edad mucho más temprana que en otros sitios. Se suelen casar las niñas de doce años y algunas veces de diez y hasta de ocho, es decir, aun antes de llegar a la pubertad. Esta costumbre iba estrechamente unida al *kalyim*; los padres trataban de vender a sus hijas más pronto y más provechosamente. Muchas veces estas muchachitas se casaban con hombres de edad, y hasta con hombres viejos, por la tentación de un gran *kalyim*.

Esta costumbre de casar a las muchachas menores de edad contribuye al aumento de enfermedades ginecológicas, tan extendidas en el Este. Eleva el porcentaje de la mortalidad infantil y de la mujer, origina frecuentes enfermedades sexuales nerviosas y conduce a la vejez prematura, tan característica de la mujer oriental.

Tales son los principales vestigios sociales que se han encontrado durante la soviétización de los países orientales co-

lindantes. La transformación de las primeras colonias de la Rusia zarista en Repúblicas socialistas soviéticas independientes requería, en primer lugar, un trabajo enorme para obtener el desarrollo cultural de las masas trabajadoras y para la reforma del orden social y público.

Uno de los problemas fundamentales que había que resolver era, naturalmente, la emancipación de la mujer; por tanto, una de las primeras medidas del Gobierno soviético fué igualar completamente los derechos del hombre y la mujer. Esta medida significó un progreso enorme y fué un poderoso impulso para la mujer, oprimida y exenta de derechos. Habiendo encontrado ayuda en el nuevo Poder, la mujer empezó a darse cuenta rápidamente de su estado secular de esclavitud, de su carencia de derechos, y aspiró ávidamente a la nueva existencia libre. La parte del trabajo de la mujer en la vida económica de Oriente, de la que ya hemos hablado antes, tuvo en este caso una cierta influencia positiva. En el curso del tiempo, a pesar de la humillación, la mujer trabajadora del Este empezó a desarrollar energía, tesón y actividad. El cambio de las condiciones políticas y la ayuda activa del Gobierno soviético, abrió un campo a su actividad. Venciendo la furiosa resistencia de las fuerzas nacionales reaccionarias: los *kulaks*, el clero, los jefes de las tribus; contra la voluntad de sus esposos y de sus parientes, la mujer que venía de la soledad de las montañas, de los desiertos y de las estepas empezó a luchar por su emancipación.

En realidad no sería cierto afirmar que esto se refiere a toda la masa femenina. La fuerza de la tradición y los prejuicios era demasiado grande; estos prejuicios no se han vencido definitivamente hasta el presente; por eso un número considerable de mujeres —oprimidas, ignorantes y humildes— permanecieron al margen del movimiento. Pero hay que decir también que dicho movimiento se elevó y tomó forma; que cada año aumenta, se fortifica y atrae nuevos secuaces, y que la parte mejor, la más activa y progresiva de la población, principalmente la juventud femenina, se adhiere a él con entusiasmo.

**E. Steinberg**

(Continuará.)



# Panorama sexual

**L**a civilización, bajo un régimen en que el dinero es poder y el afán de lucro un poderoso móvil de acción, ha desfigurado, mutilado y corrompido la naturaleza del hombre.

Por una parte, ya desde niños, en cuanto las influencias sociales pueden llegar al pequeño ser, sobreviene una ciega coerción, brusca y brutal, de múltiples tendencias, en bloque, lo mismo buenas que malas. Inhibición que causa los primeros y a veces graves conflictos morales capaces de repercutir durante toda la vida.

El contacto social hace eso lo primero de todo: reprimir, rechazar, amontonar obstáculos al curso natural de las tendencias humanas que se han calificado de inconvenientes.

El pensamiento ajeno entra en el individual con el nombre de censura, conciencia, justicia, y otros simbólicos en las religiones. El individuo tiene que pelear a ciegas con sus apetitos profundamente fijados por herencia.

Pero este mismo régimen social que se opone a la obra del instinto, sembrando neurosis, hipocresía, timidez, caracteres amorfos, borrosos y huraños, excita y cultiva por otro lado los apetitos cuya exaltación envilecida y explotada puede lucrar al capitalista. Así, con manejo criminal, desgarrar lo que debió estar profundamente unido: el apetito de su fin; se ríe del instinto, lo desconoce cuando lo ha desfigurado por impedirle evolucionar normalmente, o cuando le conviene negarlo con gazmoñería hipócrita en nombre de una religión y una moral de trampa.

El hombre normal siente una profunda necesidad de amor normal. Cuando esta necesidad se satisface plenamente, el instinto satisfecho y en plenitud, la vital tendencia cumplida, no tienen algaradas espectaculares, pasan silenciosos, aunque imprimiendo poderosa huella en el carácter del individuo. Sólo cuando la necesidad persiste sin cubrir, las agitaciones que se producen, las alteraciones de la salud moral o física revelan el poder del instinto en el hombre.

Cuando el hombre no satisface, por lo que sea, su natural necesidad de amor, cuando sus tendencias afectivas padecen en este sentido, otras surgen poderosas, como por compensación, y aparecen los grandes ambiciosos de dinero, de gloria, de honores. O por otro rudo padecimiento afectivo, en alma precozmente vibrante, de intensa radiación emotiva, la historia de los hombres, que, conocedores durante su infancia de la miseria familiar, encierran luego en un odio vengativo a la sociedad entera, laborando por el advenimiento de otro régimen en que no quepan tamañas injusticias. Tal ha sido Rizal, y así han sido otros famosos líderes.

Las condiciones actuales de la existencia violentan y desvían la marcha natural de las cosas humanas. El hombre en estado salvaje busca compañera en cuanto alcanza la pubertad, siguiendo las normas que la Naturaleza le insinúa por medio del instinto. El hombre civilizado encuentra múltiples razones seriamente económicas o de otra categoría para retrasar una y otra vez la perfecta unión amorosa, si es que llega a realizarla alguna vez, ya que ella es mucho más que un apareamiento corriente. Muchos mueren sin haber gustado las altruistas mieles de la ternura, sin haber alcanzado la plena evolución instintiva, a pesar de haber realizado múltiples contactos sexuales.

Ocurre así por muchas razones. Una de ellas, porque ya el amor normal y perfecto desde el punto de vista psicofisiológico no es frecuente, pues su evolución es alterada, entorpecida, cuando no impedida por completo. La filogenia del amor normal nos lo muestra con hermosas irradiaciones en todas las actividades del individuo: los sentimientos de simpatía, de deber, la altruización instintiva en plena «emoción amorosa». Sentimientos que en el hombre aparecen ahora ya, extendidos más allá de la familia, socializándose, perfectamente separados del impulso puramente erótico, pero cuya unión es necesaria para constituir el perfecto amor.

Por eso un «platonismo», por muy entusiasta que sea, no alcanzará la catego-



ría amorosa, como no la tiene un mero ayuntamiento carnal, realizado sólo por placer propio, lo que a lo sumo revela un instinto detenido en su evolución, algo más adelantado que el autoerotismo de los primeros años de la vida.

Ha degenerado el amor por el desmesurado cultivo del egoísmo. Cultivando vilmente el erotismo humano, el masculino sobre todo, excitándolo artificialmente, manteniéndole en la vibración constante y necesaria para lucrar a quienes explotan este excesivo entrenamiento.

Se acumula capital hasta con lo más profundamente grabado en la misma sustancia del individuo...

No importa el número ni la calidad de los sacrificados. Para satisfacer la corrupción se ha reclutado un ejército de mujeres, sabiamente adiestradas en todas las ficciones, capaces de sobreexcitar el apetito normal y llevarlo a los dominios de la patología. Ellas realizan las uniones que, por pagadas, no pueden ser morales. Ellas están al margen de la sociedad que finge asustarse de su presencia cuando sabe que las ha creado a su imagen y semejanza.

Semejante cultivo extenuador y repugnante es favorecido por las artes decorativas, creadoras de muebles y decoraciones de belleza enfermiza; un pseudo arte y un aluvión de literatura pseudocientífica casi siempre con el pretexto de mentirosa preocupación, ha contribuido a desarrollar una pornografía «académica» tan reveladora y perjudicial como el tosco espíritu pornográfico de los ignorantes.

Con ello se aumenta en grado repulsivo la jactancia sexual del hombre; se intensifican los contagios a pesar de las obligadas visitas a los Dispensarios y de la vulgarización de las medidas profilácticas; se consume alcohol, con uno u otro nombre; y como si esta degeneración moral y física no fuera bastante para hacer ver a cuantos arden en la hoguera de los «instintos sociales» el triste camino que la Humanidad sigue, la ignorancia viene a terminar la obra, realizándose la procreación a ciegas, sin pesar antes las circunstancias que van a rodear al nuevo ser, sin seleccionarse las conjugaciones, como si la reproducción humana interesara menos que la de cualquier ganadería.

El homosexualismo se consiente y se celebra. El anuncio de las reuniones de

homosexuales se lee en grandes rotativos europeos... Se les deja estar, lo que seguramente es más cómodo que tratar a esos desgraciados, como anormales que son...

Como si se ignorase la pauta dada por Steinach, Lichnstern, Godale y otros biólogos, para la posible modificación de los invertidos...

Tal es el panorama cierto que ofrecen ahora estas importantísimas cuestiones. El tiempo viejo ha cerrado para ellas ojos y oídos; así no verá ni podrá oír las víctimas, los dedos acusadores, los llantos y estremecimientos.

Pero otros tiempos vienen a reconocer la trascendencia social de muchas cosas descuidadas o pervertidas. Tiempos nuevos que encauzarán, con normas de pureza, los instintos hacia su objeto normal, y les permitirán su sana evolución. A ello se llega sólo por sendas austeras, sencillas, únicas capaces de liberarnos de tanto dolor a cuantos lo sentimos, a cuantos lo palpamos en la carne viva de los caídos.

Del esfuerzo de todos ha de salir el prestigio, la importancia social que las cosas merecen: tal la unión de dos seres, que no es sólo un acto físico, una sucesión de reflejos nerviosos, sino que ha de ser una colaboración consciente y seria en la obra instintiva humana; tal los sentimientos de simpatía que deben alcanzar a todos los hombres del mundo y socializarse más y más hasta abatir todos los límites.

### Amparo Poch y Gascón





# La organización del mundo

**E**STAMOS actualmente en pleno caos feudal. La producción se realiza al azar, según los impulsos desordenados de algunos magnates del dinero. Las costumbres han quedado inmobilizadas en los tiempos de las diligencias y el régimen político quedó estancado en el plan parlamentario de 1848.

La sociedad moderna dispone de medios infinitamente poderosos para procurarse los bienes que cada uno de sus miembros pudiera desear, y se debate en el seno de crisis terribles ocasionadas por la falta de coordinación de los esfuerzos individuales.

A semejanza de un animal privado del sistema nervioso regulador, vacila, y su marcha continúa a sacudidas, progreso y retroceso, desordenadas y contradictorias.

Algunos de sus componentes, aquellos que acuden con mayor actividad a la elaboración de los productos de consumo, sufren la falta de los elementos indispensables para mantener su vida, mientras que otros, menos útiles, están en un estado pletórico, que entraña para ellos la repulsión por el esfuerzo, que, sin embargo, es necesario para alcanzar el tono vital conveniente.

Siglo y medio de un régimen de libre concurrencia nos han llevado a este punto de desorden. Es cierto que este régimen permite grandes progresos al libertar a los productores de las estrechas reglas impuestas por las corporaciones medievales, pero a cada época conviene un régimen particular. No se puede tratar al adolescente como al niño, ni al hombre como al adolescente.

La sociedad contemporánea está en plena crisis de desarrollo. Le ha faltado una firme dirección en sus comienzos y, después, la licencia indispensable a la juventud para aprender a conocer sus propios límites. En la actualidad alcanza personalidad de adulto y su fuerza es demasiado grande, sus conocimientos excesivamente extensos, para que tolere por más tiempo las contradicciones internas. Los conflictos de tendencias, que no son más que juegos al principio de la vida, se convierten en causas de molestia, que llegan

hasta poner en peligro la existencia del individuo si persisten en el hombre.

Esto puede ser una ley orgánica que todo ser viviente experimenta en el transcurso de su desarrollo; un período de desequilibrio y de contradicciones. Actualmente ha pasado el tiempo de las locuras, para la civilización occidental, y toda prolongación de la época inestable que vivimos entrañaría el riesgo, constantemente acrecentado, del hundimiento del edificio todo.

Lo más pronto posible hay que arrancar de las manos de los particulares irresponsables las palancas de la dirección del mundo, ya que las empuñan por pura casualidad. No se pueden dejar por más tiempo en manos infantiles, inconscientes de las consecuencias de sus actos, las gigantescas armas que poseemos actualmente.

En un siglo, la técnica nos ha dotado de potentes medios de acción en el mundo. A menudo se admira, justamente, la extensión de nuestros conocimientos y la fecundidad de las aplicaciones que ellos tienen, pero nada significa disponer de omnipotentes instrumentos si no se emplean en satisfacer la mayor dicha del hombre.

Ciertamente que no se ha comprendido nada de la evolución general de la especie; se llegó a proclamar que la ciencia y el maquinismo producido se oponen a la dicha humana, por su misma naturaleza, y esto es un gran desconocimiento de la vida y sus manifestaciones. ¡Los desgraciados se quejan de su riqueza y acusan al oro de todos sus males! Pero los medios jamás sirven más que para el uso a que fueron destinados, y es verdaderamente absurdo apoderarse del útil si no se sabe aprovecharlo. Estos civilizados que lamentan su impotencia pasada hacen pensar inevitablemente en un deportista triunfador que dijera: «¡Dichosos los baldados, porque nunca hacen mal uso de sus piernas!»

El desarrollo del maquinismo y de la industria pertenece a la evolución natural de la especie humana. Georges Valois



ha demostrado, categóricamente, que las máquinas son los órganos de la especie, transmisibles más allá del individuo y su generación. Es, pues, un error muy grande querer separar lo económico de lo biológico. La economía sólo toma su amplio sentido cuando se aplica a las tendencias fundamentales de la vida. Así como la psicología no se comprende más que cuando se la considera sin perder de vista el substrato psíquico-químico, que la condiciona, igualmente la economía no es inteligible si no se la sitúa a suficiente altura para que pueda abarcar el conjunto de las manifestaciones de vida de la especie, de la que constituye una de las ramas.

La tendencia fundamental de la vida, a asimilar el medio exterior, ha conducido al hombre a proporcionarse órganos inertes, prolongando sus propios órganos, para influir más eficazmente en aquel medio. Pero, la evolución de la especie no es reversible, las tendencias profundas son invariables y, que nos gusten o no, hay que vivir con las máquinas y utilizarlas en beneficio de nuestros intereses.

La ciencia y la técnica han marchado con tal rapidez que hay pocos problemas industriales que no estén en condiciones de resolver, si verdaderamente se desea solucionarlos.

Hoy se puede, técnicamente, distribuir la energía a un precio ridículamente exiguo, satisfacer todas las necesidades de consumo en artículos manufacturados, rebajar muchas veces los precios de los productos agrícolas, asegurar gratuitamente a todos los ciudadanos contra los riesgos de la vida moderna y disminuir a la mitad el número de horas de trabajo. Técnicamente se puede, pero el régimen social se opone a ello de una manera absoluta.

En efecto, el régimen capitalista está en condiciones de satisfacer un mercado de consumo casi ilimitado, mientras que la mayoría de los consumidores no disponen más que de un poder adquisitivo extremadamente reducido; porque los ingresos de estos consumidores se componen únicamente de sus salarios, limitados por la «ley implacable» de la remuneración del trabajo, a poco más del *mínimum* indispensable para los gastos de mantenimiento del individuo.

La base económica, sobre la que se apo-

yan todas las otras, se presenta, pues, hoy, con un aspecto caótico, del que no puede salir espontáneamente ningún estado de equilibrio orgánico, puesto que los principios mismos en que se funda conducen a crisis, que se agravan incesantemente. Hay que organizar el mundo económico modificando sus bases; es necesario que el hombre produzca para el consumo del productor o que deje de producir.

Los dominios tecnicocientíficos están, igualmente, entregados a la peor suerte. Los créditos se desparraman por laboratorios nacidos a la influencia de teorías pedagógicas anticuadas o al amparo de la caridad individual. Nada de organización general, nada de plan de trabajo; y si hay un dominio en el que el individuo aislado nada puede, en el que la coordinación minuciosa de esfuerzos es fructuosa, es precisamente el de la ciencia y la técnica. Los progresos en este aspecto son inauditos, pero se les puede considerar despreciables en relación con lo que serán en un mundo en que los investigadores estén seleccionados y alentados, en el que cada uno de ellos podrá contar con la colaboración del vecino y con el completo apoyo de la sociedad. No podemos ni aun llegar a imaginar lo que puede dar el planteo sistemático de las diferentes ramas de la Ciencia.

El dominio político no está entregado a la casualidad, pero sí a la demagogia verbal. Sus especialistas no toman la actitud de técnicos, que se aplican a problemas y revelan su competencia, y se presentan como doctores, cuyo objeto es apaciguar las reivindicaciones populares, con la avalancha suavizadora de las palabras huecas. El Estado moderno ignora aún el desarrollo industrial, los intercambios acelerados, la ciencia, la técnica, que hacen estallar los estrechos moldes del derecho romano con las nuevas costumbres. Las leyes yuxtapuestas, superpuestas, contradictorias, no se modifican. Los magistrados aplican edictos muertos y los jurados formulan veredictos absurdos para escapar al aparato jurídico de otros tiempos. La administración aún sostiene al Estado vacilante, pero los funcionarios no creen ya en su papel social. El Estado moderno no puede nacer de modificaciones aportadas a las instituciones que se descomponen.



El dominio de las costumbres —el que nos toca más íntimamente— está en plena evolución; sin embargo, ésta se estrella contra las tradiciones de la Edad Media de la Iglesia y en las leyes republicanas que de aquéllas se derivan. El amor es aún pecado, y la carne, el manantial de todas las corrupciones; no obstante, las gentes se aman y la rehabilitación del músculo prosigue con paso firme. Solamente que la sífilis, la tuberculosis y los abortos clandestinos matan cada año algunos millones de personas civilizadas en la tierra. La bárbara alianza de las leyes romanas, tradiciones burguesas y religiones, está en conflicto permanente con las leyes naturales, que la ciencia hace surgir hasta la evidencia. Y las víctimas caen por la seguridad de las instituciones, que están en absoluta contradicción con los hechos.

El deber de los que piensan aún —a pe-

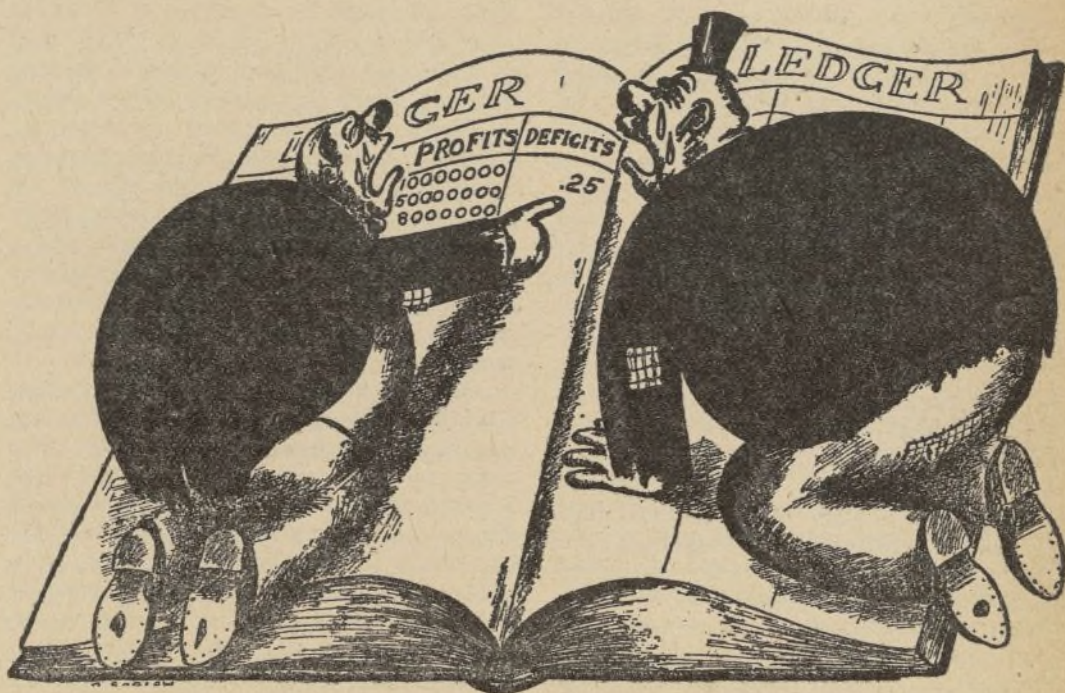
sar del embrutecimiento de una prensa preocupada solamente en justificar los fines del régimen— está ya bien trazado: hay que organizar el mundo contemporáneo, en plena ebullición de ideas y creaciones, y dejar derrumbarse al mundo antiguo en polvo.

El hombre, que comienza a situarse en su verdadero sitio en el Universo, se da cuenta de su naturaleza íntima. Las explicaciones mitológicas de la infancia ya no se acomodan a su madurez.

Las morales antiguas han conducido a sociedades fundadas para los dioses y no para nosotros. Estas sociedades, que la fe abandona, no son ya defendidas hoy por las creencias, sino por los intereses.

Ya no nos falta más que empuñar la paleta y construir, al fin, la ciudad del Hombre, la nuestra.

**M. C.**



*¡Ya no hay hombres ricos en América....*  
Ayuntamiento de Madrid



## Miguel Bakunin: Carta a su familia

En nuestra época no se debilita el interés despertado por el conocimiento de las figuras de los grandes revolucionarios del siglo pasado, sin duda alguna, por la insuficiencia demostrada por los contemporáneos, frente a los problemas de la revolución social en marcha. Cada día es mayor el afán y el interés despertado por el conocimiento de la vida de estos seres extraordinarios, tales como Miguel Bakunin, cuya personalidad apasionante la singulariza, prestándole también, aunque retrospectivamente, más acusados perfiles interesantes, su lucha contra Carlos Marx, en las sesiones de la Primera Internacional. La Revolución rusa, al abrir los archivos del antiguo régimen, ha enriquecido sensiblemente la documentación relativa al autor del Catecismo revolucionario. Entre los Materiales para la biografía de M. Bakunin, publicados por V. P. Polonsky, en Moscú, encontramos esta carta, que contribuye al esclarecimiento de la mentalidad de Bakunin y, por consecuencia, fija con más firmes caracteres la incompatibilidad psicológica e intelectual entre Carlos Marx y él. Aun después de su primera estancia en la Europa occidental y de su participación en las revoluciones de 1848-1849, Bakunin es siempre, por su espíritu, un aristócrata labrador, y su anarquismo está fuertemente grabado de este mismo origen. Las disputas entre Marx y Bakunin, son impenetrables para los que hacen abstracción del sentido histórico del anarquismo ruso campesino en contraposición con el comunismo científico occidental. El documento humanísimo que publicamos a continuación permite la cabal comprensión de la significación de uno y otro. Al leer la Carta a su familia, no se han de olvidar las circunstancias y sucesos que rodeaban a Bakunin: después de haber tomado parte en las insurrecciones de Praga y Dresden, fué condenado a muerte en Chemnitz, en 1850, y libertado en Austria, trasladado a Praga; después, apresado y encadenado a la pared de la cárcel de Olmütz; condenado a muerte de nuevo y libertado en Rusia, encerrado en uno de los calabozos de la fortaleza de Pedro y Pablo, donde pasó tres años, antes de ser enclaustrado en Schlüsselbourg, en 1854, después, deportado a la Siberia, en 1857. La Carta a su familia no lleva fecha, pero se puede considerar escrita a fines de 1852 ó principios del 1853.

**M**is queridos hermanos: Vosotros no sabéis el bien que me proporcionan vuestras cartas; me comunican el calor de vuestro cariño y me reaniman y confortan. ¡Pobre, Nicolás, mi pobre Ana! Hermano querido, yo no podré consolarte; contra la muerte no existe ningún remedio ni es posible que las palabras puedan proporcionar consuelo alguno: la fe... la esperanza..., pero sobre todo, es más seguro y ofrece más seguridades que nada, el amor, el amor de los que viven, que se agiganta cada vez que acudimos a él; el tiempo debilita el recuerdo de nuestras desgracias, pero no las borra, y por lo tanto el consuelo que nos proporciona el discurrir de los años es un consuelo falso que en nada disminuye la magnitud de la desgracia para hacerla más llevadera. Pero el amor, nos envuelve, cubre y sostiene; nos revela un nuevo objetivo, un nuevo campo de acción, comunicándonos el deseo de seguir viviendo; pues nos prueba que somos necesarios para muchos seres, que somos el sostén de nuestra fa-

milia. Tú, hermano mío, eres libre, fuerte; tú puedes ser útil trabajando y por ello estoy tranquilo respecto a ti. Puedes creer con toda seguridad que yo daría voluntariamente mi vida inútil si pudiera rescatar con ella la vida de tus hijos. Quiere con más fuerza y cariño a Ana. En la vida, como en la guerra, se pierden muchos compañeros de armas, pero las filas se han de hacer más compactas y mantenerse con firmeza en ellas, sin dejarse acobardar por las balas enemigas.

Ahora, me dirijo a ti, nueva hermana querida, y empiezo, sin preámbulos, por estrecharos y abrazaros con toda el alma, como un nuevo hermano y amigo. Lisa querida, has entrado a formar parte de una familia que no es rica ni brillante, pero en la cual, como revancha, reina, como ya habréis visto, un apretado amor indisoluble, ardiente y sincero; y con este tesoro creo que podréis ser feliz. ¿Sabías ya lo que te queríamos todos? Si hubierais leído las cartas de mamá, de Warinka y de Tatiana, te hubieras podido convencer de



que erais un ángel descendido del cielo para proporcionar la felicidad a la Humanidad; dotada de las más hermosas cualidades han aportado a nuestra familia un nuevo motivo de felicidad, de amor y de alegría. Seas bienvenida mil veces, querida y buena hermana, y sé todo lo feliz que mereces serlo. En cuanto a mí, me propongo seguir el buen ejemplo de mi padre, que era muy galante; yo os suplico, señora, de que me contéis en la lista de vuestros admiradores; el diablo nos lo agradecerá a los dos, si evitamos el hundimiento de Alejandro; mi padre, por ser del buen siglo, guardaba todas las preciosas tradiciones de la verdadera galantería; y yo, faltándome seguramente otras virtudes, disfruto de la de la ausencia; me encuentro en una situación un poco novelesca, y en verdad fastidiosísima, como todo lo que es novelesco; pero tengo la ventaja inmensa de seros completamente desconocido, lo que si dejáis campo libre a vuestra imaginación, sin duda, generosísima, os permitirá adornarme con todas las bellas cualidades de que no he disfrutado jamás sin el peligro de poder desilusionaros —don precioso que espero no dejaréis de usar, porque un adorador es siempre un papel brillante que adorna y abrillanta al objeto de su adoración. —Me han hecho de ti un retrato tan al vivo, querida hermana, que creo conoceros ya desde mucho tiempo, y desde entonces os quiero de todo corazón. Tú harás la felicidad de Alejandro, pues la misión de los ángeles es esa, y él no dejará nunca de amaros y respetaros. Junto a muchas excelentes cualidades sé de un pequeño defecto, un defecto que yo no tengo derecho de medir, para determinar su tamaño, pues en mí es mucho mayor y Dios sabe si podré no dejarle esta triste herencia: dicen que es todavía muy poco aficionado a la metafísica alemana: es una rival como veréis, pero poco peligrosa, pues sería preciso estar loco para llenarse la cabeza de abstracciones y de categorías hegelianas, cuando se tiene cerca tan hermosa realidad, una realidad con unos «grandes ojos de esmeralda» — como dice, con mucha poesía, mi hermana Tatiana—. ¿Sabéis lo que he ganado con mis extensos estudios filosóficos? Un horror profundo por todo lo que es abstracción, y no ha sido en la dulce región del amor, sino en la estrecha

célula de una prisión, donde ha terminado mi sueño filosófico.

Te felicito y me alegro contigo, hermano Alejandro, de que te hayas vuelto más humano al libertarte del egoísmo y de la desolación de una existencia solitaria para vivir, ahora, una vida plena y entera. ¡Que Dios te dé fuerzas, buena voluntad, amor, espiritualidad y buen sentido! Uno tiene derecho a ser fantástico y loco mientras es solo; pero se pierde esta última disculpa para sus locuras desde el momento que ha completado su existencia con la de la mujer querida. Gran responsabilidad la del marido, pero también una felicidad inmensa y una gran dignidad. No tengas miedo, amigo mío, cree en tu corazón, en la fuerza saludable del amor, y con la bendición de tu buena familia y con la mía fraterna, y mano con mano con tu Lisa, ve resuelto y alegremente a cumplir tu nueva y maravillosa misión. Observa, pero no os atormentéis con vanos temores y fantasías; la duda de sí, cada vez se hace más profunda y continuamente va socavando, pero valga la expresión, aun siendo verdaderamente grosera, se afana escudriñando el alma, los pensamientos y las sensaciones, siendo tan enojosa si no más, que la confianza ciega y crédula. No seas egoísta, déjate de egoísmos, del corazón y del espíritu, y, sobre todo, del egoísmo de las costumbres; te lo digo porque en tu corazón, gracias a Dios, no existe; del egoísmo intelectual te librará la realidad y el amor de tu esposa; del último egoísmo, del más molesto, si no el más malo, y sin ninguna duda el que siempre entorpece y sombrea la felicidad familiar, el egoísmo de las costumbres y de las pequeñeces diarias, que tiende en cada hombre a preferir su reposo, sus diversiones, sus naderías, al reposo, diversiones y naderías de la otra, que merecen tu atención, pues de no escucharlas, no solamente te será imposible la corrección, sino que permitirás, por el contrario, que Lisa, atendiendo al amor que te tiene y a la necesidad de sacrificio que existe en el corazón de toda mujer noble, se acorazará con él, y al saber tú sobreponerte, te convertirás poco a poco en el más cruel de los déspotas. No te debe satisfacer solamente el ser un buen marido, procura ser un marido amable; la amabilidad es una gracia del corazón,



como la lealtad es una virtud. No te presentes ante Lisa en paños menores, ni exterior ni interiormente hablando; procura producirle una impresión agradable, como si fuera cada día el primer día que la conociste; para que el amor sea perdurable ha de ser capaz de poder enamorar cada día cosas que pueden obtenerse a fuerza de sacrificios mutuos. Tú, conoces a Lisa, y no la conoces; la naturaleza del hombre es tan infinita en su esencia, que el corazón humano puede compararse a un libro que se escribe de nuevo a medida que se lee y que no puede agotarse mientras dura la vida. La mayor injuria que se le puede decir a un hombre es decir que se le conoce como a los dedos de su mano; no se conoce bien a un hombre sino amándolo; estudia a tu Lisa, estúdiala con amor y con respeto; estudia sus impresiones más que las tuyas propias, esfuérzate por adivinar lo que le contentará, sus fantasías, sus deseos, tratándola con una delicadeza igual a la que ella observe instintivamente hacia los movimientos de su corazón. No seas nunca fastidioso ni te muestres aburrido; nada molesta tanto como el tedio; no te creas superior a ella porque eres su marido; que te conceda Lisa la superioridad real o ficticia; las mujeres que aman, sienten la necesidad de arrodillarse ante su amor; todas las mujeres son idólatras. En cuanto a ti, Alejandro, no olvides nunca que en amor como en la sabiduría, el hombre no puede jamás dar de más a la mujer de lo que no reciba él mismo, pues existe una igualdad perfecta; con respecto al hombre existe un encadenamiento más lógico en las ideas, en el poder de la abstracción, la energía exterior de la voluntad y la fuerza material; mas la mujer tiene como compensación buen sentido, abnegación heroica, generosidad natural, delicadeza innata, intuición instintiva de lo que es bueno, justo y verdadero, tiene la belleza y la gracia, *das ewig Weibliche*, como dijo Goethe, sin las que toda la fuerza del hombre sería innoble y su inteligencia eternamente falsa. Sed siempre franco, sincero, leal, pero no lleses la sinceridad, por serlo demasiado, hasta la brutalidad; pues muchas veces la verdad callada es mucho más verdad, y más humano y delicado, por consiguiente, que la verdad brutal e intempestivamente dicha; los pe-

dantes de la verdad son todos vanidosos, y haciendo de verdugos hacen más mal que los mentirosos, pues la verdad solamente es verdadera, cuando sale del corazón y de la cabeza, estando en armonía con las personas y las circunstancias, con las disposiciones del momento, y, sobre todo, cuando está limpia de vanidad.

Cuando te sientas desfallecer, querido Alejandro, no desprecies el sostén y la ayuda de tu mujer; las mujeres, cuando aman, son más fuertes, y creas te humille el mostrar que reconoces tu debilidad momentánea ante ella, pues tu dignidad de hombre no se quebrará, debiendo ella participar de estas inquietudes antes que complacerte del aislamiento superior que puede conferirte tu fuerza; cuando el hombre está casado, se ha de poner todo en común: fuerza, inteligencia, sacrificios y amor; no hay que tener la pretensión ridícula, vanidosa, e injuriosa de dar más de lo que se recibe.»

(Concluirá en el número próximo.)



—Haga el favor de ayudarnos, señor policía. Nosotros hemos ido todos a la guerra y ahora tenemos hambre.

—Es cierto, amigos, pero no es culpa del Estado el que hayan vuelto vivos de allá.

Ayuntamiento de Madrid



# LOS EXTRAÑOS

## CUENTO por HENRI BARBUSSE

**E**RA durante la guerra: en 1916, en los tiempos olvidados.

Ellos no han dicho nada. No han podido, ni el uno ni el otro, mientras estuvieron en esta cocina rica.

Los tres soldados, llegados en destacamento de reposo a la pequeña ciudad, sentados en medio de esta cocina, codo con codo, estaban atendiendo a ensuciar lo menos posible las cosas, con el barro que llevaban, y a asustar lo menos posible, con sus fisonomías, a las gentes que, sin razón alguna, los acogían tan gentilmente.

Se ve lo que había ocurrido: todo el regimiento, volviendo de las trincheras, había llenado la población con un ruido de quincallería. Un castillo dominaba esta ciudad, como un remate de lujo, y en este castillo es donde ellos se encontraban.

No estaban alojados, sino invitados. En efecto, después de haber dejado su mochila y el fusil en el hangar asignado como morada a su sección (que estaba abierto al viento y al agua, y parecía más pronto un abrevadero), habían decidido —Triadoux, Pouillon y Pepet— dar una vueltecita antes de asearse y antes de escribir cartas. Habían vagado al azar, aprovechando el tiempo para marchar pausadamente por las calles, como lo hacen los hombres libres.

Sus pasos les habían conducido cerca de las dependencias del castillo, y les habían hecho entrar: el chofer, la camarera, el hijo mayor del jardinero, estaban allí; después vinieron las nietas del conserje.

Les habían llenado los vasos de vermut, ese pícaro vino que tiene gusto a salsa.

Y los miraban.

Estaban recubiertos de una corteza gris, que les daba el aspecto de paquidermos, y sus ojos parecían ventanas. Hasta Pepet tenía algo de elefante, aunque fuera en el fondo casi tan flaco como su propio esqueleto. Pero hubiera habido que ser un arqueólogo para desenmarañar su verdadera forma a través de la figura horrible.

Se entretenían en mirarlos, y las curiosas bestias se entretenían, si así puede decirse, en ser miradas. No había mucha conversación en aquella cocina, limpia y espaciosa, de pulidos muros, de rincones rectos como las aristas de un libro, brillante de cobre y aluminio. Los soldados bajaban la cabeza, y los faldones de su capote estaban posados, como alas de madera, sobre el abrillantado pavimento. A lo lejos se oía, en torno, retumbar el gran ruido celeste y esférico del cañón, y, si los hombres de la guerra hubieran hablado, puede que se hubieran excusado por el ruido aquel.

Pues, a la cocina, transformada en parque zoológico, bajó la señorita Clotilde, que era la hija del conde y de la condesa del castillo, y tenía bonitos ojos negros. Estaba alrededor de los veinte años, como los reclutas de la quinta del 15.

A la mágica aparición de la joven ama, el personal se levantó en una sola pieza. Los tres soldados, arrastrados por el mo-





vimiento colectivo, se levantaron a medias y volvieron a sentarse por su peso natural —y hubo tiempo para ver que su humedad había apagado un poco el brillo de las sillas de madera pulimentada.

La joven avanzó hacia ellos. El chofer, que estaba al corriente, les presentó, atrevido, tan charlatán como un político que, como todos los descarados, estaba orgulloso de su facundia, y metía allí baza:

—Han subido cincuenta veces al asalto. Por su regimiento, que consta de cinco mil hombres, han pasado ya treinta mil; los que ingresaron al principio en ese regimiento estaban seis veces condenados a muerte.

Lo que decía el chofer evocaba a otro mundo, que rozaba éste, desconocido por completo para los que no se han ido, y en el que estas gentes habían caído por cinco minutos. La presencia real de ese mundo fué allí, por un instante, como si la pared de la cocina no fuera más que una cortina que se levantara de pronto sobre el teatro de las cosas. Se vió talmente allí que cruzó un soplo. Imposible no comprender el vacío infernal, de trueno y sangre, y que estos supervivientes eran extrañas criaturas que pugnaban aún en la lucha imposible del hombre contra la muerte y milagros en persona.

Habían pasado treinta meses entre los millones de gotas de chaparrones de hierro. Si os toca una gota, ya no tenéis forma, hundís en la tierra y allí quedáis hasta la consumación de los siglos. Nada ha terminado, y una gota es suficiente. Los que están provisionalmente aquí tienen un pie en la tumba universal.

La joven, dijo:

—¡Pobres gentes!

Pero, en el momento que habló, tuvo la sensación de que no era aquello lo que había que decir.

Los soldados no le habían respondido. Permanecieron circunspectos, en guardia, si así puede decirse, sobre sus sillas. Solamente miraron la joven faz, tersa y dulce, en la que comenzaba a borrarse la sonrisa apenas iniciada.

Era evidente que la caritativa frase era una cosa demasiado insignificante, y que ella no decía la verdad.

¡Cuán difícil es hablar! Sin embargo, esto es sencillo. Ellos están allí, bien visibles, y su destino era también muy visible. Pero, precisamente, porque esto es tan sencillo es tan difícil.

Ella comenzó a tener miedo de estos pasajeros de la muerte, parados allí, en su camino; bajó la cabeza y murmuró:

—Ustedes son héroes.

Eos tampoco respondieron ni hicieron el menor movimiento. Habían oído y parecía que no habían comprendido. Aquella palabra no les conmovía tampoco. Porque ellos no eran héroes. Y sí; si hubieran querido habrían recordado acciones de guerra parecidas, después de todo, a los de los hombres de Plutarco u otros, que habían hecho aquí y allá. Pero hay que estar loco para decir: héroe.

Pepet registró sus bolsillos buscando su pañuelo. Se había reclinado hacia atrás en su silla, con la pierna estirada, y, apartando el raído faldón de su capote como una puerta, sacó de su bolsillo el pañuelo, saliendo al mismo tiempo cordones de bota, un encendedor y una cruz de guerra.

Su heroísmo era un detalle, que se metían en el bolsillo.

Era necesario encontrar algo mejor que aquellas pobres palabras.

No se podía evitar verlos mejor. Y se apercibía que no habían salido tan indemnes de sus insensatas travesías por los chaparrones. Habían sido algo despellejados y un poco teñidos de rojo durante los treinta meses.

Uno, por ejemplo, había sido herido de bala en la mejilla izquierda, que fué remendada de una manera más o menos parecida a la otra media cara.

—Yo les admiro—arriesgó la joven.

Las tres cabezas se agitaron un poco.



El primero hizo un esfuerzo para volverse, de la parte no desfigurada de su rostro reescupido por el cirujano. El segundo, se irguió, no sin crujir: había terminado, a fuerza de huracanes, por hacerse sensible a las corrientes de aire. El tercero, plegó y desplegó su pierna, anquilosada por unas agujetas, y que la inmovilidad osificaba (cuando se descansa se está fastidiado).

—¡Les compadezco!—dijo la vocecita.

Inmediatamente después, como aquel que ha cometido una falta, ella dijo:

—¡Perdón!

Cosa curiosa, en el momento en que ella pedía perdón por no haber podido evitar el decir: «Les compadezco», Pepet tosió, Pouillon, tuvo un ligero calofrío de fiebre, y un ángulo del rostro de Triadoux gesticuló él solo.

Ella quiso decir otra cosa, porque la mariposa era brava y tenía alientos. Quería decir: «Habéis cumplido vuestro deber de franceses y...» Pero esta frase sonaba tan hueca, que no le salió de la boca, y todo el mundo vió que las palabras se le quedaban en la garganta.

Y aquella jovencita, toda dorada por el alto rango, se quedó con la boca abierta ante aquellos buenos hombres de arcilla, grandiosamente desollados por la desgracia, que estaban en aquel momento sentados en las sillas de la cocina, pero que eran ayer, y serían mañana, los verdugos.

Y los ejecutados.

En torno, el personal figuraba como un público informe.

La joven ama intentó aún, valerosamente.

—Señores...

Después:

—Amigos míos...

Pero no eran señores y, menos aún, amigos.

Ellos hubieran querido pronunciar una palabra conveniente, pero no podían. Eran más grandes que ellos mismos, fundidos en bloque con su entera clase del dolor.

Así proseguía este diálogo, que no era un diálogo, y que mostraba un drama que no tenía la forma habitual de los dramas, porque era el encuentro, por casualidad y sin malicia, de las dos especies de seres que están a cada extremo de la vida.

De todas formas, como había que decir alguna cosa, Pepet abrió la boca y dijo:

—Sí.

Y esta palabra quedó allí, pesadamente plantada, como una palabra del más allá.

Triadoux se levantó, pero porque era el momento de partir, y habló, pero únicamente para decir:

—Hay que volver al establo. ¿Vienes tú?

Tampoco era un establo donde ellos dormían, pero era el nombre que le daban por costumbre.

Se retiraron de espaldas, saludando torpemente, molestos del contraste en el lujo de esta cocina.

Y ella, ella huyó humillada, con lágrimas que perlaban sus ojos.

En la magnífica escalera se encontró con un señor elegante y cariñoso.

—He visto a los soldados.

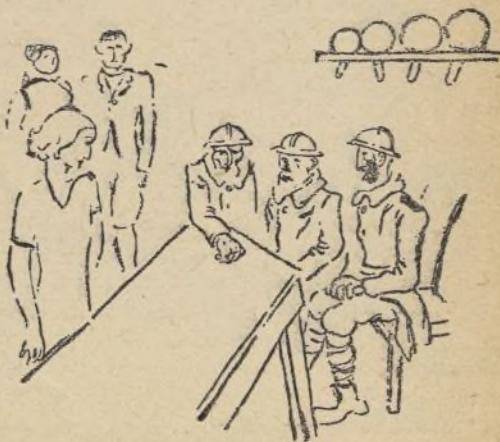
—Son hombres como nosotros—afirmó filosóficamente el caballero.

—No, dijo ella, porque no se les puede hablar.

«Se diría que entre nosotros y ellos hay una mancha que no se puede borrar.»

Sentía vergüenza de aquella confesión. Hablaba con cierta melancolía y un repentino terror, y se advertía bien que este terror, cuando ella fuera menos joven y menos tierna, se convertiría en odio.

«Existe el mundo de los hombres, que es el de la guerra, y, por encima, el mundo de las hermosas casas que tienen las gruesas puertas de las cajas de caudales, y donde las cocinas son tan brillantes como las capillas. Otro mundo, otro país, habi-





tado por extrañas gentes con cabezas desconocidas.»

Esto pensaba Pepet confusamente, y, después de cien pasos de silencio concentrado con sus acólitos, después, expresó la verdad común a todos tres:

—¿Cómo quieres que se hable, puesto que no se habla la misma lengua?

—Pardiez, respondieron.

—He aquí nuestro castillo, dijo Triadoux, que volvía a hacerse indiscreto.

Ante el hangar se elevaba una especie de gallinero, del que hacía largo tiempo que habían volado, en humo, las gallinas. En el gallinero, cercado de una reja metálica, estaba encerrado un hombre.

Era el prisionero además que la compañía arrastraba tras ella.

Ellos se aproximaron. Otro hombre estaba a un lado, de guardia, con su fusil y la bayoneta calada. Este centinela estaba sentado sobre el tajo donde, en otros tiempos, cortaban el cuello a los patos, y, con su fusil entre piernas, llenaba su pipa.

El prisionero se acercó también a la dé-

bil reja. Iba haraposo, arrugado y graso; la edad se borraba en aquel rostro, y llevaba exactamente el mismo uniforme que ellos: de barro seco.

Por un agujero de la reja, Pepet alargó su mano y le golpeó amistosamente el hombro. El prisionero sonrió como un niño.

Y se puso a recitar una frase en esa algarabía, absolutamente incomprensible, que es la lengua alemana.

Ellos se echaron a reír, al oír resonar aquel chinoalemán; después sonrieron, se frotaron las manos y gesticularon contentos.

¡Pobre viejo, no se te han hecho, ves!

Le tendieron la mano por la brecha, tres manos, que él estrechó, mientras el viejo territorial de guardia les miraba todos juntos y tenía el aspecto del padre de familia.

Se metieron en su húmedo alojamiento.

Se habían libertado de un gran peso, y decían:

—Al menos, esta vez, se ha encontrado a alguno que habla la misma lengua.





# ¿Es económico el intercambio entre la ciudad y el campo?

**E**L Sindicalismo, como otros movimientos, propone la teoría del intercambio entre los productos de la ciudad y los del campo, para cuando los obreros tomen posesión de toda la propiedad actual. ¿Tendrá buen resultado?

Los productos de la ciudad contienen un trabajo adicional sobre la producción agrícola; además, emplean gran cantidad de materiales del campo para transformarlos en multitud de mercancías. En los productos del campo, la Naturaleza contribuye con sus fuerzas a la producción, y esto no ocurre tanto en los productos de la ciudad. De lo que resulta, que se han de emplear muchísimos materiales y trabajo, mucho más del requerido para producir los materiales, antes que los productos industriales de la ciudad puedan estar terminados.

Para abonar los precios de los productos de la ciudad, la gente del campo tiene que producir gran cantidad de materiales y ha de rendir finalmente muchísimo trabajo para que la ciudad y los obreros industriales puedan producir una cantidad limitada de mercancías terminadas. Ha de proporcionar, además, el alimento, albergue y el material para las ropas, para que los trabajadores de la ciudad puedan vivir.

En estas circunstancias, los trabajadores del campo han de adquirir los productos de la ciudad más caros, exactamente debido al intercambio, y eso es imposible que se mantenga en la práctica durante mucho tiempo; esa es también la razón por la cual no hay venta ahora posible para los productos industriales, ni siquiera para los agrícolas, en ningún sitio. En la Rusia bolchevique, los campesinos han de comprar los productos industriales más caros que los frutos de la agricultura, que ellos proporcionan, y tienen que vender grandes cantidades de productos agrícolas para comprar pequeñas cantidades de artículos de la industria. Hasta el mismo Estado, que produce mercancías industriales y agrícolas, tendrá que pagar mucho menos precio por los segundos y pedir un

precio mucho más alto para los primeros, si realiza el intercambio entre los dos departamentos a base de jornales y jornales y precios desembolsados; esto no puede ser de otra manera en ningún sistema de intercambio. En el indicado sistema resulta inútil vender grandes cantidades de productos agrícolas y hasta producirlos es difícil, ya que la ventaja de los productores agrícolas no es para su propio beneficio, y como resultado, los productos industriales no pueden ser vendidos o cambiados y pronto aparece la superproducción. ¿Cómo pueden los sindicalistas o anarquistas realizar el trabajo, técnicamente imposible en la práctica? Esperar conseguirlo siempre será una suposición hasta que no sea ensayado.

La única manera de salvar esta imposibilidad es poner los productos agrícolas e industriales formando un conjunto, para el consumo general, y distribuirlos sencillamente entre los trabajadores del campo y la ciudad, igualmente y en las mismas proporciones; esto será un saldo social y equitativo, tanto para los trabajadores de la ciudad como para los del campo, con iguales ventajas e inconvenientes para ambos grupos. Ningún sistema de intercambio puede ser justo al mismo tiempo para todos. Y el intercambio es antisocialista, ya que la propiedad está dividida entre los trabajadores del campo y los de la ciudad, en vez de estar englobada para la sociedad de trabajadores, sin distinciones. La propiedad separada en grupos, no es más socialismo que las agrupaciones de compañías particulares.

**M. Acharya**

Madrás (Calcuta).



# Notas de libros

## Historia de una vida terrible

Un señorito, chulo más tarde, que lanza y explota a una «pequeña florista de diecisiete años»; un cliente que, al hacer semanalmente su presupuesto de amor, la tiene siempre en cuenta; la sífilis y la cárcel que separan temporalmente a la muchacha del chulo, y, por último, la vuelta al principio.

Este es el croquis del asunto de la novela (*Bubu de Montparnasse*, Charles Louis Philippe. Biblioteca Nueva) que, a fines del siglo pasado, escribió con un gran realismo y con un gesto de rebeldía uno de los primeros poetas proletarios de Francia: el desgraciado Louis Philippe.

La novela, realizada francamente dentro de los límites de una defensa contra los ataques del mundo burgués y hostil, tiene las emociones y los encantos que sólo un escritor tan admirable como él podría darle.

La traducción y el prólogo, obra de Benjamín Jarnés, está estupendamente adecuada al carácter de este «primer monumento de la literatura social».

## La novela del cuartel

Cuando leemos una novela, de cualquier escritor, podemos tener inmediatamente una serie de datos que nos permitan saber a qué tipo de origen pertenece. Es decir, si su autor tiene o no biografía experimental.

Los escritores que han tenido por campo de experimentación la propia calle; los que han conocido las esquinas del límite de la acción y han anotado la escala de sus impresiones en el pentágono de su propia memoria, tienen, por fuerza inconsciente y natural, que dar a sus narraciones una forma especial en la cual se aprecie de una manera clara la gráfica que la realidad ha descrito sobre el papel de una vida.

En cambio, los que careciendo de una reserva de experiencias personales, tienen que buscar la materia para sus novelas en el almacén general de su imaginación, tendrán que dar, al escribir, unas calidades de tipo imaginativo. Su obra —artificial— estará más pulimentada, cuidada con arreglo a una sensibilidad más armónica, pero menos espontánea. Pero nada más, y siempre en su aspecto liso y frío de calle bien empedrada notaremos la falta de los altos y bajos que da la realidad.

Un novelista que entra de lleno en el grupo de los primeramente señalados, es Benjamín Jarnés. Su obra, larga y ancha, está hecha a base de trozos auténticamente autobiográficos, de impresiones propias y de hechos vividos, clasificados y archivados en el casillero de su recuerdo.

Algunas veces, su obra se desvía hacia otro tipo de camino menos real y más llamativo, pero, rápidamente, su mano da sobre el circuito de la cuartilla el viraje necesario para que las líneas, suaves y perfiladas, creadoras de sucesos poéticos o históricos, se cambien por otras más ásperas y personales, narradoras de hechos vividos. Pasar de lo imaginado a lo real con gran facilidad, este es su secreto; y su habi-

lidad es que, en su prosa, cuidada con técnica latina, las palabras se ajusten a las imágenes como la tela de un vestido a un cuerpo de mujer en día de viento.

En esta última novela (*Lo rojo y lo azul*, Benjamín Jarnés. Espasa-Calpe), la más narrativa de todas las suyas, su biografía está constantemente a flor de papel, bastará con raspar un poco el fino y discreto barniz de la prosa para poder ver debajo la carne palpitante y dinámica. Es una novela de ambiente cuartelero, donde Benjamín Jarnés va desviviendo su existencia al pasar por lugares y sensaciones que hoy solamente existen en su recuerdo, y, en la que cuenta, con su humorismo característico, la reacción de un temperamento rebelde oculto bajo viejos prejuicios y los colores chillones «rojo y azul» del uniforme, al chocar contra la disciplina odiosa de un cuartel.

Pertenece este último libro de Jarnés a esa magnífica serie de obras suyas que se inauguró con *El profesor inútil* y cuya característica es su gran tono narrativo.

## Una biografía

Al morir Emilio Zola, nos queda vivo, palpitante, en su obra. Pero ese trozo de vida que nos cede la muerte no puede sernos lo suficientemente satisfactorio. Nosotros, admiradores suyos, necesitamos conocer al autor de *Germinal* más íntimamente, casi convivir con él en algunos instantes de su vida.

Esta necesidad queda satisfecha al leer un libro biográfico (*Emilio Zola*, Denise Le Bond-Zola. Editorial Zeus), recientemente aparecido.

Nadie mejor que su hija había de estar capacitada para poder realizar el prodigio, que es pasar la cinta de la vida de Zola por la pantalla de un libro.

Denise Le Bond-Zola nos cuenta, con una gran sencillez realista, en este trabajo sobre su padre, los momentos más interesantes de su vida —llegada a París, las primeras novelas, el proceso Dreyfus, el destierro en Londres, etc.— y este estilo la sirve para que podamos conocer «en vivo» el desarrollo de la vida del glorioso Zola.

## La pedagogía y la guerra

Preocupados por el fantasma cada día más alarmante, aunque se diga lo contrario, de la guerra, y creyendo que con una educación de tipo pacifista se puede evitar, la Oficina Internacional de la Educación, de Ginebra, convocó, para los días 16 al 20 de abril de 1927, la Conferencia que se llamó de La Paz por la Escuela.

Todos los temas más interesantes que en aquellas se trataron han sido ordenados, clasificados y puestos en un libro (*La Paz por la Escuela*, Pierre Bovet. Espasa-Calpe) por el profesor Bovet.

La presente obra tiene un gran interés para los maestros, pues pueden con gran facilidad seguir al detalle el desarrollo de la Conferencia celebrada en Praga.



## ¡Abajo la guerra!

Acaba de aparecer (*Pasaron unos hombres...* Marcelle Cappy. Biblioteca Nueva) otro libro contra la guerra, pacifista. Una narración descarnada, donde la catástrofe mundial está vista y sentida a través de las almas ingenuas de unos campesinos franceses.

Un buen libro que habrá de leerse con gran interés y emoción.

ALVARO ARAUZ

Julio-Madrid.

**Fuerzas económicas** (Estudio polifónico de economía general, en seis temas), por Francisco Folch Hernández.

Comprende el folleto de este autor, según arriba queda expresado, seis temas, a cada cual más sugestivo: el dinero; el crédito y la Banca; el ahorro; la tierra; la propiedad; industria y comercio; ordenación bancaria.

Al cesar el cambio directo de un producto por otro, surge el dinero; cuando por efecto del incremento adquirido por la agricultura, la industria y el comercio, el numerario en circulación resulta insuficiente, se implanta el crédito, apareciendo las poderosas agrupaciones de la Banca; hace poco más de cincuenta años se organiza y se estimula, en nuestro país, el pequeño ahorro colectivo, por medio de las Cajas de Ahorro anexas a los Montes de Piedad, las cuales manejan hoy un capital de más de mil setecientos treinta millones de pesetas.

La tierra, su posesión, su cultivo; la propiedad rústica y urbana con relación al pasado, al presente y al futuro; la industria y el comercio racionalmente reorganizados; una ordenación bancaria comedia y prudente; unas lógicas conclusiones planean y articulan la moderna economía nacional y aun mundial, conforme a la concepción del autor de *Fuerzas económicas*.

J. P.

**Jesuitismo y Masonería** (Dos ideales opuestos), por Matías Usero Torrente.—4 pesetas.

Esta obra es un documento vivo escrito por un hombre que ha vivido muchísimo tiempo entre jesuitas y masones. A pesar de haberse escrito muchos libros, ninguno presenta la interesante cuestión tratada en la forma documentada y científica, con una abundancia de datos, citas y autoridades, como el escrito expresamente para esta biblioteca.

Matías Usero es bien conocido por los lectores de España y América, acaso más conocido en América que en España, como un polemista documentado y un escritor apasionado y veraz, con la veracidad de la ciencia y de la experiencia en estas materias.

Y podemos asegurar que en este libro realizó una labor profunda, aportando datos inéditos y conclusiones definitivas, desbaratando las calumnias de tanto libelo escrito en nuestros días contra la Masonería y a favor del Jesuitismo.

Es un libro que llega a su hora y será recibido con los honores debidos a su sinceridad y valentía.

Para hacer la edición económica hemos supri-

mido grabados y lujos que otros libros sobre este tema prodigan; leído el libro de Matías Usero pueden considerarse vistos casi todos los escritos sobre este tema; exhumando documentos antiguos y fuentes modernas que tratan de esta materia vale, él solo, por una biblioteca de la especialidad y tiene, además, el mérito de aportar testimonios de autoridades católicas indiscutibles, juzgando a la Compañía, y de grandes y honrados varones de todos los tiempos, juzgando a la Masonería.

Nadie que esté interesado en saber la verdad, toda la verdad, sobre estas dos grandes fuerzas sociales, debe dejar de leerlo, y no es posible saber lo que son estos dos poderes sin hojear ese libro, diferente de los otros libros escritos bajo temas semejantes.

Además, su estilo, movido, viril y brillante, cualidades que, unidas a una claridad y un conocimiento del asunto notorios, hacen de *Jesuitismo y Masonería* algo que el público esperaba en vano y que ha aparecido, al fin.

**Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad**, Krasin, Bogomolov, Guerschánovich.—4 pesetas.

Una obra documental en las luchas del proletariado.

En este libro originalísimo se descubre la técnica de que se ha valido el bolchevismo para lograr su triunfo.

En párrafos sencillos y de gran emoción, los propios revolucionarios van describiendo sus padecimientos y luchas, sus movimientos en la clandestinidad, sus encierros, sus martirios para conseguir la continuidad en su propaganda contra los poderes autócratas.

Tiene capítulos de un grandísimo interés, como el en que relatan la historia, organización y funcionamiento de las imprentas clandestinas. Su agudeza para evitar el riesgo de policía. Cómo se procuraban los moldes, las maquinarias, los tipos, el papel. La vasta red de espías entre los elementos oficiales, que les facilitaban detalles y dinero. Las dificultades enormes del transporte de la literatura revolucionaria clandestina. Forma de reparto.

Y luego, la cárcel, el destierro a Siberia, sus reuniones, acuerdos, etc.

Un libro de verdadera emoción, que no debe dejar de leer.

**1945. — El advenimiento del comunismo libertario** (Una visión novelesca del porvenir), por el ingeniero Alfonso Martínez Rizo.—2 pesetas.

Este libro trata de presentar al lector una visión fantástica del porvenir, de algo que forzosamente ha de llegar si el actual fermento de ansiedad por el futuro, de inquietud por el porvenir, de deseos de saber lo que será el comunismo libertario, de ansia premiosa por estudiar por adelantado un plan para que podamos caminar mañana sobre terreno explorado y conocido, estos anhelos que pudiéramos decir responden a un anarquismo constructivo y que son el núcleo de cristalización del porvenir.

El libro trata de realizar una función educativa



que permita dar a comprender con un argumento novelesco la posibilidad del régimen comunista libertario y cómo se desarrollará con él la vida civilizada de la Humanidad.

Tiene capítulos interesantísimos y de una novedad extraordinaria, como los que trata del dinero y la posibilidad de su supresión, las casas, los ferrocarriles, la utilización de los servicios públicos, la moral, el desnudismo, la cuestión sexual, el comunismo libertario en las aldeas, etc., etc.

El autor ha puesto a contribución su imaginación para poder presentar un cuadro plástico del nuevo orden de cosas que ambicionan los anarcosindicalistas, sin las arideces de la explicación y trasladando al lector a los tiempos futuros gloriosos.

### Cabanyal (Libro de poesía), por R. Duyos Giorgeta.

He aquí un libro de versos, sobre cuyo propileo —el mar nuestro de las borrascas y del sordo viajero y el áureo arsenal de las arenas— pasea un Hermes —sin tradición, pero eugénicamente helénico— con la gitanería de los escorzos núbiles, que va desgarrando las flores de su romance y quebrándolas contra el mar florecido de varas de San José.

Cabanyal, no es aún el libro del mar ni de la tierra adentro, pero sobre el juego de la intención y de la anécdota —perdurables, el instante, la intención y el verso— la re-creación del adanida enoja con sus verbas enfebrecidas, doctorales, el dechado —primorosa canícula— sobre el escaso acervo, de las antologías marineras de las playas, los puertos y las olas.

«Desde tus calles, amigo, desde tus calles lo veo. Por todas las azoteas a ojos cerrados lo siento.»

¡Lástima que lo veas desde mis calles! Precisa verle de cerca, dentro de él y sintiendo sus salpicaduras. Pero cuando se tienen los pies ágiles como un Mercurio que hiciera versos...

Voltaire se encontró un día con M. Turgot, que estaba gotoso y era conducido en un cochecillo, y le espetó lo siguiente:

—He creído ver la estatua de Nabucodonosor...

—Efectivamente —contestó el aludido— los pies de arcilla...

El filósofo de cara de vieja, replicó:

—¡Pero la cabeza de oro!

Podría decirse de sus versos lo que se le reprochó al cubismo: «pura para ciegos». Lectura para ciegos, pues con ella quedarían como con los ojos vivos.

Y, puesto que tenéis los pies ágiles, y los versos rápidos, y la cabaza de bastantes quilates, abridle el vientre al mar y a la vida...

M. ALEJANDRO

### Crónicas de hoy

Juan Gil-Albert, uno de los nuevos escritores que apunta con más certero tino en el panorama de nuestra joven literatura, acaba de publicar su cuarto libro. Para nosotros no son un secreto las virtudes literarias de este muchacho en el que se dan, con abundancia, las cualidades y las calidades del genuino escritor de raza. Hemos seguido su labor paso a paso y hemos podido comprobar cómo

se perfilaba su estilo y cómo se hacía más honda y jugosa su fina sensibilidad.

En el prólogo de su libro *Galerías del Museo del Prado*, nos atrevimos a señalarle como uno de los valores más positivos de nuestra última generación literaria. Los trabajos posteriores de Gil-Albert están confirmando plenamente aquel aserto.

Estas crónicas «para servir al estudio de nuestro tiempo», son crónicas de hoy. No importa que nos hablen de gentes muertas o relegadas al olvido. Son crónicas de hoy por la manera con que el autor enfoca las figuras. Hay en este enfoque una mezcla extraña de sátira descarnada y de ternura desbordante; esta amalgama es característica en el humorista. Pero, generalmente, la fusión de esos dos ingredientes no suele darse con un contraste tan violento. Y es que Gil-Albert, escritor de hoy, gusta de exaltar sus pasiones y deja correr en libertad el caudal de sus sentimientos. Aunque parece tener las características de lo que se ha venido llamando un «literato puro», la verdad es que él no sabe permanecer impasible ante la levadura humana de las criaturas que le han servido para escribir este libro. Ya sea la Kaiserina o la Báker, vemos siempre, junto a la burla, el atisbo de comprensión. Claro que otras figuras —Mata-Hari, la Duncan, Antonia Mercé...— salen mejor libradas de la pluma del cronista. Ello demuestra que éste sabe distinguir la categoría humana de las gentes. Y, como hombre moderno, emplea con decisión un estricto sentido de justicia.

A nosotros nos complacen mucho las rebeldías. Estas rebeldías nos parecen un síntoma muy grato de este tiempo. Acaso en otras fechas, Gil-Albert sería sólo un escritor aséptico. Cosa lamentable. Pero nuestro tiempo logra insuflar una virtud a todas las actividades: ni el artista «puro» se considera con derecho a desentenderse de ciertas cosas. Porque las rebeldías de Gil-Albert no son las rebeldías de un Oscar Wilde. Los desplantes de éste son casi siempre un producto burgués del snobismo, mientras que los trallazos de aquél son las intuiciones de un hombre que ve cómo se nos echa encima una vida más justa y más pura. Hay varias cosas en este libro que lo demuestran. Cuando hace un parangón entre la bailarina Khessinskaia y la revolucionaria Kollontay, su admiración y su fervor caen del lado de la segunda, es decir, de la mujer útil y creadora.

Otras notas, como la de la Kaiserina y la de Mata-Hari, ponen en evidencia la simpatía del escritor hacia la nueva sociedad que se avecina. Y el capítulo en que relata la visita de los reyes de Dinamarca a la Corte española, titulado *La última mascarada de los Austria*, envuelve un auténtico desprecio —no se confunda con el despecho resentido de algunos republicanos del 14 de abril— hacia la dinastía podrida que acaba de derrumbarse. El trallazo implacable que Gil-Albert descarga tranquilamente en el lomo raquítico de esa funesta dinastía, no es el gesto oportunista y cobarde del pequeño burgués rencoroso, sino el ademán higiénico del hombre limpio que manda al carro de la basura todo aquello que no merece otro destino.

F. PINA



E D I C I O N E S

# ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

Acaba de aparecer

## 1945

### El advenimiento del Comunismo Libertario

por el ingeniero

**Alfonso Martínez Rizo**

Una visión novelesca  
del porvenir

**2 pesetas**

La semana próxima  
se pondrá a la venta

### La última víctima de la Inquisición

(El maestro de Ruzafa, Cayetano  
Ripoll)

por **Julio Noguera López**

Ilustraciones de **RIVADULLA**

**2 pesetas**

Haga sus pedidos a esta  
**Administración**

**MARIN CIVERA**

### el sindicalismo historia - filosofía - economía

**3 pesetas**

**HILDEGART**

### paternidad voluntaria

guía práctica de los medios para evitar el embarazo

**2 pesetas**

**JOSÉ LÓPEZ TOMÁS**

### plan financiero quinquenal de la república española

**5 pesetas**

**RAMÓN J. SENDER**

### teatro de masas

**2 pesetas**

### jesuitismo y masonería

(dos ideales opuestos)

por **Matías Usero Torrente**

ex sacerdote misionero católico

250 páginas — **4 pesetas**

### sexualismo revolucionario (amor libre)

por **E. ARMAND**

magníficamente presentado — **2'50 pesetas**

NO DEJE DE ADQUIRIR:

### cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad

**krasin, bogomólov, guerchanóvich**

Traducción directa del ruso por **A. NIN** - **Pesetas 4**

Ayuntamiento de Madrid



# CUADERNOS DE CULTURA

---

VERDADERA ENCICLOPEDIA POPULAR

Suscripción: 5'50 pesetas cada 10 números :: Número suelto: 60 céntimos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LUIS MOROTE, 44, VALENCIA

---

ACABAN DE APARECER LOS NÚMEROS

**58**

**Introducción al estudio de la Tierra**

(Geología). Ilustrado con grabados y mapas.

**Luis Torón y Villegas**

**59**

**Individualismo, Socialismo y Comunismo**

**Fernando Lles y Berdayes**

Profesor de Sociología de la Normal de Matanzas (Cuba)

**El número  
próximo  
se titulará**

---

**El simbolismo sexual en las religiones**

(Los elementos fálicos en la Religión)

**José Mac Cabe**

---